

# UACM

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

*Nada humano me es ajeno*

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

**MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES**

Apuntes sobre el proceso de individualización en la sociedad moderna

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO EN CIENCIAS  
SOCIALES

P R E S E N T A

VÍCTOR HUGO LÓPEZ LLANOS

D I R E C T O R

**Dr. Ruslan Vivaldi Posadas Velázquez**

Ciudad de México, a marzo de 2021.

## SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

### RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

### DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

*A mis padres Rosalba y David*

*Por su ternura y sacrificio*

*A mi hermano David y para*

*Aquellos quienes comparto*

*Un momento de alegría y esperanza.*

## Devocionario

Quiero hacer un reconocimiento inmenso al Dr. Ruslan Posadas por el apoyo total para la realización de esta tesis; sin él, y gracias a sus ideas este trabajo no hubiera sido posible.

Gracias por la amistad.

Agradecer a la Mtra. Lilia Gómez, Mtra. Ana Elisa Banderas, al Dr. Pablo González Ulloa, al Mtro. Salvador Mora y al Mtro. Calos Arriaga. Eternamente agradecido por su interés, recomendaciones y discusiones sobre el tema abordado en esta investigación.

Esta tesis también está dedicada a toda mi generación, mis amigos y familiares que se encuentran inmersos en una sociedad de cambios constantes, frágiles y ambiguos. A veces confundidos, pero siempre ávidos de fuerza, ánimo y entusiasmo por encontrar tranquilidad en su camino. Y para aquellos quienes viven en las redes de la desolación y nostalgia.

# ÍNDICE

---

PREFACIO.....	5
1 Capítulo I .....	10
1.1 Exploración del proceso de individualización en las márgenes de la división del trabajo y la solidaridad productiva.....	10
1.2.- Nacimiento del capitalismo industrial moderno: cosificación del individuo expresada mediante el discurso civilizatorio de la sociedad.....	13
1.3.- Agotamiento del Estado benefactor y la creciente democratización de las sociedades modernas. Transfiriendo la solidaridad productiva, la división social del trabajo y la especialización a la vida privada del individuo .....	28
2 Capítulo II .....	44
2.1.- De la sociedad de individuos a la pluralización de la política .....	44
2.2.- El individualismo contemporáneo bajo el espectro de la libertad limitada por los valores del mercado .....	51
2.3.- La pluralización de la política: actuar en tiempos oscuros .....	72
3 Capítulo III .....	127
3.1 Del pensamiento crítico al pensamiento crítico .....	127
3.2 El discreto desencanto de la política.....	137
4 Fuentes Consultadas .....	165

## PREFACIO

---

La nueva sociedad moderna, se encuentra bajo diferentes procesos de sociabilización que están modificando radicalmente los lazos, rasgos y valores de convivencia entre los individuos. Orientados y poseídos principalmente por la persecución de sus propios placeres y deseos, el individuo, según estos autores, se están convirtiendo en un ser meramente egoísta que solo en la necesidad de subsistir en sociedad se relaciona con el otro. Por lo que este fenómeno está originando diferentes desequilibrios de las actividades colectivas que demandan solidaridad, involucramiento, participación, crítica y pensamiento.

Por ejemplo, la actividad política es un ejercicio que cada más se disminuye entre la sociedad, los movimientos y los grupos sociales, que si bien, aunque no han desaparecido, poco a poco están perdiendo protagonismo en la escena pública. La actividad económica de los individuos empieza a reconfigurarse pues los trabajos que demandan el colectivismo para generar más producción, empieza hacer desplazado por la nueva cultura de la innovación y el emprendimiento.

Según los estudiosos de los procesos globalizatorios, mencionan que la individualización de la sociedad es gracias, la nueva cultura del consumo que promueve el mercado, a través de las nuevas instituciones del amor y el deseo, buscando los individuos el máximo placer, la maximización plena de sus libertades y derechos.

Otro factor que lo detona es el triunfo de la democracia como la mejor forma de gobierno, ya que esta no solamente es concebida como una forma de gobierno, sino la sociedad poco a poco la empieza la adopta como una forma de vida, en este sentido los nuevos ciudadanos de esta esta modernidad buscan ser realmente libres y plenos, a través del goce máximo de sus derechos, pero equilibrados en la rigidez constante de sus obligaciones frente al Estado y la sociedad.

En el siglo XXI, diversos valores morales y políticos han traído consigo cambios importantes, tanto en la forma de estructurar la vida política de una sociedad, así como de organizar los esquemas socioculturales de los Estados-Nacionales.

El rasgo de la libertad, ha quitado la idea rigorista de las expresiones singulares de las sociedades modernas, de las décadas de los 60's, 70's, 80's y 90's del siglo XX. Las prácticas

rígidas de la vida política, productiva y moral han desaparecido, o en el mejor de los casos están en proceso de transformación.

Ahora el nuevo ideal moderno de la individualidad se materializa en la transformación de los estilos de vida, encaminada a la vida de consumo, y en ese sentido, esta actividad ha permitido, paradójicamente, el desarrollo de los derechos, de los deseos y placeres comerciales de los individuos. En este sentido la individualización, en términos de Lipovetsky, es resumida como la hedonización de la vida y la lógica de la seducción propia de la era del vacío.

El tema también ha sido abordado ampliamente por otros sociólogos, como Zygmunt Bauman, Ulrich Beck, Richard Sennett, entre otros. A grandes rasgos las interpretaciones que presentan estos autores sobre el proceso de individualización, como la nueva manifestación de la sociedad, debido a la constante incertidumbre que confecciona los lazos sociales, laborales y políticos. Por lo tanto, el individuo a no sentirse seguro ni protegido por las instituciones que dan cohesión y sostenimiento a su convivir y existir cotidiano, se ven orillados a perseguir sus propios intereses y responsabilidades.

De acuerdo con la tesis de Beck, en el contexto de la individualización, la propia existencia es vivida como una biografía reflexiva y electiva, que se expresa en el mandato “hágalo usted mismo” o en términos de Savater “haz lo que quieras”. La promesa de la modernidad, “que nació de la reivindicación del poder del sujeto se cumple con creces en las sociedades contemporánea y la necesidad de llevar una vida propia.”

En este contexto, las crisis dejan de ser percibidas en su dimensión social, las formas de vida se destradicionalizan y las personas luchan de forma compulsiva por vivir su propia vida en un mundo que cada vez más cambia radicalmente.

La imagen y la sensibilización por el sentimiento hacia lo humano se desvanece por los roles de la diferenciación de las cuestiones políticas, religiosas, económicas, sociales y culturales. En este sentido existe una contraposición radical hacia las posturas de la sociología y pensadores clásicos que no pueden concebir al individuo sino es en sus relaciones con el mundo del trabajo, la familia, las redes e instituciones.

Por lo tanto, ¿hasta qué punto esta forma de individualismo se opone a los procesos de

integración social y hasta dónde los hace posibles? ¿En qué medida esta individualización produce una merma de la ciudadanía y participación en asociaciones voluntarias y otras actividades altruistas, que si bien es cierto no han dejado de existir en la escena social y política, pero que cada que vez más enfrentan diversas limitaciones para su desarrollo y desenvolviendo pleno?, ¿De qué manera el proceso de individualización, cuyo fundamento tiene su base en la ideología de los valores del mercado global, fragmenta y banaliza la acción política plural, atenta contra los lazos de comunidad, responsabilidad y solidaridad y, al mismo tiempo, favorece la construcción de un pensamiento crítico que reconfigure y transgreda el sentido de la política en las sociedades actuales?

Tal vez el individualismo moderno “europeizado” no tenga grandes manifestaciones a nuestra realidad latinoamericana, de hecho, varios investigadores mexicanos evitan utilizar el concepto de la individualización que propone Beck, Lipovetsky o Bauman, bajo el argumento de la endeble compatibilidad con nuestra realidad, retomando las viejas tesis de Samuel Ramos y Octavio paz, afirmando que

El individualismo mexicano es un símbolo de la falta de rumbo de nuestro pueblo, un factor de retraso propio del ser de los mexicanos o del alma nacional que se caracteriza por la aversión al conflicto, la resistencia a emprender acciones colectivas y por un tipo de desconfianza colosal concebida como una enfermedad que se expresa en forma de sospechosísimo que lleva oculta parte de la verdad como estrategia de relación con los otros. (Kuper, 2013: 23)

Sin embargo, El proceso de individualización cuyo fundamento tiene su base en la ideología de los valores del mercado, fragmenta y banaliza la acción política. Pero, simultáneamente, posibilita la construcción de un pensamiento político crítico, pero que, también cierra las posibilidades para construir un pensamiento que habrá nuevos derroteros de convivencia, ya que hoy más que nunca los individuos viven inmersos en una ideología del mercado en donde se pretende maximizar al por mayor sus placeres y pasiones; sus éxitos y evitar lo más posible la amargura de sus fracasos.

Es por ello que considero pertinente analizar, debatir y reflexionar este nuevo fenómeno individualista a partir del debate teórico y sociopolítico sobre la nueva vida social moderna desde la perspectiva de los autores arriba mencionados.

Cabe destacar que los autores que se utilizaran para abordar el proceso de individualización, son autores de gran referencia intelectual, reflexiva y analítica, ya que gran parte de sus aportaciones están orientados a explicar este fenómeno desde diversas posiciones, desde el ámbito político institucional (Beck), desde el ámbito de la nueva flexibilidad laboral (Sennett) y desde la nueva cultura híper-moderna (Lipovetsky). Pues considero que en el afán por categorizar, analizar y explicar los cambios que sufre la sociedad y los nuevos Sujetos de la sociedad y de la política; es responsabilidad de aquellos que se ocupan de las ciencias sociales con el compromiso de explicar, o por lo menos de entender y/o acercarse a las nuevas estructuras que dan cohesión y sustento a la vida pública y privada de los individuos en esta nueva forma de vida moderna.

Como primera parte se aborda el nacimiento del proceso de individualización, por lo que el método a seguir es la realización una genealogía en donde se pretende vislumbrar el nacimiento del fenómeno a partir de dos categorías que, desde mi perspectiva, son fundamentales para entender el presente de nuestra sociedad individualizada: la división del trabajo, la solidaridad productiva y la especialización del ámbito laboral. En el segundo capítulo, se aborda, los efectos que produce la sociedad individualizada en los ámbitos de la política, se exponen las prácticas, así como el modus vivendi de los individuos modernos bajo los espectros de la libertad que fomenta los valores del mercado en el capitalismo mundial, y su relación con la vida democrática. Y, por último, se aborda, a manera de conclusión, una reflexión sobre la apertura o defunción de un nuevo pensamiento crítico que permita los cimientos o el aniquilamiento para la construcción de una nueva sociedad en su relación con la acción política que vayan más allá de las sendas institucionales. Abogando en la necesidad de aprender a pensar (Heidegger) de nueva cuenta los atisbos y las nuevas formas de convivencia de los individuos en la sociedad individualizada.

A partir de este panorama teórico pretendo alcanzar los siguientes objetivos en esta investigación:

- Analizar e interpretar el proceso de individualización en la sociedad moderna a partir del análisis propuesto en autores como Gilles Lipovetsky, Ulrich Beck y Richard Sennett. Iniciando con las aportaciones de Emile Durkheim y Georg Simmel.

- Interpretar los cambios en el proceso de sociabilización y el nuevo orden social en la sociedad actual. A partir de los cambios de relaciones, rasgos y valores entre los individuos en la sociedad moderna.
- Reflexionar los nuevos cambios que sufre la sociedad global moderna frente a los procesos de individualización.

# 1 CAPÍTULO I

---

## 1.1 EXPLORACIÓN DEL PROCESO DE INDIVIDUALIZACIÓN EN LAS MÁRGENES DE LA DIVISIÓN DEL TRABAJO Y LA SOLIDARIDAD PRODUCTIVA

El proceso de individualización<sup>1</sup> se manifiesta en la actualidad como una forma ideológica de relación cuyo fundamento tiene su base en los valores del mercado, produciendo diversos cambios en las conductas de los individuos a través de sus roles y hábitos, expresados en la hedonización, el egoísmo, el consumismo exacerbado y en la creciente competencia para emprender nuevos espacios de desarrollo laboral y personal. Esta lógica de organización social origina diversas repercusiones en el ámbito de la política, ya que fragmenta su actividad, pero sobre todo limita y disminuye los quehaceres comunitarios y solidarios para el logro del bien común.

En este sentido, el individualismo es, fundamentalmente, un sistema social histórico, producto de las diversas transformaciones que desde el nacimiento del capitalismo moderno industrial en Europa occidental impuso de manera paulatina, una forma de organización en las diversas esferas políticas, culturales y económicas.

Comprender su articulación, funcionamiento y perspectivas actuales en el mundo exige desestructurar su propia configuración a través de diferentes coyunturas en los que el individualismo fue adquiriendo su naturaleza y sus manifestaciones. Podemos intentar resumir esta realidad del individualismo en una serie de enunciados abstractos que devienen de la lógica del capitalismo moderno, pero sería absurdo utilizar tales abstracciones para juzgar y clasificar su realidad. Por lo tanto, en su lugar propongo rastrear y describir cómo se produjo y bajo qué mecanismos se desarrolla en términos de una forma de organización

---

<sup>1</sup> Cabe destacar que para entender el desarrollo de la individualización con el proceso histórico de diferenciación social que caracteriza a la modernidad y que se expresa en un conjunto de creencias, prácticas y normas sociales que han sido propias de las sociedades capitalistas industrializadas. Este punto de partida, eminentemente sociológico, se distingue de las polémicas y reflexiones que contraponen al individuo con el proceso de individuación y de los diversos debates teórico-epistemológicos que posicionan al individuo como un método de ordenamiento a través de su vinculación y desarrollo con la estructura social, como por ejemplo el individualismo metodológico o la individuación que proponen la filosofía griega clásica. Por lo tanto, la presente investigación se parte desde la terminología propuesta por autores clásicos y contemporáneos de la sociología, autores como Émile Durkheim, George Simmel, Norbert Elias, Zygmunt Bauman, Ulrich Beck y Gilles Lipovetsky.

de la sociedad, así como las repercusiones que entraña cuando se observan a la luz las prácticas políticas contemporáneas.

Si bien es cierto que la individualización es una forma de expresión social que resguarda costumbres, conductas y valores morales que se manifiestan en el individuo como una forma de organización, constituye también la manera en la que los individuos se relacionan políticamente, ya que el individuo se libera de sus tradiciones y afiliaciones políticas, que a su vez lo condiciona de diversas maneras.

Ulrich Beck afirma que,

La individualización libera a la gente de los roles tradicionales, pero también la condiciona de muchas maneras. En primer lugar, los individuos se alejan de las clases basadas en el estatus. Las clases sociales se han destradicionalizado. Esto lo podemos ver en los cambios producidos en las estructuras familiares, en las condiciones de la vivienda, en las actividades, el ocio, en la distribución geográfica de las poblaciones, en la afiliación de sindicatos y la suscripción a sus clubes, en la manera de votar, etcétera. (Beck, 2003: 339).

Con el propósito de analizar los momentos en los que el individualismo se expresa y articula abordaré tres categorías que me permitirán comprender dicho proceso: *la división social del trabajo*, entendida como un hecho social que indica hasta qué punto se han especializado las tareas y las responsabilidades del individuo en el ámbito productivo; *la solidaridad orgánica* concebida como aquella que mantiene unidos a los individuos a partir de distintas tareas y conocimientos, creándose una red de interdependencias (Durkheim, 1987) cuya práctica genera un tipo de especialización de la fuerza de trabajo, constituida en términos de una forma de separación y articulación dirigida a incrementar la producción lo que permitirá que el individuo establezca relaciones sociales basadas a través de la producción mercantil, procediendo a una moralidad (Simmel 1989), donde las ideas y actitudes estarán encaminadas a una mayor competencia productiva, al egoísmo exacerbado de bienestar privados y de un acceso a la libertad asumida a partir del acceso al consumo de mercancías.

La *división social del trabajo* y *la solidaridad orgánica* configuran dos elementos fundamentales dirigidos a la cosificación del individuo cuyo propósito es la fabricación de

mercancías. Esta facultad, es precisamente la que dará sentido a la construcción de la *monetización del individuo*. Estas particularidades que promoverá el capitalismo industrial y que continuarán configurando las lógicas de asociación de los individuos hasta la fase global de nuestros días, dará como resultado un proceso de individualización de la sociedad fenómeno, analizado por autores como Gilles Lipovetsky, Richard Sennett, Zygmunt Bauman y Ulrich Beck, por mencionar algunos.

Este tipo de relación se interiorizará en la vida de los individuos como forma cotidiana de existencia, ya que esta lógica establecida por el capitalismo moderno exige y demanda una especialización, tanto de los roles productivos como de las condiciones sociales, donde el mercado requiere de la coordinación de funciones y actividades por parte de agrupaciones cada vez más grandes y centralizadas “que describen simultáneamente una forma de contención”, [permitiendo la] creación de una forma específica de regulación y dominación social” (Elias, 1989: 97). De este modo, tanto *la solidaridad orgánica como la división social del trabajo y la monetización del individuo* como forma de relación, confeccionarán al individuo mediante un *orden civilizatorio*, generando diversas transformaciones sociales, tales como la construcción de una nueva moralidad basada en la ocupación laboral, la competencia y el acceso al consumo. Estos elementos serán asumidos en términos de progreso y desarrollo personal; productores de valores sociales basados en la *especialización de roles*; y, admitidos como una nueva actitud manifiesta en la vida cotidiana de los individuos reflejada en las actividades políticas expresadas en la maximización de sus bienes personales y la diferencia política, sustituida por la ocupación laboral.

El individuo se aleja de los compromisos y relaciones de apoyo tradicionales, pero las cambia por las imposiciones de la existencia en el mercado laboral. A pesar de estas nuevas formas de imposición, las culturas individualizadas fomentan la fe en el control laboral, en el deseo de una “vida propia” (Beck, 2003: 340).

De esta manera, la forma de concebir la sociedad se materializará a través de formas ideológicas en la que los individuos admiten al ordenamiento social como un producto naturalizado, resultado de la imposición de las lógicas que establece el mercado trasladadas a cualquier ámbito de la vida pública y privada e impulsadas por los aparatos institucionales del Estado y los discursos hegemónicos de las diversas elites políticas y económicas

nacionales y transnacionales, dirigidos a cosificar y distorsionar las realidades de los individuos.

Si bien la individualización de la sociedad es el resultado de una serie de lógicas impulsadas por el capitalismo a través de sus elites y por el debilitamiento del poder político frente al poder económico, es posible rastrear dos coyunturas en las que se visibiliza de manera radical su desarrollo. Bajo la lógica antes señalada, la emergencia de la individualización puede identificarse a la par del surgimiento del capitalismo industrial de principios del siglo XIX. Será a partir del siglo XX, cuando la lógica del individualismo sedimentará sus prácticas específicas, toda vez que división social del trabajo, la solidaridad orgánica, la especialización de la mano de obra y la monetización del individuo provocarán diversas transformaciones culturales, haciéndose más visibles con el agotamiento del Estado benefactor y la creciente democratización de las sociedades modernas surgidas después de la caída del muro de Berlín.

## **1.2.- NACIMIENTO DEL CAPITALISMO INDUSTRIAL MODERNO: COSIFICACIÓN DEL INDIVIDUO EXPRESADA MEDIANTE EL DISCURSO CIVILIZATORIO DE LA SOCIEDAD**

El nacimiento del capitalismo originó una serie de transformaciones que se expresaron en diversas formas de concebir al individuo frente a la sociedad, los cuales bajo lógicas productivas dieron pauta al ordenamiento de la sociedad a partir de diversos valores y conductas morales, sociales y civilizatorias. Como, por ejemplo, el sentido de libertad como la capacidad de elección por parte del individuo en los roles sociales y políticos, la diferencia por el otro, la necesidad de consumo como reflejo de estatus y bienestar; y, el trabajo como sinónimo de progreso, integración social y desarrollo colectivo.

La división social de trabajo, la solidaridad orgánica y la creciente especialización para la producción de mercancías se trasladaron paulatinamente a los roles y actitudes de los individuos de la sociedad del siglo XIX. Este proceso tuvo efecto a partir de relacionarse con otro y mediante la instrumentación de capacidades que fueron desarrolladas en el espacio de trabajo y que detonaron que el individuo fuera construyendo un sentido de pertenencia, buena conducta y acato a la autoridad.

Estas tres categorías atisbarán una ambigüedad moral en la relación entre el individuo y la sociedad en el mundo contemporáneo, cuyos elementos permanece anclados a la expansión del individualismo, "...ya que este fenómeno está claramente asociado con el crecimiento de la división del trabajo, lo cual produce especialización de la función profesional y fomenta, por tanto, el desarrollo de talentos, capacidades y actitudes específicas" (Giddens, 2008: 10).

Con el paso del tiempo, las prácticas que se fueron desarrollando en el espacio productivo que imponía la división social del trabajo, la solidaridad orgánica para originar mercancías y la constante especialización de la mano de obra, configuraron un ordenamiento social donde la idea de dividir para progresar en las sendas productivas fue uno de los primeros elementos que dio sentido a una forma racionalizada de comportamiento en el individuo.

El individuo inmerso en el sistema capitalista ocupará un rol importante en la lógica productiva, ya que no solamente será productor de bienes, sino que también será su consumidor. En este sentido, el individuo desarrollará determinadas actividades que le permitirán obtener un ingreso, convirtiéndose así en un consumidor de bienes y servicios. Bajo este nuevo orden productivo, la individualización aparece como fenómeno social con repercusiones en el ámbito social, ético y político (Durkheim, 2012: 170).

Con la Revolución industrial se desarrollarán paulatinamente y a través del todo siglo XIX, nuevas formas de socialización producto de la creciente acumulación de capital y mercancías, "el individualismo que produce el capitalismo industrial, se expresa en los valores, creencias y prescripciones normativas que enaltecen la defensa y la dignidad de la persona con base a un conjunto de derechos y responsabilidades que exaltan la libertad, autonomía y responsabilidad cívica" (Durkheim, 2012: 170). Esta afirmación vendrá a legitimar y fundamentar la lógica individualista.

La forma de organización será utilizada por la elite hegemónica bajo la retórica del progreso que los individuos deben adoptar para satisfacer sus propias necesidades y así repercutir, positivamente en el desarrollo de la sociedad y la economía, así como también en la actividad política. De este modo, nacerá la idea del culto al individuo convirtiéndose en una especie de fe común que compartirán los miembros de la comunidad. Sin embargo, como bien apunta Durkheim, "Si bien orienta todas las voluntades hacia el mismo fin, ese fin no es social, y

esta fe, no nos liga a la sociedad sino a nosotros mismos. Por consiguiente, no constituye un auténtico vínculo social” (Durkheim, 2012: 186).

Esta afirmación será expuesta detalladamente por Durkheim en su obra *De la división del trabajo* (1992). Proceso que asocia con las manifestaciones solidarias que se expresan en cada uno de los trabajadores para lograr producir una mercancía común. A esta relación Durkheim la llamará “solidaridad orgánica o por diferencias” (Durkheim, 1992:56). Esta forma de solidaridad será concebida como un producto del proceso de diferenciación a partir de nuevos mecanismos de colaboración que fomentan la iniciativa, reflexión, valoración, cooperación y autorrealización, no solamente del medio productivo, sino también de la persona misma. Bajo esta lógica, la solidaridad se convierte en un valor esencial del trabajo, pues será el elemento necesario por el cual el individuo se relacione con el otro para fabricar mercancías de forma rápida y concisa.

En este contexto, nacerá la idea de que el individuo se “auto-realiza” o dignifica para mejorar sus condiciones existenciales y materiales a partir del ejercicio del trabajo. Por lo tanto, la división social del trabajo, más allá de cumplir un elemento clave en el sistema de producción se convertirá en un promotor de diversos valores morales que permitirán y fomentarán en el individuo la idea de ayudarse con el otro para incrementar la productividad, y de este modo, progresar en la línea de lo social (Durkheim, 1992).

El individuo solidario en la productividad traerá consigo una paradoja que el propio capitalista generará, ya que el individuo no necesariamente desarrollará bienestar personal, pues el trabajador no verá una prosperidad en su salario, sino más bien en el perfeccionamiento productivo.

El perfeccionamiento requerirá de la especialización de los individuos para cumplir roles que demanda la fabricación de mercancías. Este rol propiciará que el trabajador tenga la capacidad de imaginar y crear herramientas para lograr una mayor prosperidad, siendo solidario con su semejante y cumplir con los fines para los cuales el individuo fue contratado. De manera que el individuo se sentirá comprometido con su lugar de trabajo de tal forma que desarrollará una especie de identidad organizacional con su espacio de trabajo y conciencia colectiva para producir mercancías. De ahí que no sea raro que, a lo largo del siglo XIX, los

individuos se especialicen en alguna actividad industrial como ensambladores, pintores, soldadores, empacadores, cargadores de materias primas, entre otros.

Esta demanda de hombres especializados en su fuerza de trabajo regulará la producción de hombres capacitados, justo como ocurre con las mercancías que él mismo origina. En este sentido, la existencia del individuo “está reducida a la condición de otra mercancía (...) así mismo su destino está regulado por la oferta y la demanda de su fuerza de trabajo” (Marx, 1980: 52). En consecuencia, el individuo no sólo lucha por su subsistencia física sino también para lograr un trabajo, es decir, “por la posibilidad, por los medios, de poder realizar su actividad” (Marx, 1980: 53).

Sin embargo, estos procesos se reducen a relaciones de producción que se establecen entre los individuos como una forma natural de vida, ya que los roles de la especialización que promueve la solidaridad orgánica a través de la división del trabajo se materializan en ideas morales que expresarán la personalidad del individuo y que deben desarrollarse según las cualidades específicas de cada persona. “Esta forma general, el precepto (*maxime*) que nos ordena a especializarnos es impugnado por todos lados por la máxima contraria, que nos ordena realizar todos un mismo ideal” (Giddens, 2008: 14).

En consecuencia, la división social del trabajo desarrolla un prototipo de solidaridad orgánica (Durkheim, 2007), la cual tendrá como propósito incrementar la producción y las utilidades. Lo que repercute que la división social del trabajo genere una diferenciación entre los individuos, ya que estos deberán actuar con el otro para ayudarse mutuamente con el objetivo de cumplir un interés privado para generar mayores ganancias a menor costo y tiempo.

Esta lógica permitirá que la solidaridad orgánica desarrolle en el individuo una “conciencia conciliadora de intereses privados” (Durkheim, 2007), formando una sensación de sentimientos comunes que genera la utilidad de las ganancias creando una conciencia de producción y consumo, lo que cimienta una realidad que orilla al individuo a especializarse para adentrarse en las dinámicas que establece la división social del trabajo, y en consecuencia, acceder a un el empleo que posibilite obtener un salario y así poder acceder a la sociedad de consumo

Esta tendencia que establece el capitalismo industrial a través de la división social del trabajo para especializar a los individuos fomentará que la organización de lo social no sea de forma homogénea, toda vez que orilla a los individuos a la capacidad de cumplir un rol y un papel en la sociedad. Es este sentido, en la individualización subyace desde sus inicios una práctica de inclusión y exclusión.

Inclusión en el sentido que el comportamiento desemboca en una constante y prolífica hedonización del individuo y, a su vez responde, siguiendo la idea de Isaiah Berlin, en una libertad negativa que se sintetiza bajo el discurso de “haz de tu vida lo que quieras”. Es decir, actuar como mejor nos parezca, sin que nadie se interponga u obstaculice nuestros actos (Berlin. 2003: 49). Y de exclusión, en la forma como la solidaridad, se traslada y se hace orgánica toda vez que requiere mayor dependencia por parte del individuo para subsistir y satisfacer sus necesidades privadas, justificada bajo el discurso de “arréglatelas como puedas”. Sin embargo, la individualización se yuxtapone cuando los objetos de consumo se estandarizan y simulan estar producidos bajo el alcance de cualquier individuo. Parfraseando a Simmel, la individualización aúna y diferencia, incluye y distancia, crea la apariencia de la simulación bajo el transfundo de la estandarización de los objetos deseados. (Simmel, 1988).

Sin embargo, este juego de inclusión e exclusión hace al individuo un ser más unilateral y dependiente pues acarrea la competencia no sólo entre los demás individuos sino también, consigo mismo, ya que la división social del trabajo eleva la fuerza productiva, pero al mismo tiempo reduce al individuo a una máquina. Por tal motivo, la solidaridad orgánica que genera el capitalismo moderno parte de la suposición de que todos los individuos, para cumplir con el proceso de producción, deben ser diferentes. Esta diferencia se genera a través de funciones especiales que el individuo adopta para generar una mayor productividad (Durkheim, 2007). En consecuencia, al existir una mayor división social del trabajo, el individuo debe ser más solidario para producir y a la vez debe estar más especializado y coordinado con el otro para generar mayores bienes y ganancias.

En este sentido, Durkheim argumentará que la individualización “no debe entenderse como disolución de lo social, sino como una forma de conciencia colectiva forjada en la identidad y en la moralidad del individuo expresada en la lógica productiva” (Durkheim, 2012: 186).

Justificando que esta forma moderna de organización de lo social y del individuo, sustraerá beneficios personales y colectivos, pues permitirá la armonía, la cohesión social y el desarrollo progresivo de lo económico.

En *Las formas elementales de la vida religiosa* (2007), Durkheim enfatiza que el individualismo puede ser entendido como la religión de los individuos que opera como una especie de fundamento de la identidad a partir de los lazos morales que sacraliza convirtiendo a los seres humanos en objeto de culto.

No solamente el individualismo no es la anarquía, sino que es, desde ahora, el único sistema de creencias que puede asegurar la unidad moral del país. [...] En realidad, la religión del individuo es una institución social, como todas las religiones conocidas. Es la sociedad la que nos asigna este ideal como el único fin común que puede actualmente reunir las voluntades. [...] así, el individualista, que defiende los derechos del individuo, defiende al mismo tiempo los intereses vitales de la sociedad. Por eso, en ese sentido, el individualismo es como especie de religión. (Durkheim, 1970: 270-275).

Durkheim, analiza la organización de lo social a través de un individualismo que impulsa el capitalismo industrial moderno a partir de un conjunto de creencias, valores, actitudes, costumbres y pensamientos que se forma en el individuo a través de la relación con el otro, pero que gira en torno a los ideales y propósitos del sistema productivo, afirmando “que la vida en sociedad es imposible sino existen intereses superiores a los intereses individuales” (Durkheim, 2002: 45). Por lo que estas prácticas y valores comienzan a instrumentar una forma de individualismo que se manifiesta y radicalizará en el presente. Una característica fundamental del proceso de individualización es la creación de servicios y productos disponibles para ser consumidos.

En consecuencia, con el nacimiento del capitalismo y de los procesos de individualización, la sociedad se define, de acuerdo con Lipovetsky, como una sociedad de servicios. Debido a la proliferación de la seducción por parte del mercado para incrementar el deseo de consumir mayores productos y bienes materiales (Lipovetsky, 2002).

En este sentido, la división social de trabajo, la solidaridad orgánica y la creciente especialización de la sociedad, paradójicamente no aísla a individuos, sino que los une y sacraliza mediante el ejercicio de las causas productivas bajo el argumento de bienestar y desarrollo personal. Con la intención de ser integrado a la sociedad de servicios. Pues el ejercicio, pero, sobre todo, la adopción de estas categorías en la vida privada del individuo le permiten integrarse en la vida pública en un campo de interconexiones, de posibilidades de desarrollo personal, así como de opciones de sobrevivencia predeterminadas por la elite local y global, pero sin adoptar el más mínimo compromiso por sobrellevar y mejorar el bienestar colectivo. Con todo el peso que una afirmación supone, podríamos decir que estas tres categorías constituyen los elementos fundamentales para que el individuo, en su imaginario, se sienta liberado, digno y superado en sociedad. Configurándose un estado de dependencia, no hacia el otro, sino a la integración de las sendas del mercado.

Sin embargo, es en el terreno del empleo en donde nace la idea del reconocimiento por sí mismo y de los otros, ya que sin establecer relaciones que demanden algún tipo de compromiso vitalicio, se forja una sensación de reconocimientos con base a propósitos que maximicen la productividad y las utilidades de la empresa. Esta situación detona que el individuo, a partir de sus capacidades, habilidades, actitudes y pensamientos para producir sea considerado como una persona única y diferente.

El empleo se manifiesta bajo el proceso de individualización como una actividad lucrativa. En donde las acciones que se realizan quedan reducidas a mercancías, pero que paradójicamente cimienta una sociedad dividida, pues quienes obtengan el beneficio del empleo y a través de su salario percibida por las horas laboradas el individuo se percibirá más libre para acceder al consumo de mercancías; y quienes no logren acceder a éste, el individuo se verá en la zona de los poseídos.

Este proceso confeccionará un individuo productivo cuya condición se convertirá en una mercancía, lo que lo despojará de toda condición humana ya que desvaloriza su tiempo, su pensamiento y su libertad de transformar su propia realidad.

Marx, al respecto menciona: “La desvalorización del mundo crece en razón directa a la valorización de las cosas. El trabajo no sólo produce mercancías; se produce así mismo y al

obrero [individuo] como mercancía, y justamente en la proporción que se produce mercancías en general” (Marx, 1980: 61).

Esto tiene como consecuencia que el individuo desarrolle un sentimiento de egoísmo. Rompiendo la conciencia colectiva de la productividad lo que posibilita que la identidad y las formas de relacionarse con el otro se haga más débil y más volátil.

Durkheim subraya:

Para que así sea, es preciso que la personalidad individual se haya transformado en un elemento mucho más importante de la vida en sociedad, y para que haya podido adquirir esta importancia no basta que la conciencia personal de cada uno se haya acrecentado en valor absoluto, sino también que haya aumentado más que la conciencia común. Es preciso que se haya emancipado del yugo de esta última, y, por consiguiente, que ésta haya perdido el imperio y la acción determinante que en un principio ejercía (Durkheim, 2007: 130).

La división social del trabajo, la solidaridad orgánica productiva y la especialización transforma la personalidad del individuo cosificando su carácter y su existencia en un valor absoluto. Lo que genera que el individuo aparezca en sociedad como un ser diverso en su manera de pensar, de sentir y actuar situándolo en un sitio libre de una multitud creciente de disidencias individuales.

En consecuencia, el proceso de individualización se radicaliza y muta hacia el espacio social, cuando las lógicas del capitalismo y del mercado se transforman, se flexibilizan y se liberalizan fomentando nuevas formas de actuar y de concebir al individuo en su espacio de convivencia. Ya que el individuo es orillado hacia la senda de la necesidad lo que lo impulsa a buscar sus propios recursos que posibiliten su existencia.

Sin embargo, es la división social del trabajo la que llena cada vez más la función de la conciencia común; “ella es la que sostiene unidos a los agregados sociales” (Durkheim, 2007), ya que a través de la solidaridad orgánica a consecuencia de la flexibilidad laboral, el propio capitalismo recrea un individuo con una moral fundamentada en intereses privados, cuyas expresiones son visibles a través de la animación narcisista y la conducta hedonista, pues la flexibilización de la estructura económica que se origina a partir del empleo viene

acompañado de discursos, como la libertad de consumo, de recreación y acción como una forma de vida, cuyo propósito es establecer la vida digna y la felicidad pública a través de acciones privadas.

Estas acciones privadas quedaran reducidas a prácticas muy específicas, en donde el empleo se presentará como el único espacio posible para alcanzar la bonanza y la felicidad social, sin importar el quehacer político, cultural o todo aquello que tenga que ver con un lazo de responsabilidad social. En consecuencia, el individuo en su condición de empleado objetiviza su trabajo, de la misma forma que el trabajo es su objetivización (Marx, 1952). La objetivación aparece hasta tal punto como pérdida del objeto que el trabajador se ve privado en los objetos más necesarios no sólo para la vida, sino incluso para su trabajo. “De esto resulta que el hombre sólo se siente libre en sus funciones animales, en el comer, en el beber, engendrar, y en todo a los demás que toca a la habitación y al atavío” (Marx, 1980: 65). Sin embargo, bajo el proceso de individualización este derrotero se manifiesta en una liberación individual expresada en actitudes autónomas, pero a la vez, el mismo individuo es esclavizado a la oferta y la demanda de empleo, de seguridades y derechos.

El hombre liberado se vuelve dependiente del mercado laboral, y por ello mismo, dependiente de, por ejemplo, la educación, el consumo, las ayudas del Estado de bienestar; y finalmente, de las posibilidades –y modas- de la atención médica, psicológica y pedagógica. La dependencia del mercado se extiende a todos los ámbitos de la vida. Como señalará Simmel, el dinero individualiza, estandariza y globaliza (Beck, 2003: 340).

Esa idea será considerada por Georg Simmel para entender los problemas de la sociedad moderna donde los cambios socioculturales de inicios del siglo XX van a expresar contradicciones que serán fundamentales con relación al individuo en sociedad, donde la división del trabajo y el consecuente desarrollo de la economía monetaria conducirá al individuo a la mercantilización y objetivación de los valores personales, originando cambios en los modos de pensar y de actuar.

Simmel entiende la diferenciación de las especialidades laborales en los desenvolvimientos individuales del ser urbano, desde la irrupción de la economía monetaria en relación con la expansión del campo demográfico. Para nuestro autor, la expansión del campo demográfico

permite la ampliación de los círculos sociales que se darían en las grandes ciudades, dando lugar a una mayor diferenciación en las actividades y relaciones de los individuos. De esta manera, *la división social del trabajo* genera un individuo cada vez más realizado y pleno, en el que el crecimiento personal da lugar a cambios progresivos tanto de conducta como de valores pues el individuo tendría la necesidad de ser más solidario, comprensible, competitivo e inteligente para incrementar la productividad y la eficiencia. En este escenario, la noción del conjunto social, asemeja a la idea de un laberinto, donde el *dinero* se convierte en el nuevo eslabón-conector de la sociedad. Pues la idea del dinero se convertirá en la mercancía esencial como producto de intercambio y socialización entre los individuos (Simmel, 1977: 537).

Con la aparición del sistema capitalista, existe una noción de desplazamiento de la sensibilidad de lo humano por la mercancía. Lo que permite que la elite hegemónica reproduzca el discurso de que la sociedad sea visualizada como un campo de relaciones económicas. Cosificando y proyectando al individuo en el mundo de las cosas. Esta organización de las sociedades basadas en torno a la economía capitalista y el dinero, tiene efectos manifiestos en la personalidad y en los valores propios, ya que el componente monetario se convierte en uno de los pilares y principales formas de socialización de los individuos sustentados a través de relaciones vacías carentes de efectividad y de tipo meramente instrumental, bajo la premisa de que cuando compro algo por dinero me es indiferente a quién le compro, siempre que sea lo que deseo y se ajuste al precio que debo pagar. Lo anterior en palabras de Simmel se describe de la siguiente manera: “La observación que aparece en los billetes de banco de que su valor será pagadero al portador sin necesidad de comprobación de identidad es significativa de la objetividad absoluta que se da en las cosas del dinero” (Simmel, 1977: 547).

“El dinero compone un individuo sensible a los sentimientos del valor, de la práctica de las cosas y el sentido de su existencia” (Simmel, 2003: 3). Esta condición subvierte el orden natural de las cosas, ya que el individuo emite un juicio sobre el valor de las cosas lo que subjetiva su realidad a través de la cosificación del orden cotidiano a través de diferencias y jerarquías (Simmel, 2003).

El individuo les atribuye valor a las cosas y las adopta para sí mismo, siempre y cuando éstas cumplan satisfacciones y placeres. Para ello, “el dinero es el elemento que expresa de manera tangible la relación recíproca entre objetos intercambiables” (Simmel, 2003).

El deseo asigna un valor económico al objeto, esto fomenta una diferencia y una jerarquía entre quienes poseen el deseo y el deseante. Para que el deseante acceda al deseo éste debe pagar por un precio para poseer el objeto y satisfacer su placer.

Simmel afirma que el valor del objeto como tal no se ve afectado por el deseo que se tenga de él, pues dicho valor se encuentra por encima de las apetencias de los sujetos. Estos, en el proceso de intercambio, mantienen para sí la impresión de haber obtenido mucho más de lo que han dado a cambio; es decir que, con independencia de los objetos que son intercambiados, los sujetos creen haber obtenido alguna ventaja, siendo esta la causa y el resultado del intercambio (Simmel, 2003). “Esa presunción de mutuo beneficio, ausente de formas de posesión de las cosas como el trueque, el robo o el regalo, garantiza y facilita la instalación del dinero en las relaciones interpersonales” (Simmel, 2003: 65).

El dinero produce un valor a las cosas. Con el triunfo del capitalismo globalizado, los individuos se convierten en símbolos de valor, perseguidor de deseos y ávidos de reconocimiento, lo orilla a convertirse en un sujeto disciplinado creando hábitos que satisfagan sus intereses. Originando un individuo altamente ocupado. Esta condición y formas de actuar en el mundo, Hegel lo había denominado “cultura práctica” (Hegel, 1968). Lo que permite que el individuo se cosifique en un ambiente de relaciones cuya necesidad es cubrir sus propias necesidades. En consecuencia, el dinero afecta las relaciones de las personas, altera el pensamiento y enaltece el goce, ya que la búsqueda incesante del placer, de la felicidad privada y el reconocimiento por sí mismo que otorga el éxito laboral, social o cultural se sobrepone a la libertad basada en la experiencia de la voluntad, materializada en la acción política plural cuyo propósito es satisfacer y perseguir el bien común, y por ende, la felicidad pública.

En términos sociales, la economía monetaria reduce los valores morales del individuo a la especificidad de las cosas (Simmel, 1977: 555). Por ejemplo, se desvanece la idea del respeto a sí mismo, el reconocimiento de la dignidad y la libertad. Así como la capacidad de relacionarse con el otro para mantener activos los valores colectivos y perseguir su bienestar

a partir de la dinámica de la acción política. En el marco de esta problematización Simmel identifica *el conflicto de la cultura moderna*. De este modo, obtenemos una visión de orden económico que es mucho más densa que la dialéctica histórica, ya que hay una preocupación por la cotidianidad de las relaciones personales y mercantiles como resultado de valores y condiciones que produce el propio sistema capitalista. En otras palabras, las condiciones impuestas por el capitalismo moderno, a través de sus dinámicas y valores productivos se ocupan de manipular a las conciencias de los individuos generando diversos tipos de conductas que aparentan ser normales ante el otro.

De ahí el surgimiento de estereotipos y estigmas hacia aquellos individuos que renieguen y/o critiquen el modelo de sociedad que promueve el capitalismo, donde el egoísmo personal se antepone a la lógica de la solidaridad colectiva. De ahí que no sea raro leer en las redes sociales o escuchar opiniones en diferentes lugares públicos sobre la descalificación hacia aquellos individuos que promueven algún derecho social o civil o algún grupo vulnerable en específico; o actores políticos que se manifiestan en algún lugar público quienes son desautorizados por aquellos que divergen de su afiliación política. Hay una tendencia a la exclusión dirigida a quienes simplemente piensen de una forma diferente política y socioculturalmente.

El individualismo se manifiesta en un primer momento no como forma acrítica, apática o reformadora de ordenamiento de la sociedad, sino como un elemento clave que tiene sus bases en los mecanismos, roles y actitudes que establece la lógica de producción a partir de la solidaridad productiva y se deposita, reproduce y se interioriza en la mente de los individuos generando una forma de civilización. Richard Sennet referirá a esta nueva condición del individuo como: *la corrosión del carácter* (Sennet, 2000).

En este contexto comienzan a construirse discursos progresistas donde el trabajo, el buen comportamiento y la ocupación laboral significan estabilidad social, desarrollo personal y colectivo. La dinámica que promueve el capitalismo, a inicios del siglo XX, comienza a configurarse en términos del proceso civilizatorio de la sociedad.

De la misma forma que Durkheim, Norbert Elias considera que la individualización de la sociedad a principios de siglo XX, es “producto de una transformación social ajena al control de las personas y resultado de sus relaciones mutuas, que se produce a la par de la creciente

diferenciación de las funciones sociales y el dominio cada vez mayor sobre las fuerzas naturales” (Elias, 1989: 96).

Los procesos de individualización como mecanismo civilizatorio serán caracterizados por la movilización de pequeñas agrupaciones hacia grandes conglomerados humanos. El individuo dejará de pertenecer a pequeños grupos sociales para incorporarse a grandes organizaciones y corporaciones sociales (Elias, 1989: 97). Por ejemplo, si bien el individuo continúa teniendo lazos familiares, permanentemente se ve en la necesidad de buscar organizaciones sociales más grandes para cumplir con sus satisfacciones, conseguir emplearse en alguna industria, comercio o consorcio, incluso en algunas comunidades de recreación cultural o en algún tipo de gremio sindical, político o social que le aseguren su estabilidad personal.

Norbert Elias afirma que el proceso de diferenciación se vincula a la circulación del dinero. En la medida que aumenta la especialización, se requiere la coordinación de funciones y actividades por parte de agrupaciones cada vez más grandes y centralizadas que describen simultáneamente una forma de contención, esto es la creación de una forma específica de regulación y dominación social (Elias, 1989: 97).

La especialización genera diferenciación, segregación y competencia, por lo que al adentrarse en esta dinámica el individuo tiene que jugar el rol de la libertad dentro de los márgenes de la elección individual. Esto es porque los seres humanos obedecen cada vez a sus propios dictados y a sus propias inquietudes por lo que según Elias, generan una especie de deliberación materializada en las diferentes opciones que establece todo el sistema en su conjunto (Elias, 1989: 115). Sin embargo, las diferentes opciones también producen un estado de insatisfacción, generando sociedades cada vez más violentas, toda vez que los individuos al no reconocer sus placeres y virtudes en el mundo de lo social, gestan en él un vacío, dolor, desdicha, descontento y malestar (Zabludowsky, 2013: 239).

Estas frustraciones son el resultado de sociedades que viven bajo estándares y normas del mercado, ya que la competencia plantea algunas veces objetivos inalcanzables para muchos individuos. Por ejemplo, la idea de convertirse en hombre millonario, inmerso en la opulencia del capital, del glamour y la excentricidad social. En este sentido, la idea del progreso y desarrollo personal queda inmerso en el imaginario colectivo, estableciendo fantasías y

utopías mercantiles para alcanzar el pleno desarrollo, y a su vez, alcanzar la plena libertad (Zabludovsky, 2013: 242).

Bajo este contexto, los seres humanos aprenden a diferenciarse los unos de los otros; a competir y destacar, ya sea en el colegio, en el trabajo, en la familia o en cualquier grupo social a partir de sus propias cualidades para llegar a sentir orgullo de sí mismos; ser dignos de aplauso, reconocidos en los premios y encontrar satisfacción en sus propios éxitos. Por consecuencia, en sociedades de este tipo, los ámbitos en los que uno pueda brillar en el sótano se encuentran rigurosamente delimitados. Descollar sobre los otros puede provocar desaprobación, destierro, negación y olvido: “No es fácil mantener el equilibrio justo entre la capacidad de ser semejante a los demás y la facultad para ser único y distinto, por lo que lograr este balance y lograr el anhelo del reconocimiento genera conflictos” (Zabludovsky, 2013: 238).

Por ello, la individualización deviene en una estructura de la personalidad propia de las sociedades industrializadas, en la que el ideal del *yo*, busca diferenciarse de los demás (Zabludovsky, 2013: 247). Las personas suelen experimentar la sensación de que la vida social les impide la autorrealización de lo que son interna y naturalmente. Desde esta óptica, la sociedad es percibida como una especie de cárcel, una autoridad hostil y poderosa que impone limitantes a sus súbditos y lo obliga a contener dentro de ella misma (Zabludovsky, 2013: 247).

Elias afirmará que en realidad los individuos viven bajo la percepción de no poder vivir la propia vida, “ya que la construcción de esta forma de vida es el esquema básico de la personalidad, siendo un producto de los procesos de individualización y civilización caracterizados por una mayor contención de los impulsos” (Elias, 2005: 96). Estos procesos se evidencian en ciertas etapas de la vida, particularmente, en la adolescencia y la juventud y, específicamente, a la hora de morir (Elias, 2005: 100).

Esta última etapa es analizada por Elias en la obra *La soledad de los moribundos*, donde explica que lejos de ser una cuestión meramente biológica, la vivencia de la muerte responde a distintas formas de autopercepción según los diferentes momentos de la civilización. Debido a que, “en las sociedades estatales desarrolladas se vive una represión hacia la muerte generada, en gran medida, por el poderoso impulso hacia la individualización que se inicia

en el Renacimiento y se prolongó hasta nuestros días” (Elias, 2005: 60). En este sentido, el motivo vivencial de la muerte en solitario responde a la idea que tienen los seres humanos sobre sí mismos como personas totalmente autónomas, separadas, distintas e independientes de los demás.

El capitalismo a partir de sus valores y dinámicas engendra en los individuos la orgullosa autoconciencia de ser civilizados a partir de su propia dinámica para demostrar que las formas de comportamiento consideradas típicas del hombre son factores que dan transformaciones en las estructuras sociales y políticas, así como también en la estructura psíquica y del comportamiento en los individuos. El capitalismo civiliza a los individuos a partir de lazos, necesidades, valores y normas históricas que este sistema de producción va configurando en el tiempo, impulsado a partir de los aparatos ideológicos del Estado y de las continuas crisis que genera el mismo sistema. De forma que cuando se reestructura la sociedad lo hace de la misma forma. En este sentido, es posible afirmar que nos encontramos ante una nueva etapa del individualismo, pero ahora en su versión civilizatoria, manifiesta como una forma natural de socialización donde se aparenta el interés constante por la acción política, pero que subsiste el divorcio constante por la misma.

Esta forma civilizada de la individualización, tomará mayor fuerza a partir de la posguerra, con la naciente elite política tecnocrática y el ascenso global de la burguesía que tendrá su expresión a partir de la década de los años setenta. Con el resurgimiento del liberalismo económico y la crisis estructural del Estado benefactor vendrá a configurarse una nueva visión del hombre, de la sociedad y de la forma de concebir el quehacer político, dando inicio a una nueva lógica de administrar y organizar a la sociedad moderna. La solidaridad productiva, la especialización del individuo y el incremento de la monetización del individuo atravesarán los rincones más privados del individuo, trasladándose hacia la esfera familiar, educativa, laboral y moral.

### 1.3.- AGOTAMIENTO DEL ESTADO BENEFADOR Y LA CRECIENTE DEMOCRATIZACIÓN DE LAS SOCIEDADES MODERNAS. TRANSFIRIENDO LA SOLIDARIDAD PRODUCTIVA, LA DIVISIÓN SOCIAL DEL TRABAJO Y LA ESPECIALIZACIÓN A LA VIDA PRIVADA DEL INDIVIDUO

La división social del trabajo, la solidaridad orgánica, la creciente especialización y la monetización del individuo como una forma de relación, constituyen elementos clave para desarrollar un tipo de sociedad, cuyos lazos aparecen supeditados a procesos mercantiles, generando un individuo que antepone su bienestar privado a las necesidades sociales y políticas. Esta forma de relación, representa el mecanismo fundamental que permitió construir los valores morales que dieron sentido y razón de ser al individuo frente a la sociedad industrial emergente, pero, sobre todo, que dieron sustento a las estructuras que el mismo individuo crea y modifica a partir de su actividad social. En este sentido, estos tres elementos, paulatinamente, se irán materializando y cosificando en la vida ordinaria de los individuos; es decir, poco a poco se van trasladando hacia el espacio social.

Por lo tanto, si bien la solidaridad orgánica seguirá existiendo y desarrollándose en el terreno laboral-productivo, ahora también se manifestará en los ámbitos sociales expresándose en grupos y organizaciones de diversa índole política, religiosa, cultural y recreativa. Estas colectividades serán solidarias de su propia causa. Y esto detona, una creciente división de lo social para resolver y demandar lo que los individuos necesitan para solucionar sus conflictos, lo que produce que el individuo cumpla roles específicos de su causa, y a su vez produzca una especie de especialización sobre temas y problemas de índole público. Esta situación producirá, que el proceso de individualización se institucionalice.

La institucionalización de este proceso se llevará a cabo a partir de cambios que el propio capitalismo instrumentó al interior de la sociedad. Mediante el aprovechamiento (o estimulación) de diversas crisis económicas surgidas durante la segunda parte del siglo XX, el capitalismo influyó en la transformación, tanto desde lógica de la especialización de la mano de obra como de la solidaridad orgánica, generando un registro diferente del individualismo, más adecuado para los tiempos por venir. Con este propósito, más allá de ajustar sus mecanismos de producción, hizo cambios que impactaron diversos campos sociales y políticos de corte liberal democrático, que se expresaron en discursos sobre la libertad y que se materializaron paulatinamente en derechos sociales con la intención de

legitimar y dar credibilidad el discurso de progreso y desarrollo que se efectuaba hacia aquellos años después de la segunda guerra mundial. Esto significó que, cuestiones vinculadas de la posguerra, la educación, la libertad y el progreso se convirtieran en los nuevos estándares de la elite política y económica para fundamentar el nuevo ideal y construir una sociedad cada vez más moderna y democrática, con el propósito de justificar el proyecto político y económico, así como fundamentar al capitalismo como aquel proyecto que promueve y desarrolla bienes, derechos sociales y civiles a través de la vía democrática en donde todos los individuos tienen iguales derechos para elegir, movilizarse, expresarse, pero sobre todo para asociarse con quien más le convenga (Beck, 2002).

El proceso de individualización, que aparece en los espacios productivos a través de la solidaridad orgánica, la división social del trabajo y la creciente especialización para cumplir con los roles de producción, se acuera y se traslada hacia los terrenos sociales mediante la democracia liberal a partir de una idea particular de libertad.

(...) de las sin duda muchas características distintivas de la libertad moderna son de interés espacial: su estrecha relación con el individualismo, y su conexión genética y cultural con la economía de mercado y el capitalismo (el tipo de sociedad definido recientemente por Peter L. Berger como “producción para un mercado de individuos o asociaciones emprendedoras con el propósito de obtener una ganancia). El núcleo duro del individualismo [...], en la experiencia psicológica con que empezamos: el sentido de una distinción clara entre mi ser y el de los otros. La importancia de esta experiencia se ve muy aumentada por nuestra creencia en el *valor* de los seres humanos en sí mismos (Bauman, 2010: 92).

Desde la primera mitad del siglo XX, el capitalismo industrial impuso una forma de administrar sus recursos y mecanismos de reproducción, sobre todo a partir de la Gran crisis de 1929. Este acontecimiento permitió que el Estado saliera a flote para rescatar una “nueva forma” de producción. Lo que colocó al Estado como el nuevo administrador y organizador de los recursos destinados a lograr la estabilidad económica, gobernanza política y cohesión social.

La nueva forma de organización, sostenida sobre la figura del Estado, tuvo repercusiones sociales que fueron claramente visibles en la vida cotidiana del individuo, expresado

principalmente en la constitución de la familia, el pleno empleo, el sindicalismo y en la creciente educación de los individuos. Estos núcleos de relación, como especie antagónica de la individualización, resguardaban una forma de colectividad impulsada por el Estado y por el propio sistema capitalista, pues ambos equilibraban e impulsaban una configuración de la sociedad a partir de acciones dirigidas a fortalecer el respeto y la importancia de los lazos familiares; el derecho y la protección al trabajo; y la necesidad de educar para emprender el desarrollo de un mejor porvenir de la sociedad a través del conocimiento, la ciencia y las artes. Estos lazos sociales sufrirán una fuerte transformación a finales de la década de los años sesenta (Beck, 2002).

Una idea particular que vendrá a modificarse radicalmente se refiere a la forma de organización de la vida familiar de mediados del siglo XX, donde “El hombre era el que ganaba el pan de cada día y la mujer se quedaba en casa” (Beck, 2002: 68). Esta idea de familia jugó un papel fundamental en el imaginario social de aquellos tiempos, al representar una forma solidaria y colectiva de sociedad, en la que los roles estaban establecidos a partir de normas y valores morales que permitían una estructura específica de asociación. Ulrich Beck menciona al respecto:

En las industrializadas sociedades occidentales de los años cincuenta y setenta se cantó la glorificación de la familia (...) La familia fue anclada a la constitución y acogida bajo especial protección del Estado; en la vida cotidiana la familia constituía el modelo de vida reconocido y al que se aspiraba; la teoría social entonces dominante la consideraba necesaria para el funcionamiento del Estado y la sociedad (Beck, 2003: 11).

Las transformaciones derivadas de las diversas crisis económicas y políticas de aquellos años, así como de los diversos movimientos sociales y la persecución del ideal democrático, permitieron que las formas tradicionales de organización social se fueran modificando paulatinamente.

A finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, llegaron el movimiento estudiantil y el movimiento feminista, que llamaban a la rebelión contra las estructuras tradicionales. La familia fue desenmascarada como ideología y como prisión, como la sede de la violencia y la opresión cotidianas (Beck, 2003: 12).

En la década de los años setenta se abrió un intersticio dando lugar a diversos derechos beneficiando a ciertos estratos de la población instrumentándose en el individuo la capacidad de convertirse en un ciudadano garante y poseedor de derechos y obligaciones que le permitían ser en sociedad, y así mismo, involucrarse por la vía institucionalizada y normativa a los ámbitos políticos registrados y regulados bajo el ordenamiento de la ley. En este sentido, el individuo socavaba con su poder ciudadano a través del compromiso solidario sobre los asuntos públicos, y a su vez, ayudaba a consolidar y reproducir la cuestión soberana. Esto ayudaba a que el individuo mantuviera un cierto sentido de pertenencia política, así como un sentido de solidaridad y comunidad.

Sin embargo, las modificaciones en la esfera social comenzaron a desarrollarse cada vez más con mayor velocidad. La incorporación al mundo laboral y académico de las mujeres dio lugar al cambio de los lazos familiares, dando paso a la emergencia de diversas posiciones políticas, económicas, culturales y civilizatorias que impactaron radicalmente la relación entre hombres y mujeres, lo que derivó en la fundación de nuevas instituciones educativas y procesos productivos acordes con las nuevas expectativas e imaginarios que la sociedad contemporánea resultó de creciente democratización de la sociedad.

El ámbito productivo, fue un elemento clave para liberalizar y democratizar al individuo a partir de la creciente especialización. La sociedad moderna entró en una lógica fundamental en la que ahora no solamente especializará al individuo (hombre) sino ahora también a la mujer. Por lo que la solidaridad orgánica y la división social del trabajo ya no solo se manifestarán en el espacio laboral, sino que también se expresará en la vida cotidiana y privada de los individuos. Asignar roles en la casa y el trabajo, ser solidario con el otro para mantener estabilidad emocional y social, dividirse el trabajo en familia y profesionalizarse en la escuela, corrieron a la par de la idea de bienestar, equidad, respeto y progreso. (Beck, 2002).

Aquí se ve claramente que la individualización se pone, y se mantiene, en marcha, básicamente con relación a las oportunidades crecientes que existen en el sistema educativo, así como a los retos que se siguen de éstas en cuanto a trabajo remunerado y movilidad en el mercado laboral. Esto significa que, en la medida en que (...) las mujeres se vuelvan móviles en esta espiral de la

individualización en cuanto acceso a la educación, al mercado laboral, a las carreras profesionales, a las ambiciones y a la constante disponibilidad en la misma medida que los hombres, la dinámica de la individualización dará otra vuelta de tuerca entera a la sociedad (Beck, 2001: 67).

Esta nueva idea viene a complementarse con la idea de la libertad de roles, de pensamiento, entretenimiento, expresión, ideología, elección y asociación, donde el elemento clave para desarrollar estas proyecciones fue acompañado de la transformación del capitalismo. Indudablemente, este nuevo individuo será pensado y concebido por el neoliberalismo, lo que dará lugar a un nuevo discurso social, político, económico y ético que justifique las nuevas relaciones de producción a través de una nueva forma de sociabilidad.

En este sentido, el individualismo adquiere un nuevo significado en este contexto, donde la división del trabajo, la solidaridad orgánica, la especialización y la monetización del individuo serán redefinidos por el pensamiento y la elite neoliberal; construyendo la idea de hombre libre e innovador, artífice de su propia existencia. El discurso del individualismo aparece en el proyecto neoliberal y empieza absorberse y proclamarse por diversos grupos de élite social, cultural y por supuesto política.

Es en este momento cuando se retoma y se auto-realiza el pensamiento ilustrado en el individuo, como aquella capacidad de ser libre de actuación y elección, donde el individuo tiene la capacidad de pensarse por sí mismo y situarse ante al otro como diferente y único, movido bajos los estándares que promueva la libertad impulsada desde la élite económica, pero administrada y limitada bajo un marco normativo que posibilitará la igualdad entre los hombres, y a su vez, sienta en su carácter, en su pensamiento y en su actitud la condición de ser libre en sociedad expresada en la movilidad y toma de decisiones. En otras palabras, se retoma el famoso principio único de John Stuart Mill “que la razón de que la sociedad intervenga frente al individuo es la prevención del daño a otros” (Mill, 2012:56).

Este enfoque de la libertad por parte de Mill, que Isaiah Berlin denominó libertad negativa, se puede describir como *cesión de poder* para utilizar la vieja expresión del profesor Robert Nisbet. Esta forma de poder, interferirá en el individuo a través de su vida privada. Ya que en “la medida de que éste realice actividades privadas no debe ser importunado en modo alguno” (Berlin, 2003:50). Esta forma de libertad promoverá la idea de que el individuo, en

su necesidad de ser en sociedad, debe estar arraigado por su particularismo y movido por sus intereses privados, pues la suma y perseguimiento de ellos darán como resultado beneficios colectivos y se verán reflejados en la cohesión y bienestar de la sociedad.

Por contraparte, Rousseau temía esta situación, pues no aceptaba que el individuo estuviese arraigado bajo ningún particularismo, pues sus intereses privados (los de su familia, su negocio y su religión) impedirían que el individuo se convirtiese en un ciudadano totalmente comprometido con la voluntad general (Rousseau, 2011). Esto quiere decir que para Rousseau el individuo no debiera tener raíces si el objetivo era formar parte de una única totalidad; en otras palabras, “la soberanía colectiva sin límites, ni topes o compensaciones” (Espada, 2005:220).

Tras el agotamiento del Estado de bienestar, la vida del individuo comienza a proyectarse como una empresa, sustrayendo la nueva idea de “comportarnos [*ante la vida*] como capitalistas frente a ella y organizar todos los referentes de nuestra vida autónoma y apresurada en la obediencia hacia las leyes del mercado. Es decir, que nos convirtamos en empresarios de nosotros mismos” (Beck, 2001: 70). Este argumento se convertirá en la nueva forma ideológica de organización social y modelo perseguido a partir de los años ochenta del siglo pasado.

En este sentido, el individualismo aparecerá como el surgimiento de una dinámica institucional, que tiene como destinatario al individuo y no al grupo (Beck, 2001: 67). Por lo tanto, el individuo se convierte en el objetivo de la política institucionalizada. Dejando atrás la vieja actividad de las políticas de masas. Lo que significa que el Estado atomizará a la sociedad a través de diversas acciones que fomentan la idea de lo individual sobre lo colectivo. Por ejemplo, a partir de la flexibilización del empleo, mediante la desaparición de sindicatos, a través del nacimiento de programas de gobierno dirigidos a los individuos y no a los grandes grupos sociales, entre otras prácticas.

Con respecto a las repercusiones en el ámbito político, existe una latente transgresión hacia el lazo comunitario y solidario que se traduce en una especie de fragilización de las trayectorias de los individuos, expresada en la pérdida de seguridades sociales como vivienda, el acceso al empleo, solo para señalar algunas. Así como un atentado constante

contra aquellos que protejan los diversos beneficios laborales tales como los sindicatos y diversos grupos que tienen como propósito garantizar los derechos laborales.

Este proceso ha implicado la alteración de las condiciones de vida del individuo, “pues se le traspasan de facto los riesgos que produce el desvanecimiento del Estado social y la entrada a la empresa privada” (Posadas, 2010: 95).

Esto originó que la individualización de la sociedad se convirtiera en una nueva etapa histórica caracterizada por la emergencia de un modo de socialización inédito que rompió con las viejas referencias que unían a la sociedad, como el sentido de la revolución para crear un mundo mejor, la laicidad y las diversas ideologías que proponían una forma alterna de concebir al mundo se rompen para dar paso a lo que Lipovetsky denomina un proceso de personalización.

El proceso de individualización procede de una perspectiva comparativa e histórica, designa la línea directriz, el sentido de lo nuevo, el tipo de organización y de control social que nos arranca del orden disciplinario... ruptura con la fase inaugural de las sociedades modernas, democráticas-disciplinarias, universalistas-rigoristas, ideológicas-coercitivas, tal es el sentido del proceso de personalización (...) Negativamente, el proceso de personalización remite a la fractura de la socialización disciplinaria, positivamente, corresponde a la elaboración de una sociedad flexible basada en la información en la estimulación de necesidades (Lipovetsky, 2002: 6).

Con el proceso de personalización nació la idea de la autogestión individual, pues cada sujeto asumió la autonomía relativa respecto al poder y en consecuencia suprimió al máximo sus relaciones con la burocracia y los demás ordenamientos emanados de la esfera gubernamental. En ese sentido, la retórica del poder se convierte en lo que Foucault identificó en una parte de su obra intelectual cuando afirma que: “El poder no se posee, se ejerce”, y el individuo aparenta ejercerlo mediante su condición de libertad.

Por lo tanto, no es que los individuos se divorcien de la política, pero asumen un papel parsimonioso con respecto a los referentes que procedían de ésta. Es por ello, que ahora los individuos se ocupan más por profesionalizarse en la escuela o en cualquier lugar en donde

sea posible, acechando el sentimiento de solidaridad desde su trinchera, pero sin que el compromiso sea para siempre.

Por lo que la especialización del individuo es el ejemplo paradigmático de este nuevo proyecto individualista. A partir de la década de los ochenta el capitalismo comienza nuevamente a transformarse, recomponiendo sus modos de producción, tecnificándose cada vez más y, a su vez, complejizando sus lógicas de operación y consumo, así como también diseñando nuevas tecnologías basadas en la informática para la operación en el mercado, dando paso a la radicalización de los lazos solidarios orientados hacia la productividad, la tecnificación de la división del trabajo y la especialización de la mano de obra. Detonando una mayor radicalización así la monetización del individuo. Por lo tanto, la diferencia es que ahora no solo se llevará a cabo esta práctica en cuestiones manuales, sino también en aquellas orientadas a sistemas complejos de producción que provengan de la ingeniería y la robótica. En este contexto, el creciente individualismo será aprovechado por las lógicas y dinámicas del mercado y expresadas también en el ámbito político.

Cuya forma se manifestará en todas aquellas estructuras burocráticas que anteriormente supeditadas a las riendas del Estado, y que fueron paulatinamente sustituidas por la tecnificación de la actividad gubernamental, así como una mutación considerable del espacio público, pues al menos hasta el nacimiento de la globalización y con el desarrollo de la tecnología, la acción política no sólo se encuentra y se realiza en los terrenos tradicionales (plaza pública), sino que ahora también se hace desde el espacio cibernético. Bajo este nuevo contexto, no hace falta salir a las calles y encontrarse con el otro físicamente, basta con hacer un grupo en alguna red social, hablar sobre situaciones que se desprendan del fenómeno político y entablar juicios y críticas sobre el mismo. Por lo tanto, la pluralidad también cambia de lugar y se hace espontánea. Generando un proceso de individualización que, además de cambiar los lazos sociales, modifica drásticamente la forma de actuar en la política.

El proceso de individualización tendrá como característica fundamental la idea de la plena libertad, pero con opciones establecidas y limitadas por el mismo mercado, con un tipo de relación a disposición y elección bajo sus estándares de seducción e intereses privados. Tendrá una gama de opciones para acceder a la educación para especializarse, pero con espacios públicos educativos restringidos; el individuo tendrá en sus manos la capacidad de

crear sus propios medios de trabajo, además de que podrá decidir sobre su futuro y tomar decisiones: qué hacer, qué innovar, qué proponer. Dejará de sentirse oprimido por las estructuras del Estado, por lo que la actividad política se verá desplazada hacia terrenos menos visibles.

Antes, teníamos todavía la ventaja de que el otro nos oprimía, y podíamos defendernos contra él en el plano político. Ahora, en esta ulterior fase del capitalismo, el empresario descarga sobre el propio individuo la presión de la auto-explotación y auto-presión, y esto debe ser un motivo de alegría, pues anuncia el nacimiento de un hombre completamente nuevo (Beck, 2001:70).

Esta nueva concepción del individuo, de la política y del capitalismo globalizado que aparece con el fin de la Guerra fría, expresada en el símbolo relacionado con la caída del muro de Berlín, comenzará a consolidarse a partir de la década de los noventa. El Estado inicia un proceso de desregulación, liberalización y privatización de los bienes y servicios que antes eran considerados como públicos. Los grandes grupos desaparecen o en su defecto comienzan a hacer disminuidos en cantidad.

El trabajo se flexibiliza y, por lo tanto, los sindicatos, gremios y grupos comienzan a fragmentarse, así como las grandes agrupaciones sociales y culturales, dando lugar a una concepción de solidaridad productiva redefinida a partir de vertientes locales y particulares. Al cercenar los espacios de trabajo garantizados por el Estado en el pasado, el individuo es obligado a crear sus propios recursos, desarrollando una nueva cultura con base en la capacidad para innovar y ofertar mercancías que permitan su subsistencia a través de mecanismos gubernamentales y políticas dirigidas a la creación de su propia empresa y su propio lugar del trabajo. Ahora serán los bancos transnacionales y no el Estado quienes ofertarán diferentes tipos de crédito y “facilidades” para emprender una nueva fuente de trabajo. Siguiendo a Bauman es posible afirmar que la individualización se manifiesta en distintas direcciones, de lo personal a lo relacional y luego a lo laboral.

La situación ha cambiado ahora; el ingrediente fundamental del cambio es la nueva mentalidad de “a corto plazo” que vino a re-emplazar a la de “a largo plazo”. Los matrimonios “hasta que la muerte nos separe” son una rareza: los miembros de la pareja ya no esperan estar mucho tiempo en compañía del otro. Según el último

cálculo, un joven americano con un nivel educativo moderado supone que cambiará de empleo al menos once veces durante su vida laboral; esa expectativa de “cambio de empleo” seguirá sin duda en aumento antes de que concluya la vida laboral de la generación actual. “Flexibilidad” es el lema del día, y cuando se aplica al mercado de trabajo significa el final del empleo “tal como lo conocemos” y el trabajo con contratos a corto plazo, contratos renovables o un sin contrato, puestos sin seguridad incorporada, pero con la cláusula de “hasta nuevo aviso” ...el trabajo se ha convertido en un deporte “de clase media alta” o de “alto rendimiento”, más allá de la capacidad y del alcance práctico de la mayoría de los que buscan trabajo... La pequeña parte de la población que trabaja lo hace de manera muy intensa y eficaz, mientras que la otra parte se queda al margen porque no puede mantener el rápido ritmo de producción y, podemos añadir, porque la manera en que se realiza el trabajo deja poco espacio, y cada vez menos para sus habilidades. La vida laboral está saturada de incertidumbre (Bauman: 2001: 34-35).

Bajo esta lógica no es extraño que las políticas de asistencia y desarrollo social se relacionen con la creación de programas sociales vinculados a la innovación de espacios laborales y creación de escuelas tecnológicas orientadas al desarrollo de capacidades y recursos del individuo dirigidas a cumplir una función técnica específica en el mercado laboral y/o medio productivo, o en su defecto, encaminadas al autoempleo. Todo esto matizado por la idea de la libertad de auto-dirigirse y de auto-administrarse en el mundo actual, sumergido en un ambiente de constante incertidumbre.

La libertad del individuo moderno se desempeña en la capacidad que tenga el propio sujeto sobre supervisar y corregir su conducta. De esta manera, la libertad surge, “de la incertidumbre; de cierta subderminación de la realidad exterior, del carácter intrínsecamente problemático de las presiones sociales” (Bauman, 2010: 105). El individuo libre de nuestros tiempos es, para emplear una frase de Robert Lifton, un “hombre proteico” (Lifton, 2008), es decir una persona que es sub-socializada y que se relaciona en la *irelación* al no establecer ningún mecanismo de sensibilidad exterior hacia su semejante, pero por otro lado, vive sobre-socializado, pues está en constante interconexión con el mundo que lo rodea, ya sea en su trabajo, en sus redes sociales, en sus institutos educativos, en su iglesia, en sus grupos

recreativos, en sus centros de diversión y de consumo. Por lo que la libertad del individuo pretende alcanzar fines propuestos; es como si la condición de ser libre se convirtiera en un medio para conseguir resultados deseados, esta articulación es, desde mi perspectiva, el carácter esencial del propio individualismo moderno pues el “pluralismo, la heterogeneidad y el desorden social, lo crea la necesidad como la posibilidad de la elección individual, la motivación subjetiva y la responsabilidad social (Bauman: 2010: 104).

Esta forma de posicionarse por parte del individuo engendra en la sociedad una nueva moralidad. Ya es el mismo individuo quien desvaloriza la idea de abnegación; estimulando y persiguiendo sus deseos inmediatos a través de la pasión y el ego, que se traduce en una idea de felicidad intimista y materialista. La moralidad del individuo moderno se traduce bajo el apotegma: “costos-beneficios”.

De ahí que en los últimos años la proliferación de campañas de publicidad de los valores morales empresariales esté en auge. Publicidad donde se destaca los beneficios para la sociedad que tiene la implantación real de lo que se viene llamando Responsabilidad Social Empresarial (RSC). Este intento por parte de las empresas de dar a conocer su implicación y su responsabilidad en la parte de la sociedad donde interactúan trata de acortar las distancias entre la sociedad individualista que cada día huye más de la categoría de lo social y los beneficios que una empresa moralmente responsable puede aportar a este sujeto individualizado (Ruiz, 2011:11).

Esta forma de individualización generada por el sistema capitalista, produce grandes paradojas que cambian toda la concepción en el esquema de producción, Benjamin Coriat las denomina “pensar al revés” (Coriat, 2003), donde a grandes rasgos la productividad comienza a redefinirse de forma inversa. Es decir, la solidaridad productiva y la división del trabajo dejan de ser esquemáticas y automáticas, para ahora emplearse por periodos cortos de tiempo y por demanda de producto. En otras palabras, se deja de producir mercancías a gran escala, para producirse por pedido o por oferta. Sin embargo, el trabajador dejará de percibir un salario por jornada de trabajo. Desde ahora, obtendrá un pago por mercancía fabricada o vendida, disminuyendo aún más su salario, pero paradójicamente, con mayores

demandas y ofertas del mercado que lo orillarán a especializarse cada vez con mayor frecuencia y a mayor velocidad.

De esta manera, la solidaridad orgánica de la que hablaba Durkheim y la división social del trabajo se redefinen y se reorientan. Ese nuevo espacio para el desarrollo y la subsistencia puede situarse en nuestro propio hogar o en cualquier lugar que cuente con las condiciones necesarias para laborar. Todo esto maquillado bajo el discurso de *hágalo usted mismo*. *Manténganse siempre actualizado en nuestros cursos y diplomados de capacitación para hacer crecer a su empresa desde la comodidad de su hogar. No se limite, haga su sueño realidad.*

Estas dinámicas que comenzaron a desarrollarse en los años noventa; en nuestros días se convirtieron en una forma cotidiana de organización social y paradójicamente, aumentan los problemas sociales como la pobreza, la marginación, la desintegración social, la violencia, entre otros. Pues el individualismo, que deviene de las estructuras del Estado y de los valores del mercado, son aptos para aquellos individuos que estén preparados técnicamente, con las condiciones y recursos necesarios para involucrarse en sociedad. Esta expresión de sociedad se configura a partir de terrenos con más riesgo y menos certidumbre, en donde el individuo tiene cada vez más repercusiones, precauciones, miedos y peligros en cualquier ámbito de la vida pública y privada.

Estos pasajes que sustrajo el capitalismo en su fase globalizada a partir de las nuevas lógicas de administración y organización social, cultural y política basada en el individualismo, en la actualidad ocupan un lugar central en el pensamiento de grupos académicos e intelectuales como el posmodernismo.

Sin embargo, la interpretación pasiva del proceso de individualización que trajo la división social del trabajo la solidaridad orgánica y la especialización destruye cada vez más la idea del sujeto, pues el discurso individualista genera una oposición doblemente artificial de la racionalidad de los individuos supeditada y distraída por una ideología consumista, innovadora y con una moral meramente hedonista, que a su vez afecta directamente a la acción y libertad política. Pues la individualización, más allá de expresarse con el alejamiento e indiferencia de los individuos afecta la forma de hacer política.

Pues la política trata de estar juntos, los unos con los otros y con los diversos. Justo como Hanna Arendt mencionará en una parte de los escritos que conforman la obra ¿qué es la política? “Los hombres se organizan políticamente según determinadas comunidades esenciales en un caos absoluto, o a partir de un caos absoluto de las diferencias” (Arendt, 1997: 45).

En consecuencia, la aparente libertad que establece el individualismo a partir del abanico de opciones predeterminadas, de la retórica del progreso, de la ambición por el desarrollo de las posibilidades y de los valores que a partir de la especialización, de la solidaridad orgánica y de la división del trabajo, que simplemente se traducen en valores que promueve el mercado a partir del consumo, de la competencia y de la relación por la eficacia, es simplemente una traducción imaginaria del sentido y de la condición de ser realmente libres, afectando de una forma drástica e indigna la manera de existir de los individuos modernos.

El individualismo que se impone bajo esta nueva ideología arropada en el consumo, en la idea de la plena libertad de movilidad y la innovación contante por sobresalir en sociedad, se contraponen a aquellos que conciben al individuo como la parte alterna, siempre crítica y consciente de su propia existencia. Ya que el individuo por su condición de sociabilidad, transformador de la realidad y de los espacios de existencia, no deja de *ser* un *zoon politikon*, pero no por naturaleza como algunos autores lo consideran, es un *animal político* siempre y cuando se relacione con el otro. Pues la política no es una condición natural depositada en el interior del mismo individuo. El individuo se hace de la política en la medida en que se relaciona con el otro y con los diversos haciendo emerger un espacio público para ejercer la libertad de la acción política expresada en el habla y el juicio parafraseando a Arendt.

Por su parte, el individualismo fundado bajo la racionalidad económica, promovido e impulsado a partir de la solidaridad orgánica, la división social del trabajo y la especialización está sobre todo asociado a un optimismo del que estamos muy lejos de alcanzar. Pareciera que todos los sistemas de organización que se materializan a través de las instituciones políticas y económicas; y de aparente promoción de libertad y bienestar vendrán por sí solos a solucionar todas aquellas condiciones, seguridades y protecciones que el individuo cada vez demanda y necesita. En este sentido, la sociedad de individuos deja de ser ese espacio de

seguridad y subsistencia, para convertirse en lo que Beck denomina “sociedad del riesgo” (2006).

Este nuevo tipo de sociedad moderna, genera nuevas paradojas que se desprenden de los tres ejes identificados desde el nacimiento del capitalismo industrial: la división social del trabajo, la solidaridad orgánica y, la especialización, ya que al trasladarse al terreno de lo social, no solo imposibilita la necesidad de comunidad hacia el bienestar social, sino que genera contradicciones internas dentro de la sociedad misma, lo que transgrede a la misma monetización del individuo que establece el mercado a partir del empleo y el salario convertido en salario. Los cambios que produce la globalización han alterado significativamente las prácticas sociales que se expresan en acciones imperfectas y contradictorias que no encajan y estabilizan a la sociedad. En este sentido, los procesos que han dado lugar a la fragilidad de la acción política y el caótico ascenso de los valores del mercado, han acribillado en la vida pública la actividad social. Siguiendo la idea de Zygmunt Bauman vivimos en la nueva era líquida en donde todo lo sólido se desvanece en el tiempo, casi siempre a corto plazo. De ahí que las paradojas en esta nueva época sea una de las características principales tanto de la actividad política, de la vida social y de las expresiones culturales. No hay definición certera de los límites. De ahí que este resultado produzca una especie de resentimiento social con lo político. Pues la retórica que se genera desde las élites políticas y económicas, no corresponde con la realidad de los individuos y de la sociedad.

Vivimos en un tiempo en el que suponemos que el sentido de la libertad radica en aquello que nos faculta y nos permite realizar todo lo que deseamos sin temor a que nos castiguen. Pero las estructuras económicas y políticas imponen al individuo mecanismos de control, al establecer una baraja de opciones predeterminadas que el individuo en cualquier momento de su vida debe elegir. Esta aparente libertad, que no es más que una expresión de la supuesta autonomía personal hace que la vida sea más complicada. “Durante milenios el hombre ha llevado una vida dura, pero sabía a qué atenerse. Hoy tenemos que escoger y eso es difícil” (Lipovetsky, 1987). Por lo tanto, la libertad no se encuentra en la capacidad de elección, de movilidad, ni de la especialización constante para involucrarnos solidariamente a los mecanismos productivos y cosificar nuestras relaciones a partir del costo-beneficio. El individuo es realmente libre cuando actúa en el terreno de lo político. Pues a diferencia de lo

que muchos pensadores han considerado; la política tiene y retoma sentido al convertirse en el lugar de las posibilidades. La política es el sentido de la libertad. (Arendt, 1997: 66). Pues si bien es cierto que en nuestros tiempos líquidos reina la desesperanza y la incertidumbre es el ambiente que arropa nuestra realidad. El individuo en la medida en que pueda actuar será capaz de llevar a cabo lo improbable y conseguir lo impredecible.

La retórica de la individualización hace germinar en el individuo una forma de ideología que busca la transformación del mundo a partir de su privacidad, y, por ende, del mejoramiento de sus condiciones de vida. Todo este discurso arropado por la proyección imaginaria de la libertad y de la vida digna que propagan las elites políticas y empresariales de todo el mundo, que no es otra cosa, que justificación y legitimidad un tipo de proyecto político liberal impulsado por el sistema capitalista global que se materializa en los deseos, en las ideas y comportamientos ordinarios del individuo, pone entre paréntesis la acción política real. En la política bajo regímenes que pretenden ser democráticos, esta ideología se expresa a partir del ejercicio del sufragio por una periodicidad establecida, y ese acto, se maquilla bajo la frase: “participa, infórmate y elige”.

La necesidad de acceder cada vez más a la lógica consumista a través de la especialización y profesionalización escolar para después integrarse al campo laboral, acrecentar el valor de la solidaridad, pero sin que los derechos del mismo individuo se vean afectados por la actividad o demanda del otro; la necesidad de expresar u opinar todo lo considerado público pero sin tener el más mínimo acto de responsabilidad o afectación sobre su condición material y de pensamiento, es una de las diversas formas en las que se expresa, convive y desenvuelve el individuo de nuestros tiempos.

De ahí que no sea raro que mientras más libre se sienta el individuo, más insegura percibe su vida; mientras más autónomo vislumbre, más confundido estará en el transitar de su existencia; mientras más especializado se encuentre más inseguridad correrá en su trayecto de vida. Por lo que esta forma de existencia tendrá repercusiones sociales a considerar, tales como el aumento de suicidios de jóvenes, depresiones, segregación y marginación, inmigración, vandalismo, violencia, adicciones, entre otros problemas sociales.

Al respecto, Zygmunt Bauman menciona:

La inseguridad y la incertidumbre nacen a su vez, de la sensación de impotencia: parece que hemos dejado de tener el control como individuos, como grupos y como colectivo. Para empeorar aún más la situación, carecemos de las herramientas que pueden elevar la política hasta el lugar en el que se ya se ha instalado el poder, algo que nos permitiría reconquistar y recobrar el control de las fuerzas que conforman nuestra condición compartida, y definir así nuestro abanico de posibilidades y los límites de nuestra libertad de elección; un control que, en el momento presente, se nos ha escapado (o nos ha sido arrebatado de las manos). El demonio del miedo no será exorcizado hasta que encontremos (o, para ser más exactos, hasta que *construyamos*) tales herramientas (Bauman, 2007: 42).

El proceso de individualización establece una ideología que parece es inamovible a través de las relaciones de producción bajo el reino de la propiedad privada, el goce y estremecimiento de deseo que instituye el propio mercado a través del empleo, la fetichización de la mercancía y la monetización del individuo. Pareciera que la vida de los individuos depende más de las cosas y los objetos; y no de las relaciones sociales basadas en el compromiso, en el encuentro recíproco y solidario por el otro hacia problemáticas afines y colectivas. Como si la ideología del individualismo estableciera una máxima: “Las cosas producidas por encima de los individuos libres, críticos y pensantes dominaran a los individuos y éstas condujeran el destino de los mismos”. Sucesos recientes en el mundo demuestran todo lo contrario, en realidad los individuos no son dominados por las mercancías sino por sus propias relaciones sociales, aflicciones, sentimientos y juicios sobre un valor social, ético, económico y político.

Por lo tanto, la individualización como forma de imposición social y económica tendrá repercusiones fundamentales en la acción política de los individuos. Bajo esta idea individualista, renace de nuevo el sentido de la política, pero abandona el imaginario tradicional de la vieja institución para concebir y crear una nueva forma de hacer política que vaya más allá de las sendas tradicionales que deviene de la actividad del Estado. En este nuevo contexto cargado de tintes desesperanzadores, es pertinente cuestionarnos: ¿es posible una acción política plural en una sociedad de individuos? ¿Volver la mirada hacia la acción y la libertad política favorecería la construcción de un pensamiento crítico dirigido a construir, configurar y transgredir los procesos de individualización instrumentados por las

elites económicas? Estas son algunas interrogantes con las que me propongo iniciar la reflexión del siguiente capítulo.

## 2 CAPÍTULO II

---

### 2.1.- DE LA SOCIEDAD DE INDIVIDUOS A LA PLURALIZACIÓN DE LA POLÍTICA

En el capítulo anterior se analizó el nacimiento y la configuración del proceso de individualización a partir de tres categorías analíticas fundamentales: la división social del trabajo, la solidaridad orgánica productiva y la especialización. Estos tres elementos fueron rastreados en diferentes coyunturas con la intención de ubicar la manera en que la individualización se fue configurando hasta tomar su apariencia que hoy muestra. Momentos que fueron el resultado del capitalismo, así como también por el debilitamiento del poder político frente al poder económico, derivando hacia otras formas de organización social y política.

En este trayecto, la individualización toma nuevas significaciones manifestándose de forma radical en las estructuras sociales, culturales y políticas, donde la división social del trabajo, la solidaridad productiva y la especialización dan un giro trasminando sus principios hacia todos los espacios de la vida social.

Estas prácticas alcanzarán expresiones que el individuo adopta en términos de una forma moderna de relación expresada tanto en su vida privada como en la pública. De este modo, la división social del trabajo, la solidaridad productiva y la especialización se transforman en el campo laboral a partir del nacimiento del capitalismo global, lo que genera nuevas conductas así como nuevos valores de socialización que mezcladas a los procesos democratizadores que origina globalización van gestando una idea de libertad enmarcada en los modelos de flexibilización y privatización que permiten al individuo desarrollar ideales y representaciones de vida cotidianas caracterizadas por la veneración al acceso al consumo como sinónimo de calidad de vida; las relaciones personales sin un lazo que vayan más allá del compromiso y la búsqueda incesante de satisfacción del placer y deseo como normas de convivencia social cosificadas a partir del dinero.

Estas características que en nuestros tiempos describen al individuo moderno se producen a partir de la mutación de las categorías que fundamentan al proceso de individualización y que adquieren una nueva la lógica de organización en terreno laboral, y por ende del capitalismo moderno teniendo repercusiones en la sociedad.

Esta realidad se genera a partir de la transformación a las dinámicas de producción y de todo capitalismo, pero fundamentalmente con el cambio en el esquema de la división social del trabajo.

Con el nacimiento de la globalización en donde los mercados se liberalizan, se desregulan y se fomenta la cultura de la libre empresa, todas las dinámicas de producción se adaptan a las nuevas peticiones que establece el mismo mercado. La competencia, la oferta y la demanda deben desarrollar nuevos esquemas que se adapten a los recursos que ofrecen la tecnología, la ciencia y la información.

En ese sentido, la división social del trabajo desarrolla un prototipo de solidaridad productiva orgánica (Durkheim, 2007), la cual tendrá como propósito incrementar la producción y las utilidades. Lo que repercute que la división social del trabajo genere una diferenciación entre los individuos, ya que estos deberán actuar con el otro para ayudarse mutuamente con el objetivo de cumplir un interés privado para generar mayores ganancias a menor costo y tiempo.

Esta lógica permitirá que la solidaridad orgánica desarrollará en el individuo una “conciencia conciliadora de intereses privados” (Durkheim, 2007), formando una sensación de sentimientos comunes que genera la utilidad de las ganancias creando una conciencia de producción y consumo, lo que cimienta una realidad que orilla al individuo a especializarse para adentrarse en las dinámicas que establece la división social del trabajo, y en consecuencia, el empleo.

Es el terreno del empleo en donde nace la idea del reconocimiento por sí mismo y de los otros, ya que sin establecer relaciones que demanden algún tipo de compromiso vitalicio, se forja una sensación de reconocimientos con base a propósitos que maximicen la productividad y las utilidades de la empresa. Esta situación detona que el individuo, a partir

de sus capacidades, habilidades, actitudes y pensamientos para producir sea considerado como una persona única y diferente.

Sin embargo, la solidaridad orgánica que genera el capitalismo moderno parte de la suposición de que todos los individuos, para cumplir con el proceso de producción, deben ser diferentes. Esta diferencia se genera a través de funciones especiales que el individuo adopta para generar una mayor productividad (Durkheim, 2007). En consecuencia, al existir una mayor división social del trabajo, el individuo debe ser más solidario para producir y a la vez debe estar más especializado y coordinado con el otro para generar mayores bienes y ganancias.

Durkheim argumenta:

En efecto, de una parte, depende cada uno tanto más estrechamente de la sociedad cuanto más dividido está el trabajo, y, por otro parte, la actividad de cada uno es tanto más personal cuanto más especializada (...) Esta solidaridad se parece a la que se observa en los animales superiores. Cada órgano, en efecto, tiene en ellos su fisonomía especial, su autonomía, y, sin embargo, la unidad del organismo es tanto mayor cuanto que esta individuación de las partes es más señalada. En razón a esa analogía, proponemos llamar orgánica la solidaridad debida a la división del trabajo (Durkheim, 2007: 126).

Esto tiene como consecuencia que, al romperse la estructura tradicional del trabajo, el individuo desarrolle un sentimiento de egoísmo. Rompiendo la conciencia colectiva de la productividad lo que posibilita que la identidad y las formas de relacionarse con el otro se haga más débil y más volátil.

Durkheim subraya:

Para que así sea, es preciso que la personalidad individual se haya transformado en un elemento mucho más importante de la vida en sociedad, y para que haya podido adquirir esta importancia no basta que la conciencia personal e cada uno se haya acrecentado en valor absoluto, sino también que haya aumentado más que la conciencia común. Es preciso que se haya emancipado del yugo de esta última, y,

por consiguiente, que ésta haya perdido el imperio y la acción determinante que en un principio ejercía (Durkheim, 2007: 130).

La división social del trabajo, la solidaridad orgánica productiva y la especialización transforma la personalidad del individuo cosificando su carácter y su existencia en un valor absoluto. Lo que genera que el individuo aparezca en sociedad como un ser diverso en su manera de pensar, de sentir y actuar situándolo en un sitio libre de una multitud creciente de disidencias individuales.

En consecuencia, el proceso de individualización se radicaliza y muta hacia el espacio social, cuando las lógicas del capitalismo y del mercado se transforman, se flexibilizan y se liberalizan fomentando nuevas formas de actuar y de concebir al individuo en su espacio de convivencia. Ya que el individuo es orillado hacia la senda de la necesidad lo que lo impulsa a buscar sus propios recursos que posibiliten su existencia.

Sin embargo, es la división social del trabajo la que llena cada vez más la función de la conciencia común; “ella es la que sostiene unidos a los agregados sociales” (Durkheim, 2007), ya que a través de la solidaridad orgánica a consecuencia de la flexibilidad laboral, el propio capitalismo recrea un individuo con una moral fundamentada en intereses privados, cuyas expresiones son visibles a través de la animación narcisista y la conducta hedonista, pues la flexibilización de la estructura económica que se origina a partir del empleo viene acompañado de discursos, como la libertad de consumo, de recreación y acción como una forma de vida, cuyo propósito es establecer la vida digna y la felicidad pública a través de acciones privadas.

No obstante, acceder a esta forma de vida necesita de elementos que complemente la estructura jerárquica de la sociedad. Por lo que la especialización aparecerá a través de discursos de estabilidad y progreso que abrigará al individuo como una conducta y un objetivo de vida a seguir.

En la medida de que el trabajo más se divide, mayor será el sometimiento de solidaridad productiva, lo que generará una sociedad más diversa, conflictiva y competente haciendo de la vida del individuo una lucha más ardua por mantenerse.

Combatir en la lucha de la sobrevivencia, el individuo deberá especializarse tan rápido como sea posible con el ánimo de formar parte del empleo ofertado y acceder a la felicidad y bonanzas que trae consigo acceder a un empleo por un tiempo determinado.

En ese sentido, la educación es una parte fundamental de la estructura jerárquica, ya que ésta será el medio por el cual el individuo pueda especializarse continuamente y competir en el terreno de lo laboral, lo que esta condición construye un individuo más egoísta, y, a su vez, más competente y preparado.

Por lo que la especialización será el promotor de las diferencias en la sociedad individualizada. Dichas diferencias que promociona la especialización impulsan la construcción de un individuo líder cuya capacidad sea la de una adaptación rápida a través de un comportamiento ágil, asumiendo riesgos; autónoma e independiente con la finalidad de asumir sus propias decisiones, construyendo caminos que posibiliten su trascendencia en el terreno de lo laboral, lo profesional y de su vida misma.

Como resultado, el individuo líder moldeado e inmerso en la división social del trabajo, a través de la lógica solidaria orgánica altamente especializado, desarrolla un carácter que relaciona rasgos personales con el propósito de ser reconocido frente al otro a partir del salario expresado en dinero.

“El dinero compone un individuo sensible a los sentimientos del valor, de la práctica de las cosas y el sentido de su existencia” (Simmel, 2003: 3). Esta condición subvierte el orden natural de las cosas, ya que el individuo emite un juicio sobre el valor de las cosas lo que subjetiva su realidad a través de la cosificación del orden cotidiano a través de diferencias y jerarquías (Simmel, 2003).

El individuo les atribuye valor a las cosas y las adopta para sí mismo, siempre y cuando éstas cumplan satisfacciones y placeres. Para ello, “el dinero es el elemento que expresa de manera tangible la relación recíproca entre objetos intercambiables” (Simmel, 2003).

El deseo asigna un valor económico al objeto, esto fomenta una diferencia y una jerarquía entre quienes poseen es deseo y el deseante. Para que el deseante acceda al deseo éste debe pagar por un precio para poseer el objeto y satisfacer su placer.

Simmel afirma que el valor del objeto como tal no se ve afectado por el deseo que se tenga de él, pues dicho valor se encuentra por encima de las apetencias de los sujetos. Estos, en el proceso de intercambio, mantienen para sí la impresión de haber obtenido mucho más de lo que han dado a cambio; es decir que, con independencia de los objetos que son intercambiados, los sujetos creen haber obtenido alguna ventaja, siendo esta la causa y el resultado del intercambio (Simmel, 2003). “Esa presunción de mutuo beneficio, ausente de formas de posesión de las cosas como el trueque, el robo o el regalo, garantiza y facilita la instalación del dinero en las relaciones interpersonales” (Simmel, 2003: 65).

El dinero produce un valor a las cosas. Con el triunfo del capitalismo globalizado, los individuos se convierten en símbolos de valor, perseguidor de deseos y ávidos de reconocimiento, lo orilla a convertirse en un sujeto disciplinado creando hábitos que satisfagan sus intereses. Originando un individuo altamente ocupado. Esta condición y formas de actuar en el mundo, Hegel lo había denominado “cultura práctica” (Hegel, 1968). Lo que permite que el individuo se cosifique en un ambiente de relaciones cuya necesidad es cubrir sus propias necesidades. En consecuencia, el dinero afecta las relaciones de las personas, altera el pensamiento y enaltece el goce, ya que la búsqueda incesante del placer, de la felicidad privada y el reconocimiento por sí mismo que otorga el éxito laboral, social o cultural se sobrepone a la libertad basada en la experiencia de la voluntad, materializada en la acción política plural cuyo propósito es satisfacer y perseguir el bien común, y por ende, la felicidad pública.

Desde este contexto, propongo mi análisis en el presente capítulo. Para ello parto del supuesto de que la solidaridad productiva da paso a otra lógica de la subjetividad del individuo, ahora entendida como “las formas de relación que establece un sujeto que es a la vez un yo *cognosciente* [pensante], un yo *sintiente* [experiencia] y un yo *padeciente*” [carente] (Bürger, 1987). Esta transformación de la subjetividad fragua una solidaridad dirigida a la búsqueda de la satisfacción y reproducción de individuos diferentes y egoístas. Por su parte, la especialización deviene en la base para la conformación de un individuo plural y diverso, atravesado por la facultad de involucrarse en los ámbitos productivos y, simultáneamente, con una voz singular sobre las cuestiones públicas y. Y, por último, la división social del trabajo va a constituir el fundamento de la diferencia política. Estos nuevos valores darán

razón de ser a la individualización de las sociedades contemporáneas estableciendo un modelo de libertad limitada fundamentada en los valores del mercado.

Al conjugar estas categorías como elementos de nuestro análisis en el actual proceso de individualización mostraran un ambiente paradójico. Por una parte, aparece una sociedad de individuos en la que el individualismo juega un rol meramente ideológico institucional establecido por las estructuras políticas, de la que surgen “individuos personas” (Maffesoli, 2004) y, por otra, tales individuos desarrollan una capacidad de conciencia que los orilla a buscar y crear diferentes vías de acción política para escapar de las sendas institucionales. En este proceso, la libertad como voluntad (Kant, 2010) asumida como acción política colectiva<sup>2</sup> se convierte en un elemento fundamental que transgrede y pone en cuestión el ordenamiento de las lógicas individualistas, donde la libertad remite y se fundamenta en los valores del mercado.

El presente capítulo analiza los procesos de individualización a la luz de la libertad referida a la acción política plural. Con este propósito se presentan tres apartados dirigidos a reflexionar sobre la individualización como forma de organización social contemporánea y sus repercusiones en la esfera política. En primer lugar, describiré cómo se manifiesta la individualización en la actualidad refiriendo sus características, roles, así como algunas prácticas que expresan los individuos bajo este fenómeno, así como los valores que articulan los mismos a través del hedonismo y el narcisismo que generan la división social del trabajo, la solidaridad orgánica y la especialización, bajo el espectro de la libertad limitada a los valores del mercado que cosifica el dinero. Posteriormente, en el segundo apartado, examinaré la transfiguración de la libertad asumida como acción política en el terreno de la sociedad constituida por *hombres solos*, con el propósito de identificar la diferencia entre un proceso limitado por los valores del mercado y una experiencia basada en la acción política plural. Y, por último, abordaré las consecuencias que la libertad paradójica tiene para el individuo en el ámbito político contemporáneo. En este marco, reflexionaré en torno a la paradoja de la que surge la diferencia política que surge en los marcos de la sociedad

---

<sup>2</sup> La libertad es asumida en este trabajo en términos de la experiencia de “actuar juntos”. En este sentido, la libertad implica el comienzo de algo, el inicio que anima la vida política. Mediante esta práctica, el hombre muestra quién es colectivamente y revela activamente su identidad haciendo su aparición en el mundo humano (Delgado Parra, 2015: 64-67).

relacionada con el papel de las instituciones tradicionales democráticas y la apertura de otros ámbitos de acción política que ponen en juego otras maneras de “actuar juntos”. El supuesto que atraviesa este apartado indica que el desencantamiento y la desesperanza del individuo en relación con la política se refieren a los terrenos institucionales, pero el sueño de construir otros mundos posibles pasa por diferentes formas de participación política vinculadas al ser-estar-juntos.

## 2.2.- EL INDIVIDUALISMO CONTEMPORÁNEO BAJO EL ESPECTRO DE LA LIBERTAD LIMITADA POR LOS VALORES DEL MERCADO

El actual proceso de individualización tiene sus bases en la división social del trabajo, la solidaridad productiva y la especialización del individuo. Elementos que desde su origen se convirtieron en los mecanismos fundamentales para organizar la lógica productiva del capitalismo moderno.

Con el nacimiento de la globalización tecnológica, científica y cultural que se originó a partir de la caída del muro de Berlín (Lipovetsky, 2003), la división social del trabajo; la solidaridad productiva orgánica; y, la especialización del trabajo abandonaron sus espacios tradicionales de desarrollo que se encontraban en las sendas productivas y mercantiles para trasladarse y radicalizarse en los ámbitos sociales y privados de los individuos, el puente conducente se originó a partir de la flexibilización, desregulación y liberación de los espacios productivos y laborales.

Además, con la creciente democratización de las sociedades modernas que impulsó el nacimiento de la globalización, jugó un papel importante en la construcción de un nuevo individuo renovado, modernizado y liberalizado.

La globalización celebró la capacidad de reestructurar las viejas instituciones derivadas del Estado dando paso a nuevas formas de convivencia y relación entre los individuos. En ese sentido, los procesos globalizadores rompieron con las barreras de la costumbre, de la tradición y de los valores morales que hasta a finales del siglo XX configuraban el arquetipo social.

El compromiso, la responsabilidad social y la búsqueda del bien común, fueron desplazados paulatinamente por nuevas creencias y actitudes como: la autonomía, la ausencia de compromiso, el placer propio, y el bienestar individual se convirtieron en los estandartes honoríficos de la sociedad.

La capacidad del individuo para asumir compromisos de larga duración se ha visto mermada; ahora se ve con recelo la posibilidad de entregarse a una relación social que demande ataduras y tiempo. El miedo a atarse y perder la supuesta autonomía (condición que ha sido conquistada y valorada en la modernidad líquida como bien lo considera Zygmunt Bauman), ha dado brecha a una acentuada fragilidad de los vínculos humanos.

Si bien, en el pasado la individualización tenía que ver con lógicas que devenían de las esferas industriales que se fundamentaban en la división social del trabajo; la solidaridad productiva; y la especialización estos derroteros, junto con el sentido de la libertad que trajo consigo una forma particular de la democratización de las sociedades y del naciente capitalismo moderno global. El individuo trasladó estos rasgos hacia al espacio privado y redujo su libertad al ejercicio de valores mercantiles como la competencia, la diferencia política, el hedonismo, el narcisismo, el egoísmo, el pensamiento técnico, el esfuerzo mental y la disciplina por mantenerse saludable, son algunos elementos que en nuestros días caracterizan al individuo actual

Tal como lo hace el mercado, los individuos de nuestros días poco están dispuestos a comprometerse debido al latente riesgo de ser victimarios al daño de la desgracia, la frustración y el desencanto. Sin embargo, el individuo está dispuesto a arriesgarse y a confrontar el conflicto si encuentra a su similar para construir espacios en los cuales el individuo se pueda desarrollar plenamente y que facilite su posibilidad de establecer su vida segura sin la necesidad de vincularse más allá de sentimientos vitalicios. Esta práctica, es una expresión de la solidaridad orgánica productiva pero que se manifiesta en la vida cotidiana y social del individuo. Pues este tipo de solidaridad orgánica en el terreno social genera una disminución de la moralidad pública, ya que el individuo no tiene la intención de cambiar el mundo de los otros, sino solamente tiene la intención de cambiar su propia realidad a través de contratos que dejen algún tipo de beneficio personal, y que por lo regular se materializan en ingresos económicos.

Durkheim argumenta al respecto:

Vemos así en qué consiste esa solidaridad real: ella asocia de forma directa las personas a las cosas, pero a las personas entre sí. En un sentido estricto, cada quien puede ejercer un derecho real pensando que se encuentra sólo en el mundo, sin referencia a los otros hombres. Por consiguiente, como es sólo a través de personas que las cosas se integran en la sociedad, la solidaridad que se deriva de esa integración es por completo negativa. No moviliza a las voluntades en la búsqueda de objetivos comunes y apenas hace que las cosas graviten alrededor de las voluntades de forma ordenada. Como los derechos reales están limitados de esa forma, no entran en conflicto; la hostilidad queda excluida pero no existe un concurso activo, no existe consenso. Supongamos el acuerdo activo, no existe consenso. Supongamos el acuerdo más perfecto posible de esa naturaleza: la sociedad donde prima- si es que él prima solo- aparecería como una inmensa constelación en la cual cada astro se sitúa en su órbita sin perturbar los de movimientos de los astros vecinos. Una solidaridad de ese tipo no transforma a los elementos que aproxima en un todo capaz de actuar en conjunto; no contribuye para nada a la unidad del cuerpo social (Durkheim, 2007: 136).

La solidaridad orgánica en la vida social se manifiesta en una forma de sentimiento vacía, sin lazo, afinidad, sentimiento o reciprocidad alguna por voluntad, sino es sustituida por sentimientos y emociones que vienen a llenarse con rasgos que generan sensación de bienestar individual y que, por lo regular, permiten el acceso al consumo y a todas aquellas actividades que generan placeres. Las relaciones humanas son mercantilizadas y se mantienen con la intención de conseguir beneficios expresados en goces, entretenimiento y deseo individual. Por lo que la vida se convierte en una sucesión de nuevos comienzos con breves e indoloros finales (Bauman, 2000).

Este tipo de organización no se limita a los vínculos privados y sociales, sino que también regresa como una especie de bumerang hacia su lugar de origen. La división social del trabajo y la solidaridad orgánica productiva adquieren una nueva simbiosis. Ya que el individuo convertido en trabajador, además de ser obligado a adentrarse a las lógicas que imponen estos elementos, también desarrolla una conciencia conciliadora de intereses privados, lo que lo

impulsa a establecerse retos personales, profesionales, académicos y recreativos. Estas responsabilidades, por denominarlas de algún modo, logran adentrarse en la conciencia del individuo a partir de la retórica que fomenta constantemente la especialización.

Lo anterior significa que el individuo no sólo debe saber manejar las herramientas productivas, sino que también debe mantenerse en constante especialización para ser considerado como un agente eficaz en la demanda que crea el mercado. De ahí que no sea raro que permanentemente se impulsa al individuo a acceder a programas de capacitación impartidos por diversas instituciones y universidades de carácter privado. El resultado deriva en el hecho de que el empleo en nuestros días, es concebido como una actividad que no necesariamente se llevará a cabo para siempre, toda vez que los trabajos ofertados serán determinados bajo fechas establecidas a partir de contratos flexibles. Por lo tanto, el individuo se verá en la necesidad de generar su propia fuente de empleo. La especialización del individuo dará brecha a la cultura del emprendimiento y la innovación. Y junto con ello, la división social del trabajo aparece bajo la bandera del progreso, en términos de un camino para sobresalir de la precariedad laboral. Sin embargo, la solidaridad orgánica productiva seguirá siendo concebida como aquella actividad que es necesaria para mejorar las condiciones económicas del individuo dejando de lado su valor ético-altruista.

La individualización de la sociedad se recrea en el tiempo libre y el entretenimiento, pero a la par, la velocidad para adaptarse a los tiempos que corren toma mayor relevancia. Es por ello que la especialización se convierte uno de los pilares fundamentales para sobrevivir en este mundo líquido. De ahí que no sea casualidad que hoy más que nunca aparezcan diversas formas de enseñanza e instituciones que educan y preparan al individuo para los retos que establece el nuevo mundo.

Educar al individuo supone desestimular un esfuerzo para aprender a pensar sobre los acontecimientos políticos, sociales, culturales, éticos y económicos. Significa recibir métodos y herramientas que habiliten al individuo como un empresario de su vida, innovador, calculador de sus bienes y de sus relaciones. Esto hace suponer al individuo en términos de un ser superior, avanzado, civilizado, tecnificado, educado y libre. Aunque paradójicamente, estas peculiaridades hacen del individuo un ser más obsoleto y dependiente.

La división social del trabajo, al verse transformada y trasladada al espacio de lo social, genera conflictos y radicaliza las diferencias, la solidaridad orgánica abandona su carácter sensible por la otredad y la especialización se convierte en engranaje que mantiene las jerarquías entre la sociedad. Cada uno de estos elementos desempeña una función mecánica y una organización vertical:

Durkheim considera:

Este tipo social está basado en principios diferentes del precedente que sólo puede desarrollarse en la medida en que este último desaparezca. De hecho, los individuos ya no se agrupan por sus relaciones de descendencia sino de acuerdo con la naturaleza particular de la actividad social a que están dedicados. Su ambiente natural y necesario no es ya el ambiente natal sino el ambiente profesional. No es más la consanguinidad, real o ficticia, la que señala el lugar de cada uno sino la función desempeñada. Cuando esta organización comienza a surgir, ella busca, sin duda, emplear la que existe y asimilarla. La manera como las funciones se dividen reproduce, entonces, de la forma más fiel posible, la manera como la sociedad se encuentra dividida con anterioridad (...) Es preciso entonces que la materia social entre en combinaciones por entero nuevas para organizarse sobre bases diferentes. Ahora bien, la estructura antigua, para persistir, se opone a ello: por eso es necesario que desaparezca (Durkheim, 2007: 158-159).

La división social del trabajo viene a sustituir las formas sociales de organización tradicional basadas en la organización familiar, los grupos políticos, los sindicalismos y todos aquellos grupos que en su momento eran la base de la estructura social, cultural y política de las sociedades. Dicha sustitución devino en expresiones que se depositan en conciencias y en funciones individuales. Dando como resultado que la sociedad se individualice.

En ese sentido, tenemos entonces a una sociedad que ha sido llamada con muchos adjetivos para explicar y comprender este nuevo arquetipo de la realidad social Ulrich Beck, uno de los grandes teóricos por entender la nueva naturaleza societal las denomina “la sociedad de yoicos” (1999) en la introducción de los *Hijos de la Libertad*.

Según Beck, este tipo de sociedades son caracterizadas por la condición de la positividad, entendido como un elemento cuyo principal objetivo es que la persona trabaje, rinda, desquite el tiempo en alguna labor que beneficie su productividad y permita de manera eficiente su sociabilidad. Esto da lugar a que el individuo se sienta libre solamente cuando se desenvuelve en los terrenos laborales.

En los trabajos que ofertan las empresas en la actualidad, cada vez más hay menos sometimiento de tipo amo-esclavo, “en el que la lucha por el reconocimiento implicaba que el esclavo deseaba ser visto por el amo, y por eso se esforzaba buscándose en el otro-amo” (Orozco, 2015: 171). Hoy, el individuo es amo y esclavo de sí mismo; se impone las tareas, las demandas excesivas, las metas inalcanzables: “La esperanza de ser reconocido se desvanece y en ocasiones ya no importa. Es como si hubiésemos introyectado al amo en cada uno de nosotros” (Orozco, 2015: 171). La vida del individuo se mecaniza a tiempos veloces: corre para ir al gimnasio, come deprisa, vuelve a su trabajo y durante años hace el mismo ritual. Mientras que por mucho tiempo no entabla charlas con nadie y su sentimiento y ánimo de soledad aumenta. Emergiendo diversos trastornos depresivos, ansiedad, angustia y desolación, “el sujeto ya no sabe ya qué quiere, para qué quiere algo, tiene problemas de identidad de todo tipo” (Orozco, 2015: 172).

El vertiginoso desenvolvimiento del mundo profesional atemoriza a los incautos y a los lentos que no pueden seguir su ritmo, pues de no cumplir con las expectativas que establezca el mercado (Bauman, 2000), significa formar parte del desecho humano, negado, marginado e invisible, ya que el individuo es incapaz de avanzar con la corriente.

Por lo tanto;

Si el interés aproxima a los hombres, nunca es por más de un instante; puede crear entre ellos sólo un nexo externo. En el acto de intercambio, los diversos agentes permanecen desvinculados unos de otros y, una vez concluida la operación, cada uno se aleja y retoman su camino. Las conciencias entran apenas en contacto superficial; no se interpenetran ni se vinculan de forma vigorosa unas con las otras. Pero si observamos las cosas de modo profundo, repararíamos que toda la armonía de intereses oculta un conflicto latente o simplemente pospuesto. Pues donde domina sólo el interés y nada puede refrenar los egoísmos en juego, cada ego se

encuentra frente a otros en pie de guerra y cualquier tregua de ese antagonismo eterno será de corta duración. El interés es, en afecto, lo que hay de menos constante en el mundo. Hoy es útil para unirme a usted; mañana, por la misma razón, hará de mí su enemigo. Una causa semejante puede, por lo tanto, dar apenas nacimiento a contactos pasajeros y asociaciones de uno día (Durkheim, 2007: 180-181).

La individualización que los procesos globalizadores trajeron consigo generó un parteaguas en la estructura social, política y cultural de los individuos. Sin embargo, este fenómeno además de ser una manifestación particular, también se expresa en otros derroteros como en la política, la ética y, por ende, en la misma economía. Generando un mundo de carácter empresarial y pragmático, ya que todo aquello que pueda demostrar su valor es digno de confianza y de estadía. Por lo que el individuo deja de tener un valor humano para considerarse un simple objeto de producción y consumo.

Lo anterior, es debido a las consecuencias que produce la división social del trabajo ya que simultáneamente también se modifican las relaciones sociales. Por lo tanto, es la división social del trabajo la que genera intereses diferenciados generando una nueva moralidad que se expresan a través de conductas y valores que no establecen un vínculo de compromiso de solidaridad social sino más bien enmarca la solidaridad orgánica productiva con el propósito de fundamentar el interés privado.

Esta forma de solidaridad resultado de la división social del trabajo hace del individuo un sujeto de intercambio que posibilita todo un sistema de derechos y deberes que los une pero que a su vez los distancia a través de mecanismos que impiden la cooperación mutua. En consecuencia, los sentimientos sociales desaparecen y en su lugar surgen obligaciones, derechos y nuevas normas de socialización.

Los vínculos afectivos que en su momento unían a la sociedad, por ejemplo, con la familia, las relaciones amorosas, las tradiciones, las costumbres y el fulgor de la identidad por pertenecer a un grupo étnico, religioso o cultural, así como las prácticas colectivas de desvanecen debido al surgimiento de la autonomía existencia de los individuos. La inspiración moral, ya no es suscitada en los individuos por los sentimientos de identidad, sino

por la multiplicación de los vínculos funcionales que ligan al individuo con la sociedad (Durkheim, 2007).

Este derrotero da como resultado un ambiente paradójico, ya que por un lado el individuo desarrolla una conciencia conciliadora de intereses privados materializada en derechos, obligaciones y normas de convivencia que posibiliten su vida digna, pero por el otro lado, el individuo también se forja una conciencia de dependencia con respecto al todo social que representa. Bajo este principio “es como aparece la fuerza moralizadora y moderadora de la conducta privada” (Durkheim, 2007: 402).

La solidaridad orgánica creada por la división social del trabajo no relaciona individuos sino funcionales sociales cuya función es “articular un sistema diferenciado de normas que regula las diversas funciones de los deferentes órganos de la sociedad cooperativa” (Durkheim, 2007). Por lo tanto, la división social del trabajo es el mecanismo que integra y funda las bases para un nuevo orden moral, ya que, según Durkheim, genera las presiones necesarias para la especialización individual en condiciones sociales en las cuales esa división de funciones es un imperativo para la sobrevivencia de sociedades basadas en la cooperación (Durkheim, 2007).

Bajo este proceso, tanto la división social del trabajo, la solidaridad orgánica y la especialización en el proceso de individualización de nuestros tiempos, crea una sociedad con una estructura y funciones diversas, lo que permite que el individuo se inmersa en esa forma de organización de manera estable y sistemática. Sin ningún tipo de ordenamiento que regulen de manera estricta sus comportamientos, actitudes y pensamientos.

Si bien, la individualización aparece como un todo en dónde el individuo se desarrolla bajo sus lógicas y estructuras podemos establecer que la individualización que se manifiesta en nuestra época, siguiendo las consideraciones Gilles Lipovetsky, puede ser diagnosticada a partir de cinco acepciones: a) individualización cultural fundamentada en acciones que promueven el culto al hedonismo; b) individualización que provoca el culto al cuerpo a través de la cultura narcisista; c) individualización psicologista que se instituye en la estabilidad

emocional de los individuos; d) individualización que se simboliza en el culto hacia el mercado; e) individualización que trasgrede las instituciones e ideologías políticas<sup>3</sup>.

Según Gilles Lipovetsky, la individualización que aparece con la globalización y que generó esta forma de organización social, es producto de una serie de revoluciones culturales que se desprendieron a partir de la caída del muro de Berlín (Lipovetsky, 2003).

La individualización cultural tiene como característica principal el culto al placer, a la posesión y al consumo de bienes que fomentan la satisfacción personal del propio individuo. Las personas que habitan las sociedades modernas se caracterizan fundamentalmente por la falta de responsabilidad y compromiso con el otro. Estas actitudes, tienen como propósito maximizar la búsqueda de una vida placentera, inmediata y sin el más mínimo esfuerzo.

Tener tiempo para el disfrute, la recreación y el descanso son inversiones para mantener una salud mental y una actitud positiva ante los quehaceres que mantienen condenado al individuo a su vida ordinaria. “El narciso cool” (Lipovetsky, 2009), es un ser optimista en su gozo y disfrute, un individuo que pretende vivir el presente, olvidándose de su pasado inmediato y sin preocupación por el futuro próximo.

Bajo este ambiente, reina la diferencia, la cual se promueve a partir del discurso de la libertad –limitada a los valores del mercado– y la autonomía privada. En consecuencia, nace una cultura hedonista que amplía el individualismo y lo diversifica a partir de las posibilidades de elección que promueve el mismo mercado a partir de la propaganda y el marketing.

En ese sentido, el valor narcisista es producto de un proceso de personalización (Lipovetsky, 2003) que mantiene al individuo en la vulnerabilidad emocional. En este proceso, el individualismo cultural se traslada hacia la esfera privada del individuo a través del culto a la salud y la preservación de la situación material, evitando a toda costa los complejos que sustraigan las relaciones sociales. En otras palabras, el individuo se preocupa por acechar su ser y buscar desesperadamente su bienestar. Por lo tanto, se trata de vivir en el presente perdiendo el sentido de comunidad histórica (Lipovetsky, 2003). El individuo vive para sí, pretendiendo olvidar los valores e instituciones sociales. De esa manera, según Lipovetsky,

---

<sup>3</sup> Estas ideas son retomadas de la conferencia magistral que impartió el sociólogo y filósofo francés Gilles Lipovetsky: “Desafíos del individualismo contemporáneo: vida pública y privada”. Senado de la República, Ciudad de México, 14 de julio del 2014.

la estrategia narcisista se sintetiza en la supervivencia del individuo tratando de preservar su salud física y psicológica. Bajo esta lógica, nace el síntoma social del narcisismo colectivo, cuya fiel expresión es el nivel masivo de la apatía frívola (Lipovetsky, 2003):

El narcisismo surge de la huida generalizada de los valores y finalidades sociales, provocada por el proceso de personalización. Se concentra entonces la atención en el yo funcionando por el placer, el bienestar, desestandarización, promoción del individualismo puro liberado totalmente de los encuadres de masa y enfocado en la valoración generalizada del sujeto (Lipovetsky, 2003: 42-45).

La individualización da forma a una nueva conducta psicologista del individuo que se caracteriza fundamentalmente por las técnicas de expresión, de comunicación y sensibilidad terapéutica. “La terapia *psi* genera una figura de narcisismo identificado como el *homo psicologicus* que trabaja duramente para la liberación del yo” (Lipovetsky, 2003: 53). Esta liberación personal produce que el individuo genere su autoconciencia y perciba el desarrollo de ésta como mecanismos que tienen que ver con la satisfacción de sus deseos y placeres. El individuo se convierte en una especie de narciso que permite abandonar por completo la esfera pública y, con ello, una adaptación al aislamiento social. El yo se convierte en la preocupación central de la sociedad moderna.

Como resultado, el espacio público se vacía emocionalmente de reclamos y consignas, que, si bien es cierto, siguen existiendo diversas manifestaciones, contienen fecha de caducidad y por lo regular, el sentimentalismo de la lucha queda sustituida por la ocupación individual. De este modo, la autoconciencia sustituye a la conciencia de clase.

Esta reafirmación del yo produce una nueva ética hedonista y permisiva, en la que la asociación libre, la creatividad espontánea, la libre expresión y la ideología del bienestar individual contribuyen a un desmesuramiento de la esfera de relaciones.

Las sociedades occidentales están pasando de un tipo de sociedad más o menos dirigida por otros a una sociedad dirigida desde el interior. La personalidad debe profundizar su diferencia, su singularidad: el narcisismo representa esa liberación de la influencia del otro y funciona fundamentalmente como agente de proceso de personalización (Lipovetsky, 2003: 55).

El narcisismo se convierte en una de las características principales de este proceso de individualización, ya que hace posible la asimilación de modelos de comportamiento que buscan la satisfacción de placeres y deseos que contribuyan a la vida digna.

Un ejemplo de este paradigma es el culto al cuerpo saludable. Esta actividad se ha convertido en el nuevo imaginario social y ha modificado gran parte de los espacios donde el individuo se relaciona; así como también, se ha transformado en el lugar en el que se alcanzan los éxitos y se consigue la voluntad de vivir plenamente.

El miedo que produce el hedonismo en nuestra sociedad es envejecer rápidamente, de la misma forma, el individuo se ve agobiado por la higiene, por la obesidad que genera la mala alimentación y por su deterioro físico. De ahí que el individuo viva rodeado de plazas comerciales donde se tiene acceso a los masajes recreativos, saunas, gimnasios y tiendas de productos naturistas: “La representación social del cuerpo ha sufrido una mutación cuya profundidad puede compararse con el desmoronamiento democrático de la representación del prójimo; el advenimiento de ese imaginario social del cuerpo produce el narcisismo” (Lipovetsky: 2003: 61).

El cuerpo del individuo se convierte en su estatus, forja su identidad y se convierte en su carta de presentación ante la sociedad. En ese sentido, el cuerpo se humaniza. Richard Sennett tiene razón cuando afirma "estamos inmersos en una cultura de la personalidad a condición de precisar que el propio cuerpo se convierte en sujeto y, como tal, debe situarse en la órbita de la liberación, incluso de la revolución, sexual por supuesto, pero también estética, dietética, sanitaria, etc., bajo la égida de modelos directivos” (Sennett, 2006: 42). Estas actitudes conducen a que el individuo disuelva sus roles públicos, y se envuelva en el discurso aspiracional de la autenticidad y de la autonomía en sus relaciones.

Estas manifestaciones de la individualización en la vida ordinarias del individuo forman parte a esta nueva conducta moral privada que se desprende de la división social del trabajo, la solidaridad orgánica productiva y la especialización. Ya que ambas categorías fundamentan el nuevo culto al individuo que se expresan en acciones colectivas cada vez más difusas y abstractas. Es decir, el individuo adopta sometimientos y lleva a cabo acciones que hacen referencia al papel que juega en la sociedad. Es gracias al culto al individuo y al sentimiento colectivo de respeto y la persona humana lo que va a dar legitimidad a una forma de

organización social cuyos valores morales será expresada a través del cumplimiento con el deber laboral, la vida saludable, el reconocimiento por cumplir objetivos y metas propuestas.

Estas conductas que se desprenden del culto al individuo “exige apenas que seamos delicados con nuestros semejantes y que seamos justos; que desempeñemos bien nuestra ocupación; que trabajemos en aquello para lo que estamos llamados, en la función que podamos desempeñar de modo óptimo, recibiendo la justa recompensa por nuestros esfuerzos” (Lipovetsky: 2003: 66).

Los individuos bajo este ambiente crean rituales de relajamiento corporal y mental con el propósito de conservar una vida sana y mantener lazos comunes de felicidad. Por eso, el individuo va al gimnasio, hace pesas, trotta, asiste a clases de yoga, camina, escala, va a la sauna a sudar, come dietas apropiadas, se engalana y de ahí vuelve al trabajo, a la escuela o a cualquier lugar donde ocupe su tiempo. El individuo moderno se exige a sí mismo para lograr todo lo posible hasta llegar a aquello que le es imposible. Al respecto, Chul Han menciona: “El hombre del rendimiento se encuentra en guerra consigo mismo y en medio de todos los que no logran sus propósitos (...) campea su depresión. Es la enfermedad de una sociedad positiva sumamente productiva” (Chul-Han, 2015: 85). De manera que tenemos a un sujeto libre que se obliga a sí mismo a rendir, pero que su trama de libertad lo lleva al extremo cansancio y eso lo conduce al aburrimiento.

Por lo tanto, el proceso de individualización de la sociedad exige un exceso, una seducción y diversos placeres. La cantidad de estímulos que afectan la vida de los individuos es impresionante. Hoy más que nunca se produce una cantidad sorprendente de música que es accesible a todo aquel que tenga las condiciones para acceder a ella a través del internet, páginas que brindan servicios de series televisión y catálogos de películas a la carta, videojuegos, entretenimiento en tercera dimensión, impresiones de miles de libros en forma de *best seller*, se ofertan grandes cantidades de viajes guiados por el mundo en meses sin intereses, las empresas de la televisión de paga tienen mayor cobertura a un costo cada vez menor en donde el espectador puede tener a disposición ochocientos canales donde, por lo regular la programación siempre se repite, planes de celular para mantenerse siempre conectado; existen una gran cantidad de redes sociales en donde se suben fotos, se cuentan historias, se expone el currículum para buscar un empleo, se comentan experiencias, se hacen

comentarios sobre algún tema en común, se seduce y pretenden congeniar relaciones de amor o de amistad, se emplean conversaciones para que todo el mundo sepa públicamente todo y todos a la vez nada de nadie.

La autenticidad del individuo se convierte en un valor social, “con signos como manifestaciones demasiado exuberantes, discursos demasiado teatrales que no producen el efecto de sinceridad” (Lipovetsky: 2003:64). El narcisismo del individuo se arroja en la discreción y en una libertad de expresión limitada por un marco preestablecido. Por lo tanto, el individualismo lejos de exacerbar las exclusiones y fomentar el sectarismo, tiene efectos inversos, ya que la búsqueda del placer impulsa al individuo a dismantelar los antagonismos rígidos.

De manera que las personas sustituyen el moralismo por el laxismo, renuncia a la militancia religiosa y/o partidista, evitando a toda costa el trance y el compromiso a la creencia. Por lo que el individualismo conduce al aniquilamiento del conflicto. Al neutralizar los conflictos en beneficio de la seducción y el placer se generaliza la indiferencia por el otro, lo que constituye el primer signo de la desaparición “ficticia” de lo político.

Sin embargo, este ambiente social que produce el individualismo de nuestra época, produce diversos desórdenes que constituyen la mayor parte de los trastornos psíquicos del individuo. El sentimiento de vacío se llena de enfermedad y de incompreensión; además se incrementa la orientación hacia la depresión, la violencia, el consumo de narcóticos, alcoholismo y suicidios latentes. El individualismo se germina bajo el desapego emocional.

El sentimentalismo ha sufrido el mismo destino que la muerte, resulta incómodo exhibir las pasiones, declarar ardientemente el amor, llorar, manifestar con demasiado énfasis los impulsos emocionales. Como en el caso de la muerte, el sentimentalismo resulta incómodo, se trata de permanecer digno o discreto. Nuestra época queda caracterizada entonces por la huida ante los signos de sentimentalidad (Lipovetsky: 2003: 77).

Por otra parte, en la actualidad no hay enemigos comunes, hay desconocidos y extraños. La otredad significa enemistad. “En el siglo XXI todos superan la idea del otro como agente

patógeno” (Orozco, 2015: 174), pues la globalización, el triunfo liberal y los sistemas de interconexión matan las indiferencias, hoy ya no se tolera, se ignora.

Chul Han argumenta al respecto:

La sociedad (...) se caracteriza por la desesperación de la *otredad* y la *extrañeza*. La otredad es la categoría fundamental de la inmunología. Cada reacción inmunológica es una reacción frente a la otredad. Pero en la actualidad, en lugar de ésta, comparece la *diferencia*, que no produce ninguna reacción inmunitaria (Chul-Han, 2012: 45).

La muerte del otro, por llamarlo de alguna manera se convierte en un ser meramente diferente que no representa ninguna amenaza para las élites y para aquellos que mueven los hilos del mundo. El individuo es neutralizado para que no represente ningún peligro, sin necesidad de aniquilarlo. Basta con disciplinarlo y especializarlo de forma radical, ubicarlo en procesos de asimilación e identificación. Así el indiferente querrá su celular, su coche, su pantalla de televisión. Se volverá parte de lo que Chul-Han llama *sistema de rendimiento*.

En consecuencia, existe un exceso de positividad, el otro ya no me niega. Niego su negación asimilando parte de lo suyo y eliminando el resto. Por lo que el individuo se vuelve egoísta, solitario, mudo, sin nada que decir, pero se convierte en un agente público de sus causas privadas.

Todos repelemos a todos. Y hacemos lo que hacen todos. Es el fin de la empresa en la que uno es importante. El fin de la verdadera comunicación. El fin del diálogo largo e interesado. El fin del compromiso erótico. El fin de la amistad. Es el fin de las relaciones estables. Y es el fin de conflictos internacionales que nos quiten el sueño (Orozco, 2015: 178).

Y así estamos organizados. Dice Chul Han a través de una cita de Baudrillard:

Según la genealogía baudrillardesca de la enemistad, el enemigo aparece en la primera fase como un lobo. [...] En la siguiente fase, el enemigo que opera en la clandestinidad y se combate por medios higiénicos. Después de una fase ulterior, la del escarabajo, el enemigo adopta por último una forma viral. [...] La violencia viral parte de aquellas singularidades que se establecen en el sistema a modo de

durmientes células terroristas y tratan de destruirlo. El terrorismo como figura principal de la violencia viral consiste, según Baudrillard, en una sublevación de lo singular frente a lo global.

La enemistad, incluso de forma viral, sigue el esquema inmunológico. El virus enemigo que penetra en el sistema, que funciona como un sistema inmunitario y repele al intruso viral. *La genealogía de la enemistad no coincide, sin embargo, con la genealogía de la violencia.* La violencia de la positividad no presupone ninguna enemistad. Se despliega precisamente en una sociedad permisiva y pacífica. Debido a ello, es menos visible que la violencia viral. Habita el espacio libre de negatividad de lo idéntico, ahí no existe ninguna polarización entre amigo enemigo, entre el adentro y el afuera, o entre lo propio y lo extraño (Chul-Han, 2015: 21-23).

En este sentido, la violencia de la positividad que manifiesta nuestra sociedad actual, niega y desaparece cualquier forma de otredad. La vieja dicotomía de Carl Schmitt del amigo-enemigo queda arrebataada. No hay enemigo ni adentro, ni afuera de las fronteras imaginarias. La muerte de la otredad, significa que en la sociedad de lo idéntico el enemigo se invisibiliza y lo hace igual; convierte al extraño y al desconocido en similar; y aquel que queda afuera, que por lo regular son los grupos de inmigrantes, pobres, enfermos o subordinados son ignorados, o en su caso, admitidos a medias, aceptándolos como una especie de carga a la que también se puede neutralizar sin problemas porque, o bien se asimila, o en su defecto se excluye.

Por lo que la individualización psicológica afecta inevitablemente la senda política. Los individuos viven al borde del cansancio y todas las expresiones de lucha deprimen, estresan o en el peor de los casos, se deja de creer en ellas. La lucha por prevalecer culmina con el agotamiento. La gente a menudo dice: “ya se privatizó el petróleo, qué más da. Ya nada se puede hacer”. Y si se intenta algo será inútil. Los muertos y las desapariciones ya no toman importancia, y dejan de tener grandes impresiones e indignaciones en la sociedad. Las desapariciones y las muertes se concilian como una parte naturalizada de convivencia. Por lo que la maquinaria del cansancio y del egoísmo nos empareja a la funcionalidad.

Podemos dar muchos ejemplos, como el caso de quien se dice marxista pero trabaja como todos, inmanente al sistema de las ganancias, compra, vive de todo lujo, consume, presume, se queja de todo pero no ve a los otros, y termina siendo un grano más del conjunto, un sistema de trastorno de la personalidad como yo escindido que dice una cosa pero hace otra (y de ese tipo de positividad violenta estamos saturados: demagogos de la democracia que trabajan para minoristas; “comunicadores” que hablan pero no analizan nada o hablan de todo porque “saben todo” y nada dicen); millonarios que dicen ayudar a la sociedad pero pagan salarios de hambre; jefes que hablan de justicia y buen trato pero hacen lo que hacen todos los jefes cuando distribuyen cargas y prefieren a unos sobre otros repartiendo esas cargas de capricho (siendo ellos los jefes mismos- subordinados de ese trato respecto de sus jefes) (Orozco, 2015: 180).

A la par, el individuo se convierte en un ser multifacético, hacedor de diversas actividades que lo mantienen en rendimiento y movimiento constante, pues la velocidad con la que se vive su experiencia, exigen, que el individuo de hoy se convierta en un humano versátil. Mientras el individuo escribe a la par puede escuchar su música favorita, está pendiente de los correos electrónicos; piensa millones de cosas o actividades por hacer en diversas horas del día, puede atender una llamada telefónica y a la vez *chatear* con un amigo que se encuentra en algún lugar del mundo. Puede estar en una conferencia y enviar mensajes al mismo tiempo, al final del día volver al gimnasio para relajarse y volver a recuperar las energías para comenzar un nuevo mañana. A esto se reduce la libertad basada en los valores del mercado.

Se ha pasado de la preocupación por la buena vida a la ocupación por la sobrevivencia. “Somos apenas sobrevivientes de un mundo hostil y veloz. Cuando nos alcanza el tiempo esquivamos las relaciones” (Orozco, 2015: 181). Se diluye la existencia del otro.

Los individuos no reflexionan en lo que miran. No dejan que las cosas hablen. Deben llegar a las siete, ir a junta, ir a dar clase, atender a los alumnos, volver a prisa a otra clase, ver otros alumnos, ir a clase una vez más. Luego, a casa. ¿A qué hora se puede contemplar algo? Los hombres tardomodernos han perdido la capacidad de contemplar. Ya no saben aburrirse

correctamente. El aburrimiento no es negativo cuando se liga a la actitud contemplativa (Orozco, 2015: 193).

Esto es lo que caracteriza al individuo de nuestros tiempos. En ese sentido, el individualismo podría definirse como aquella ideología que valora al individuo e ignora y subordina la totalidad social (Dumont, 1987). Contraponiéndose a la sociedad, generando una gran paradoja que caracteriza a la individualización, ya que “socializa a los individuos desocializándolos” (Lipovetsky, 2003). Por lo que los individuos de nuestra época son mucho y a la vez casi nada; son, ante todo, el producto (Baudrillard, 2009), sin determinación personal y sin vocación (Mounier, 2002).

Sin embargo, estas prácticas que devienen de la nueva moralidad que funda el proceso de individualización, que exalta el culto al individuo, la diferencia y la felicidad privada. No es más que las manifestaciones de los progresos y transformaciones que ha traído consigo la propia división social del trabajo.

Durkheim, en *Las formas elementales de la vida religiosa* (1951), en el apartado que dedica al análisis de los progresos de la división social del trabajo establece que la felicidad tiene sus raíces en la misma división social del trabajo, ya que este fenómeno al ser de carácter social tiene consecuencias en las causas individuales y psicológicas, estimulando al individuo a manifestar conductas de cooperación para recrear su propia existencia. Sin embargo, esa necesidad de subsistencia lo conduce a especializarse, y, en consecuencia, a diferenciarse de lo demás (Durkheim, 1951).

Es la necesidad de felicidad lo que conduciría al individuo a especializarse cada vez más. Como sin duda toda especialización presupone la presencia simultánea de diversos individuos y de su curso, ella no es posible sin una sociedad. Con todo, en lugar de ser la causa determinante, la sociedad sería apenas el medio por el cual ella [la especialización] se realiza, la materia necesaria para la organización del trabajo dividido (Durkheim, 2007: 212).

En la sociedad de individuos somos socialmente nada, a fin de evitar compromisos sociales fuertes y responsables. Maffesoli menciona al respecto: “Al no ser nada estamos más allá de

donde se nos espera, somos algo distinto de lo que se cree que somos” (Maffesoli, 2009: 55). He aquí la fuerza y la esencia de la individualización. Así, pues, “ser esta o aquella persona, con nombre propio, identificable y por ello responsable ante los otros, el poder o la sociedad, en vez de ser esta o aquella persona, parece preferible a ser la persona” (Moreno, 1991: 46). Dice Maffesoli “lo que nos permitirá hacernos partícipes de una energía vital primordial ajena a las determinaciones de la singularidad (...) gracias a un saber incorporado” (Maffesoli, 2009).

El valor de la diferencia por el otro es la piedra de toque de la individualización, y por consecuencia, este existir individual repercute fundamentalmente en la civilidad y en la actividad política. Sin embargo, esta diferencia se ve empoderada mediante el mecanismo de la subjetividad. Lipovetsky argumenta al respecto: “Hoy cuanto más solícita la subjetividad, más anónimo y vacío es el efecto” (Lipovetsky, 2003). De manera que algo aconteció con la subjetividad “de tal modo que su poder relacional y de apertura ya no se traduce fácilmente en responsabilidad moral, ni generosidad o espíritu solidario” (Moreno, 1991: 50).

El individualismo en la sociedad de nuestra época se manifiesta y se traduce como una especie de ideología que tiene su base en la subjetividad y se expresa comúnmente en la intimidad y en el goce que produce los valores mercantiles. En este sentido, lo que define al individualismo es el ansia de lo que ha llamado Philipp Hersch “quest for fulfillment” (citado por Lipovetsky, 2003: 85) que puede ser traducido bajo la idea de la búsqueda de placer, goce y bienestar. El individuo se convierte en un buscador de ambientes confortables. “El ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas ha sido pulverizado, el proceso de personalización ha promovido y encarnado masivamente un valor fundamental, el de la realización personal” (Lipovetsky, 2003).

No obstante, el engranaje que cimentará toda esta organización que compone la división social del trabajo, la solidaridad orgánica, así como la especialización en la vida social, será el rol que juega la cosificación del dinero en la realidad del individuo.

El dinero representa bajo este contexto la doctrina de las pasiones, figurado como el objeto de la codicia y como el eje articulador de relaciones, emociones, sentimientos que confeccionan en el individuo un modelo de conductas y valores morales ocasionando una

relación mecánica, calculadora y fría entre los individuos. Lo que lo convierte en el elemento en el cual yuxtapone todas las relaciones generales entre los sujetos y los objetos creando de este modo, el ambiente sociocultural de nuestros tiempos.

El dinero que origina la división social del trabajo y de todo el capitalismo en su conjunto crea un individuo enajenado cuya realización es posible a través de la creación de una conciencia de producción y consumo lo que posibilita la construcción de una realidad existente cuyo punto de partida se da a partir del extrañamiento del mundo, es decir, a partir en cómo los individuos se relacionan con los objetos y los sujetos a través de la relación que se desprenden a consecuencia de las abstracciones que trae consigo el trabajo.

La división social del trabajo establece una conciencia común y modelos de conducta que se establecen a partir del culto al individuo. Ya que esta emergencia abre la brecha para que el individuo se especialice, se exija y se mantenga preparado para los embates que establece el propio capitalismo a partir de la competencia, la profesionalización y la adaptación constante de los nuevos contextos que genera la globalización.

En efecto, el dinero bajo los procesos de individualización que se producen a partir la división social del trabajo, de la solidaridad orgánica y de la constante especialización del individuo cosificará un ambiente de codicia, lo que impulsará al individuo a desarrollar un moral que alejado de la libertad por establecer bienes públicos comunes, establecerá una moral privada, reguladora de sus relaciones con los otros, sensible a los sentimientos de valor, del placer y el sentido de su existencia (Simmel, 2007). Bajo esta nueva lógica de relación surge el problema de la valorización de los individuos, ya que el dinero sustituye la dignidad de las personas, cosificándolas en un objeto de valor. La operatividad del dinero en la cultura afecta el sistema de relaciones, ya que más haya de establecer lazos de larga duración a través de sentimentalismos o compromisos afines, se establecen relaciones reguladas por el costo beneficio, lo que construye una sociedad de individuos solos, interconectados y algunas veces atomizados y alejados de sus intereses comunes.

Ya que el dinero incrementa el sentimiento de deseo y la búsqueda incesante del placer. Es el dinero, bajo el proceso de individualización lo que viabiliza una mercantilización de las relaciones y conductas del individuo. Es por ello que, en nuestros días saciar el deseo y

satisfacer el placer sean considerados bajo los estándares de la vida digna del individuo: acceder al gimnasio, la variedad de programas de televisión para el entretenimiento, los viajes turísticos de recreación, la gran diversidad de libros de autoayuda para mantener el espíritu innovador y exitoso, la dieta equilibrada, entre tantas prácticas que en nuestros días buscan establecer una felicidad privada, conduce al individuo a no racionalizar su deseo. En este sentido, el deseo encarcela al individuo, lo priva de razón, lo que lo conduce a mantenerse activo en un ambiente que se percibe incierto e inestable. Esta problemática Simmel lo llama “la miseria general de la vida humana” (Simmel, 2007: 99). Ya que el deseo y la cosificación que produce el dinero, no solamente niega la otredad y la diferencia sino además antepone a la razón y se sobrepone a la verdadera libertad que se manifiesta en la voluntad de construir un mundo más armonioso y habitable.

Este sentido, la cosificación del dinero en el individuo produce una libertad limitada que se expresa a partir de la centralización del sujeto en la lógica capitalista a través de su intromisión a los mecanismos de la división social del trabajo, la solidaridad orgánica y la especialización, originando discursos en los cuales la libertad [limitada] se coloca en elementos que hacen de la vida del individuo una existencia más deseosa y placentera. Este tipo de libertad que impulsa el capitalismo a través del mercado reduce la libertad con el acceso al consumo, la producción de mercancía a partir de la innovación y el emprendimiento, así como cualquier otra actividad cuyo objetivo sea la satisfacción individual. Con la mutación de los valores tradicionales y su jerarquía es lo que permite la creación de nuevas escalas de valores que tienen en común situar en la cúspide a la libertad que impone el propio mercado. Lo que paradójicamente causa una relación sin relación de los individuos banalizando los problemas sociales en asuntos de buena fe. Por lo tanto, este tipo de libertad no garantiza la felicidad pública a partir de la pluralidad de la vida digna, así como también, no responde al respeto a la justicia que hace posible la convivencia moral, en otras palabras, este tipo de libertad, y que desde mi óptica es limitada, debido a la incapacidad de los seres humanos para construir un sentido que unifique sus voluntades para construir un bien común sin suprimir la pluralidad de las formas de vida.

En este sentido, la libertad limitada atenta contra la esencia de la libertad expresada en la propiedad de la voluntad, y que, desde mi perspectiva, se fundamenta en la acción política

plural ya que tiene como objetivo garantizar el uso práctico de la razón, y por lo tanto cimentar las bases para lograr una felicidad general y privada (Kant, 2010).

Sin embargo, al perderse los cimientos que mantienen la libertad con base a voluntades y al ser sustituida por la libertad limitada que impulsa el mercado instaurada en el deseo y el placer que promueve la cosificación del dinero a partir de la división social del trabajo, la solidaridad orgánica y la especialización engendra una sociedad de individuos solos caracterizado por la irrelación y la diferencia que se manifiesta en el culto al individuo. Lo que origina una sociedad de individuos aislados caracterizada fundamentalmente de personas que abandonan por completo la esfera pública; b) neutraliza los conflictos en beneficio de su seducción; c) niega y desaparece cualquier forma de otredad; y, d) genera individuos que viven al borde del cansancio, de modo que las expresiones de lucha, los estresan, desaniman y, en el peor de los casos, los lleva a dejar de creer en ella.

En suma, podríamos señalar que el actual proceso de individualización compuesta a la luz de la división social del trabajo, la solidaridad orgánica y la especialización; y que cosifica una realidad existente materializada en el dinero, establece un individuo perceptivo a los sentimientos del valor; conciliador del interés privados, conducido por una moral hedonista y culto a su propia persona. Estandarizado bajo la lógica de una libertad limitada impulsada por los valores del mercado caracterizada por la incapacidad para desarrollar un sentido que unifique voluntades para construir bienes comunes sin suprimir la diversidad de las formas de vida a través de la acción plural y política.

A partir de este contexto, en el siguiente apartado examinaré la transfiguración de la libertad asumida como acción política en el terreno de la sociedad constituida por *hombres solos* que genera la división social del trabajo, la solidaridad orgánica y la especialización con el propósito de identificar la diferencia entre un proceso limitado por los valores del mercado y una experiencia basada en la libertad con base a voluntades. Para ello mostraré las diferencias entre libertad limitada y libertad asumida como acción política plural manifiesta en la propiedad de la voluntad.

### 2.3.- La pluralización de la política: actuar en tiempos oscuros

La individualización toma nuevas significaciones manifestándose de forma radical en las estructuras sociales, culturales y políticas, donde la división social del trabajo, la solidaridad productiva y la especialización dan un giro trasminando sus principios hacia todos los espacios de la vida social.

Estas prácticas alcanzarán nuevas expresiones que el individuo adopta en términos de una forma moderna de relación expresada, tanto en su vida privada como en la pública. De este modo, categorías viejas se adaptan al presente convirtiéndose en la base de los nuevos valores de la socialización que, mezcladas a los procesos democratizadores van gestando una idea de libertad enmarcada en los modelos de flexibilización para devenir en un componente estratégico de la convivencia social.

En el proceso de individualización de la sociedad de nuestros tiempos las categorías tradicionales adquieren un nuevo sentido en la lógica de organización y en la esfera política. La solidaridad productiva da paso a otra lógica de la subjetividad del individuo, ahora entendida como “las formas de relación que establece un sujeto que es a la vez un yo cognosciente [pensante], un yo sintiente [experiencia] y un yo padeciente” [carente] (Bürger, 1987). Esta transformación de la subjetividad fragua una solidaridad dirigida a la búsqueda de la satisfacción y reproducción de individuos indiferentes y egoístas. Por su parte, la especialización deviene en la base para la conformación de un individuo plural y diverso, atravesado por la facultad de involucrarse en los ámbitos productivos y, simultáneamente, con una voz singular sobre las cuestiones públicas y privadas. Y, por último, la división social del trabajo va a constituir el fundamento de la indiferencia política. Estos nuevos valores darán razón de ser a la individualización de las sociedades contemporáneas.

La conjugación de estos elementos muestra un ambiente paradójico. Por una parte, aparece una sociedad de individuos en la que el individualismo juega un rol meramente ideológico institucional establecido por las estructuras políticas, de la que surgen “individuos personas” (Maffesoli, 2004) y, por otra, tales individuos desarrollan una capacidad de conciencia que los orilla a buscar y crear diferentes vías de acción política para escapar de las sendas institucionales. En este proceso, la libertad asumida como acción política colectiva se

convierte en un elemento fundamental que transgrede y pone en cuestión el ordenamiento de las lógicas individualistas, donde la libertad” individualista” remite y se fundamenta en los valores del mercado, sustrayéndola constantemente de los valores políticos.

El presente capítulo analiza los procesos de individualización a la luz de la libertad referida a la acción política plural. Con este propósito se presentan tres apartados dirigidos a reflexionar sobre la individualización como forma de organización social contemporánea y sus repercusiones en la esfera política. En primer lugar, describiré cómo se manifiesta la individualización en la actualidad refiriendo sus características, roles, así como algunas prácticas que expresan los individuos bajo este fenómeno, así como los valores que articulan los mismos a través del hedonismo y el narcisismo, bajo el espectro de la libertad “limitada” a los valores del mercado. A continuación, examinaré la transfiguración de la libertad asumida como acción política en el terreno de la sociedad constituida por hombres solos, con el propósito de identificar la diferencia entre un proceso “limitado” por los valores del mercado y una experiencia basada en la acción política plural. Y, por último, abordaré las consecuencias que la libertad paradójica tiene para el individuo en el ámbito político contemporáneo. En este marco, reflexionaré en torno a la paradoja de la que surge la indiferencia política relacionada con el papel de las instituciones tradicionales democráticas y la apertura de otros ámbitos de acción política que ponen en juego otras maneras de “actuar juntos”. El supuesto que atraviesa este apartado indica que el desencantamiento y la desesperanza del individuo en relación con la política se refieren a los terrenos institucionales, pero el “sueño” de construir otros mundos posibles pasa por diferentes formas de participación política vinculadas al ser-estar-juntos.

El individualismo contemporáneo bajo el espectro de la libertad “limitada” por los valores del mercado

El actual proceso de individualización tiene sus bases en la división social del trabajo, la solidaridad productiva y la especialización del individuo. Elementos que desde su origen se convirtieron en los mecanismos fundamentales para organizar la lógica productiva del capitalismo moderno.

Estas categorías se transformaron en la base de las estructuras económicas y sociales que fundamentaron un tipo de pensamiento y una forma de organización moderna. Expresadas a

partir de instituciones, conductas y valores morales que hicieron del individuo un perseguidor de su propia libertad fundada en los valores del mercado y de sus placeres.

La libertad que establece el proceso de individualización fundamentalmente se cosifica en los diversos valores del mercado que promueven las élites políticas y económicas que se expresan en diversas manifestaciones del individuo en la vida ordinaria; a través por ejemplo, del acceso al consumo, la competencia, la libre asociación de sus amistades y relaciones amorosas, a la libre expresión, al libre acceso de entretenimiento y conductas que lo lleven a una existencia ligera y confortable, al libre voto de sus representantes, de sus opiniones, juicios y posiciones sobre la vida sociopolítica, a la independencia laboral y a la autonomía de pensamiento. Estas manifestaciones son algunos de los diversos tipos de libertad que engendra el individualismo actual. El individuo no sufre de crisis de libertad, y en consecuencia, esa es la peor amenaza que hoy enfrenta: “El elogio verbal de la libertad se convierte en hechos y en vida cotidiana, y con ello ponen en duda los fundamentos de la convivencia existentes hasta ahora” (Beck, 1999: 9). Según Ulrich Beck, la catástrofe consiste, en que tenemos que reconocer, entender y consolidar más y distintos tipos de libertades que los que no habían sido previstos en la famosa y prometida democracia.

La libertad del mercado produce miedo a no poder hacer algo que cambie la situación del individuo sobre seguridad y protección social, cultural, política y civilizatoriamente, viéndose en la necesidad de involucrarse en una caótica existencia que confunde e inhibe su dignidad.

Con el nacimiento de la globalización tecnológica, científica y cultural que se originó a partir de la caída del muro de Berlín (Lipovetsky, 2003), la división social del trabajo; la solidaridad productiva; y, la especialización del trabajo abandonó sus espacios tradicionales de convivencia que se encontraban en las sendas productivas y mercantiles para trasladarse y radicalizarse en los espacios sociales, políticos y privados de los individuos.

La creciente democratización de las sociedades modernas que impulsó el nacimiento de la globalización, jugó un papel importante en la construcción de un nuevo individuo renovado, modernizado y liberalizado.

La globalización celebró la capacidad de reestructurar las viejas instituciones derivadas del Estado dando paso a nuevas formas de convivencia y relación entre los individuos. En ese sentido, los procesos globalizadores rompieron con las barreras de la costumbre, de la tradición y de los valores morales que hasta a finales del siglo XX configuraban el arquetipo social.

El compromiso, la responsabilidad social, la ayuda por el prójimo y, la búsqueda del bien común, fueron desplazados paulatinamente por nuevas creencias y actitudes como: la ausencia de compromiso, la responsabilidad unipersonal, el placer propio, la libertad limitada a los valores del mercado, la autonomía y el bienestar individual se convirtieron en los estandartes honoríficos de la sociedad moderna.

Bajo esta metamorfosis, el ámbito de las relaciones sociales ha sido el elemento que experimenta los grandes cambios producidos por la globalización. A diferencia de lo que acontecía en el pasado, las diversas instituciones sociales fueron radicalmente modificadas. El matrimonio y la familia son dos claros ejemplos de esta mutación. A diferencia de lo que ocurría años atrás una relación “para siempre”, se convirtió en una cuestión que es para “un momento”.

La capacidad del individuo actual para asumir compromisos de larga duración se ha visto mermada; ahora se ve con recelo la posibilidad de entregarse a una relación social que demande ataduras y tiempo. El miedo a atarse y perder la supuesta autonomía (condición que ha sido conquistada y valorada en la modernidad líquida como bien lo considera Zygmunt Bauman), ha dado brecha a una acentuada fragilidad de los vínculos humanos.

Si bien, en el pasado la individualización tenía que ver con lógicas que devenían de las esferas industriales que se fundamentaban en la especialización; la división social del trabajo; y, la solidaridad productiva, estos derroteros, junto con el sentido de la libertad limitada trajo consigo una forma particular de la democratización de las sociedades. El individuo trasladó estos rasgos hacia al espacio privado y redujo su libertad al ejercicio de valores mercantiles como la competencia, la indiferencia política, el hedonismo, la irresponsabilidad social, el narcisismo, el egoísmo, la innovación, el pensamiento técnico, la especialización, el esfuerzo y la disciplina, convirtiéndose en los estandartes del individualismo actual.

Tal como lo hace el mercado, los individuos de nuestros días poco están dispuestos a comprometerse debido al latente riesgo de ser victimarios al daño de la desgracia, la frustración y el desencanto.

El vacío que genera esta forma de sentimentalismo y actitud viene a llenarse con rasgos que promueve el consumismo. Las relaciones humanas son mercantilizadas y se mantienen con la intención de conseguir beneficios expresados en placeres, entretenimiento y deseo individual. Por lo que la vida líquida se convierte en una sucesión de nuevos comienzos con breves e indoloros finales (Bauman, 2000).

Este tipo de organización no se limita a los vínculos privados entre los individuos, sino que también regresa hacia las sendas laborales. Por lo que la especialización, la división social del trabajo y la solidaridad productiva adquieren una nueva simbiosis. El trabajador actual, además de poseer estos elementos, ahora se moderniza y se exige cada vez más por poseer la capacidad para imponerse nuevos retos profesionales.

Lo anterior significa que el trabajador individualizado no solo debe manejar las herramientas productivas, sino que también debe mantenerse en constante especialización para ser considerado como un agente eficaz en la demanda que genera el mercado. Permanentemente se impulsa al individuo a acceder a programas de capacitación impartidos por diversas instituciones y universidades de carácter privado. El resultado deriva en el hecho de que el empleo hoy es concebido como una actividad que no necesariamente se llevará a cabo para siempre, toda vez que los trabajos ofertados serán determinados bajo fechas establecidas a partir de contratos flexibles. Por lo tanto, el individuo se verá en la necesidad de generar su propia fuente de empleo. La especialización del individuo dará brecha a la cultura del emprendimiento y la innovación. Y junto con ello, la división social del trabajo aparece bajo la bandera del progreso, en términos de un camino para sobresalir de la precariedad laboral. Sin embargo, la solidaridad productiva seguirá siendo concebida como aquella actividad que es necesaria para mejorar las condiciones materiales del individuo, dejando de lado su valor ético.

La individualización de la sociedad se recrea en el tiempo libre y el entretenimiento, pero a la par, la velocidad para adaptarse a los tiempos que corren toma mayor relevancia. Es por ello que la especialización se convierte uno de los pilares fundamentales para sobrevivir en

este mundo líquido. De ahí que no sea casualidad que hoy más que nunca aparezcan diversas formas de enseñanza e instituciones que educan y preparan al individuo para los retos que establece el nuevo mundo.

Educar hoy en día al individuo, supone desestimular un esfuerzo para aprender a pensar sobre los acontecimientos políticos, sociales, culturales, éticos y económicos. Significa recibir métodos y herramientas que habiliten al individuo como un empresario de su vida, innovador, calculador de sus bienes y de sus relaciones. Esto hace suponer al individuo en términos de un ser superior, avanzado, civilizado, tecnificado, educado y libre. Aunque paradójicamente, estas peculiaridades hacen del individuo un ser más obsoleto y dependiente. Lo rezaga en lugar de impulsarlo, lo aísla y lo atomiza.

“La sociedad de yoicos”, como la denomina Ulrich Beck (1999) en la introducción de los Hijos de la Libertad, la positividad es un elemento característico de este tipo de sociedad, cuyo principal objetivo es que la persona trabaje, rinda, desquite el tiempo en alguna labor que beneficie su productividad y permita de manera eficiente su sociabilidad. Esto da lugar a que el individuo se sienta libre solamente en el terreno de la competencia de mercado, pero que no perciba el sentido de sometimiento y opresión.

En los trabajos que ofertan las empresas en la actualidad, cada vez más hay menos sometimiento de tipo amo-esclavo, “en el que la lucha por el reconocimiento implicaba que el esclavo deseaba ser visto por el amo, y por eso se esforzaba buscándose en el otro-amo” (Orozco, 2015: 171). Hoy, el individuo es amo y esclavo de sí mismo; se impone las tareas, las demandas excesivas, las metas inalcanzables: “La esperanza de ser reconocido se desvanece y en ocasiones ya no importa. Es como si hubiésemos introyectado al amo en cada uno de nosotros” (Orozco, 2015: 171). La vida del individuo se mecaniza a tiempos veloces: corre para ir al gimnasio, come deprisa, vuelve a su trabajo y durante años hace el mismo ritual. Mientras que por mucho tiempo no entabla charlas con nadie y su sentimiento y ánimo de soledad aumenta. Emergiendo diversos trastornos depresivos, ansiedad, angustia y desolación, “el sujeto ya no sabe ya qué quiere, para qué quiere algo, tiene problemas de identidad de todo tipo” (Orozco, 2015: 172).

El vertiginoso desenvolvimiento del mundo profesional atemoriza a los incautos y a los lentos que no pueden seguir su ritmo, pues de no cumplir con las expectativas que establezca el

mercado (Bauman, 2000), significa formar parte del desecho humano, negado, marginado e invisible, ya que el individuo es incapaz de avanzar con la corriente.

La individualización que los procesos globalizadores trajo consigo generó un parteaguas en la estructura social, política y cultural de los individuos. Sin embargo, este fenómeno además de ser una manifestación particular del individuo, también se expresa en otros derroteros como en la política, la ética y, por ende, en la misma economía. Generando un mundo de carácter empresarial y pragmático, ya que todo aquello que pueda demostrar su valor es digno de confianza y de estadía. Por lo que el individuo deja de tener un valor humano para considerarse un simple objeto de producción y consumo.

En consecuencia, y siguiendo a Lipovetsky, la individualización que se manifiesta en nuestra época, puede ser diagnosticada a partir de cinco acepciones : a) individualización cultural fundamentada en acciones que promueven el culto al hedonismo; b) individualización que provoca el culto al cuerpo a través de la cultura narcisista; c) individualización psicologista que se instituye en la estabilidad emocional de los individuos; d) individualización que se simboliza en el culto hacia el mercado; e) individualización que trasgrede las instituciones e ideologías políticas .

La individualización cultural tiene como característica principal el culto al placer, a la posesión y al consumo de bienes que fomentan la satisfacción personal del propio individuo. Las personas que habitan las sociedades modernas se caracterizan fundamentalmente por la falta de responsabilidad y compromiso con el otro. Estas actitudes, tienen como propósito maximizar la búsqueda de una vida placentera, inmediata y sin el más mínimo esfuerzo.

Tener tiempo para el disfrute, la recreación y el descanso son inversiones para mantener una salud mental y una actitud positiva ante los quehaceres que mantienen condenado al individuo a su vida ordinaria. “El narciso cool” (Lipovetsky, 2009), es un ser optimista en su gozo y disfrute, un individuo que pretende vivir el presente, olvidándose de su pasado inmediato y sin preocupación por el futuro próximo.

Bajo este ambiente, reina la indiferencia de masa, la cual se promueve a partir del discurso de la libertad –limitada a los valores del mercado– y la autonomía privada. En consecuencia, nace una cultura hedonista que amplía el individualismo y lo diversifica a partir de las

posibilidades de elección que promueve el mismo mercado a partir de la propaganda y el marketing.

En ese sentido, el valor narcisista es producto de un proceso de personalización (Lipovetsky, 2003) que mantiene al individuo en la vulnerabilidad emocional. En este proceso, el individualismo cultural se traslada hacia la esfera privada del individuo a través del culto a la salud y la preservación de la situación material, evitando a toda costa los complejos que sustraigan las relaciones sociales. En otras palabras, el individuo se preocupa por acechar su ser y buscar desesperadamente su bienestar. Por lo tanto, se trata de vivir en el presente perdiendo el sentido de comunidad histórica (Lipovetsky, 2003). El individuo vive para sí, pretendiendo olvidar los valores e instituciones sociales. De esa manera, según Lipovetsky, la estrategia narcisista se sintetiza en la supervivencia del individuo tratando de preservar su salud física y psicológica. Bajo esta lógica, nace el síntoma social del narcisismo colectivo, cuya fiel expresión es el nivel masivo de la apatía frívola (Lipovetsky, 2003):

El narcisismo surge de la huida generalizada de los valores y finalidades sociales, provocada por el proceso de personalización. Se concentra entonces la atención en el yo funcionando por el placer, el bienestar, desestandarización, promoción del individualismo puro liberado totalmente de los encuadres de masa y enfocado en la valoración generalizada del sujeto (Lipovetsky, 2003: 42-45).

La individualización da forma a una nueva conducta psicologista del individuo que se caracteriza fundamentalmente por las técnicas de expresión, de comunicación y sensibilidad terapéutica. “La terapia psi genera una figura de narcisismo identificado como el homo psicologicus que trabaja duramente para la liberación del yo” (Lipovetsky, 2003: 53). Esta liberación personal produce que el individuo genere su autoconciencia y perciba el desarrollo de ésta como mecanismos que tienen que ver con la satisfacción de sus deseos y placeres. El individuo se convierte en una especie de narciso que permite abandonar por completo la esfera pública y, con ello, una adaptación al aislamiento social. El yo se convierte en la preocupación central de la sociedad moderna.

Como resultado, el espacio público se vacía emocionalmente de reclamos y consignas, que si bien es cierto, siguen existiendo diversas manifestaciones, contienen fecha de caducidad y

por lo regular, el sentimentalismo de la lucha queda sustituida por la ocupación individual. De este modo, la autoconciencia sustituye a la conciencia de clase.

Esta reafirmación del yo produce una nueva ética hedonista y permisiva, en la que la asociación libre, la creatividad espontánea, la libre expresión y la ideología del bienestar individual contribuyen a un desmesuramiento de la esfera de relaciones.

Las sociedades occidentales están pasando de un tipo de sociedad más o menos dirigida por otros a una sociedad dirigida desde el interior. La personalidad debe profundizar su diferencia, su singularidad: el narcisismo representa esa liberación de la influencia del otro y funciona fundamentalmente como agente de proceso de personalización (Lipovetsky, 2003: 55).

El narcisismo se convierte en una de las características principales de este proceso de individualización, ya que hace posible la asimilación de modelos de comportamiento que buscan la satisfacción de placeres y deseos que contribuyan a la vida digna.

Un ejemplo de este paradigma es el culto al cuerpo saludable. Esta actividad se ha convertido en el nuevo imaginario social y ha modificado gran parte de los espacios donde el individuo se relaciona; así como también, se ha transformado en el lugar en el que se alcanzan los éxitos y se consigue la voluntad de vivir plenamente.

El miedo que produce el hedonismo en nuestra sociedad es envejecer rápidamente, de la misma forma, el individuo se ve agobiado por la higiene, por la obesidad que genera la mala alimentación y por su deterioro físico. De ahí que el individuo viva rodeado de plazas comerciales donde se tiene acceso a los masajes recreativos, saunas, gimnasios y tiendas de productos naturistas: “La representación social del cuerpo ha sufrido una mutación cuya profundidad puede compararse con el desmoronamiento democrático de la representación del prójimo; el advenimiento de ese imaginario social del cuerpo produce el narcisismo” (Lipovetsky: 2003: 61).

El cuerpo del individuo se convierte en su estatus, forja su identidad y se convierte en su carta de presentación ante la sociedad. En ese sentido, el cuerpo se humaniza. Richard Sennett tiene razón cuando afirma "estamos inmersos en una cultura de la personalidad a condición de precisar que el propio cuerpo se convierte en sujeto y, como tal, debe situarse en la órbita

de la liberación, incluso de la revolución, sexual por supuesto, pero también estética, dietética, sanitaria, etc., bajo la égida de modelos directivos” (Sennett, 2006: 42). Estas actitudes conducen a que el individuo disuelva sus roles públicos, y se envuelva en el discurso aspiracional de la autenticidad y de la autonomía en sus relaciones.

Los individuos crean rituales de relajamiento corporal y mental con el propósito de conservar una vida sana y mantener lazos comunes de felicidad. Por eso, el individuo va al gimnasio, hace pesas, trata, asiste a clases de yoga, camina, escala, va al sauna a sudar, come dietas apropiadas, se engalana y de ahí vuelve al trabajo, a la escuela o a cualquier lugar donde ocupe su tiempo. El individuo moderno se exige a sí mismo para lograr todo lo posible hasta llegar a aquello que le es imposible. Al respecto, Chul Han menciona: “El hombre del rendimiento se encuentra en guerra consigo mismo y en medio de todos los que no logran sus propósitos (...) campea su depresión. Es la enfermedad de una sociedad positiva sumamente productiva” (Chul-Han, 2015: 85). De manera que tenemos a un sujeto libre que se obliga a sí mismo a rendir, pero que su trama de libertad lo lleva al extremo cansancio y eso lo conduce al aburrimiento.

Por lo tanto, el proceso de individualización de la sociedad exige un exceso, una seducción y diversos placeres. La cantidad de estímulos que afectan la vida de los individuos es impresionante. Hoy más que nunca se produce una cantidad sorprendente de música que es accesible a todo aquel que tenga las condiciones para acceder a ella a través del internet, páginas que brindan servicios de series televisión y catálogos de películas a la carta, videojuegos, entretenimiento en tercera dimensión, impresiones de miles de libros en forma de best seller, se ofertan grandes cantidades de viajes guiados por el mundo en meses sin intereses, las empresas de la televisión de paga tienen mayor cobertura a un costo cada vez menor en donde el espectador puede tener a disposición ochocientos canales donde, por lo regular la programación siempre se repite, planes de celular para mantenerse siempre conectado; existen una gran cantidad de redes sociales en donde se suben fotos, se cuentan historias, se expone el currículum para buscar un empleo, se comentan experiencias, se hacen comentarios sobre algún tema en común, se seduce y pretenden congeniar relaciones de amor o de amistad, se emplean conversaciones para que todo el mundo sepa públicamente todo y todos a la vez nada de nadie.

La autenticidad del individuo se convierte en un valor social, “con signos como manifestaciones demasiado exuberantes, discursos demasiado teatrales que no producen el efecto de sinceridad” (Lipovetsky: 2003:64). El narcisismo del individuo se arroja en la discreción y en una libertad de expresión limitada por un marco preestablecido. Por lo tanto, el individualismo lejos de exacerbar las exclusiones y fomentar el sectarismo, tiene efectos inversos, ya que la búsqueda del placer impulsa al individuo a dismantelar los antagonismos rígidos.

De manera que las personas sustituyen el moralismo por el laxismo, renuncia a la militancia religiosa y/o partidista, evitando a toda costa el trance y el compromiso a la creencia. Por lo que el individualismo conduce al aniquilamiento del conflicto. Al neutralizar los conflictos en beneficio de la seducción y el placer se generaliza la indiferencia por el otro, lo que constituye el primer signo de la desaparición “ficticia” de lo político.

Sin embargo, este ambiente social que produce el individualismo de nuestra época, produce diversos desórdenes que constituyen la mayor parte de los trastornos psíquicos del individuo. El sentimiento de vacío se llena de enfermedad y de incompreensión; además se incrementa la orientación hacia la depresión, la violencia, el consumo de narcóticos, alcoholismo y suicidios latentes. El individualismo se germina bajo el desapego emocional.

El sentimentalismo ha sufrido el mismo destino que la muerte, resulta incómodo exhibir las pasiones, declarar ardientemente el amor, llorar, manifestar con demasiado énfasis los impulsos emocionales. Como en el caso de la muerte, el sentimentalismo resulta incómodo, se trata de permanecer digno o discreto. Nuestra época queda caracterizada entonces por la huida ante los signos de sentimentalidad (Lipovetsky: 2003: 77).

Por otra parte, en la actualidad no hay enemigos comunes, hay desconocidos y extraños. La otredad significa enemistad. “En el siglo XXI todos superan la idea del otro como agente patógeno” (Orozco, 2015: 174), pues la globalización, el triunfo liberal y los sistemas de interconexión matan las indiferencias, hoy ya no se tolera, se ignora.

Chul Han argumenta al respecto:

La sociedad (...) se caracteriza por la desesperación de la otredad y la extrañeza. La otredad es la categoría fundamental de la inmunología. Cada reacción

inmunológica es una reacción frente a la otredad. Pero en la actualidad, en lugar de ésta, comparece la diferencia, que no produce ninguna reacción inmunitaria (Chul-Han, 2012: 45).

La muerte del otro, por llamarlo de alguna manera se convierte en un ser meramente diferente que no representa ninguna amenaza para las élites y para aquellos que mueven los hilos del mundo. El individuo es neutralizado para que no represente ningún peligro, sin necesidad de aniquilarlo. Basta con disciplinarlo y especializarlo de forma radical, ubicarlo en procesos de asimilación e identificación. Así el indiferente querrá su celular, su coche, su pantalla de televisión. Se volverá parte de lo que Chul-Han llama sistema de rendimiento.

En consecuencia, existe un exceso de positividad, el otro ya no me niega. Niego su negación asimilando parte de lo suyo y eliminando el resto. Por lo que el individuo se vuelve egoísta, solitario, mudo, sin nada que decir, pero se convierte en un agente público de sus causas privadas.

Todos repelemos a todos. Y hacemos lo que hacen todos. Por lo que todos vivimos indiferentes. Es el fin de la empresa en la que uno es importante. El fin de la verdadera comunicación. El fin del diálogo largo e interesado. El fin del compromiso erótico. El fin de la amistad. Es el fin de las relaciones estables. Y es el fin de conflictos internacionales que nos quiten el sueño (Orozco, 2015: 178).

Y así estamos organizados. Dice Chul Han a través de una cita de Baudrillard:

Según la genealogía baudrillardesca de la enemistad, el enemigo aparece en la primera fase como un lobo. [...] En la siguiente fase, el enemigo que opera en la clandestinidad y se combate por medios higiénicos. Después de una fase ulterior, la del escarabajo, el enemigo adopta por último una forma viral. [...] La violencia viral parte de aquellas singularidades que se establecen en el sistema a modo de durmientes células terroristas y tratan de destruirlo. El terrorismo como figura principal de la violencia viral consiste, según Baudrillard, en una sublevación de lo singular frente a lo global. (Chul-Han, 2012: 55).

La enemistad, incluso de forma viral, sigue el esquema inmunológico. El virus enemigo que penetra en el sistema, que funciona como un sistema inmunitario y repele al intruso viral.

La genealogía de la enemistad no coincide, sin embargo, con la genealogía de la violencia. La violencia de la positividad no presupone ninguna enemistad. Se despliega precisamente en una sociedad permisiva y pacífica. Debido a ello, es menos visible que la violencia viral. Habita el espacio libre de negatividad de lo idéntico, ahí no existe ninguna polarización entre amigo enemigo, entre el adentro y el afuera, o entre lo propio y lo extraño (Chul-Han, 2015: 21-23).

En este sentido, la violencia de la positividad que manifiesta nuestra sociedad actual, niega y desaparece cualquier forma de otredad. La vieja dicotomía de Carl Schmitt del amigo-enemigo queda arrebatada. No hay enemigo ni adentro, ni afuera de las fronteras imaginarias. La muerte de la otredad, significa que en la sociedad de lo idéntico el enemigo se invisibiliza y lo hace igual; convierte al extraño y al desconocido en similar; y aquel que queda afuera, que por lo regular son los grupos de inmigrantes, pobres, enfermos o subordinados son ignorados, o en su caso, admitidos a medias, aceptándolos como una especie de carga a la que también se puede neutralizar sin problemas porque, o bien se asimila, o en su defecto se excluye.

Por lo que la individualización psicológica afecta inevitablemente la senda política. Los individuos viven al borde del cansancio y todas las expresiones de lucha deprimen, estresan o en el peor de los casos, se deja de creer en ellas. La lucha por prevalecer culmina con el agotamiento. La gente a menudo dice: “ya se privatizó el petróleo, qué más da. Ya nada se puede hacer”. Y si se intenta algo será inútil. Los muertos y las desapariciones ya no toman importancia, y dejan de tener grandes impresiones e indignaciones en la sociedad. Las desapariciones y las muertes se concilian como una parte naturalizada de convivencia. Por lo que la maquinaria de la indiferencia, del cansancio y del egoísmo nos empareja a la funcionalidad.

Podemos dar muchos ejemplos, como el caso de quien se dice marxista pero trabaja como todos, inmanente al sistema de las ganancias, compra, vive de todo lujo, consume, presume, se queja de todo pero no ve a los otros, y termina siendo un grano más del conjunto, un sistema de trastorno de la personalidad como yo escindido que dice una cosa pero hace otra (y de ese tipo de positividad violenta estamos saturados: demagogos de la democracia que trabajan para minoristas; “comunicadores” que hablan pero no analizan nada o hablan de

todo porque “saben todo” y nada dicen); millonarios que dicen ayudar a la sociedad pero pagan salarios de hambre; jefes que hablan de justicia y buen trato pero hacen lo que hacen todos los jefes cuando distribuyen cargas y prefieren a unos sobre otros repartiendo esas cargas de capricho (siendo ellos los jefes mismos- subordinados de ese trato respecto de sus jefes) (Orozco, 2015: 180).

A la par, el individuo se convierte en un ser multifacético, hacedor de diversas actividades que lo mantienen en rendimiento y movimiento constante, pues la velocidad con la que se vive su experiencia, exigen, que el individuo de hoy se convierta en un humano versátil. Mientras el individuo escribe a la par puede escuchar su música favorita, está pendiente de los correos electrónicos; piensa millones de cosas o actividades por hacer en diversas horas del día, puede atender una llamada telefónica y a la vez chatear con un amigo que se encuentra en algún lugar del mundo. Puede estar en una conferencia y enviar mensajes al mismo tiempo, al final del día volver al gimnasio para relajarse y volver a recuperar las energías para comenzar un nuevo mañana. A esto se reduce la libertad basada en los valores del mercado.

Se ha pasado de la preocupación por la buena vida a la ocupación por la sobrevivencia. “Somos apenas sobrevivientes de un mundo hostil y veloz. Cuando nos alcanza el tiempo esquivamos las relaciones” (Orozco, 2015: 181). Se diluye la existencia del otro.

Los individuos no reflexionan en lo que miran. No dejan que las cosas hablen. Deben llegar a las siete, ir a junta, ir a dar clase, atender a los alumnos, volver a prisa a otra clase, ver otros alumnos, ir a clase una vez más. Luego, a casa. ¿A qué hora se puede contemplar algo? Los hombres tardomodernos han perdido la capacidad de contemplar. Ya no saben aburrirse correctamente. El aburrimiento no es negativo cuando se liga a la actitud contemplativa (Orozco, 2015: 193).

Esto es lo que caracteriza al individuo de nuestros tiempos. En ese sentido, el individualismo podría definirse como aquella ideología que valora al individuo e ignora y subordina la totalidad social (Dumont, 1987). Contraponiéndose a la sociedad, generando una gran paradoja que caracteriza a la individualización, ya que “socializa a los individuos desocializándolos” (Lipovetsky, 2003). Por lo que los individuos de nuestra época son mucho y a la vez casi nada; son, ante todo, el producto (Baudrillard, 2009), sin determinación personal y sin vocación (Mounier, 2002).

Nuestra civilización sería entonces, psicológicamente asocial y, a la vez, estructuralmente hipersocial. ¿Qué le incumbe al individuo en todo ello? ¿Dónde radica hoy su dignidad? ¿Cuál es el lugar que le pertenece? ¿En qué espacio puede desenvolverse? ¿Es ese espacio el que le asignaba la democracia, esto es, el espacio de la civilidad, el de la res publica? O bien, ¿el espacio idóneo para el individuo es solo el de la vida privada? Si es así, ¿no habría abandonado el individuo un espacio esencial de posibilidades y desenvolvimiento? (Moreno, 1991: 45).

En la sociedad de individuos somos socialmente nada, a fin de evitar compromisos sociales fuertes y responsables. Maffesoli menciona al respecto: “Al no ser nada estamos más allá de donde se nos espera, somos algo distinto de lo que se cree que somos” (Maffesoli, 2009: 55). He aquí la fuerza y la esencia de la individualización. Así, pues, “ser esta o aquella persona, con nombre propio, identificable y por ello responsable ante los otros, el poder o la sociedad, en vez de ser esta o aquella persona, parece preferible a ser la persona” (Moreno, 1991: 46). Dice Maffesoli “lo que nos permitirá hacernos partícipes de una energía vital primordial ajena a las determinaciones de la singularidad (...) gracias a un saber incorporado” (Maffesoli, 2009).

El valor de la indiferencia por el otro es la piedra de toque de la individualización, y por consecuencia, este existir individual repercute fundamentalmente en la civilidad y en la actividad política. Sin embargo, esta indiferencia se ve empoderada mediante el mecanismo de la subjetividad. Lipovetsky argumenta al respecto: “Hoy cuanto más solícita la subjetividad, más anónimo y vacío es el efecto” (Lipovetsky, 2003). De manera que algo aconteció con la subjetividad “de tal modo que su poder relacional y de apertura ya no se traduce fácilmente en responsabilidad moral, ni generosidad o espíritu solidario” (Moreno, 1991: 50).

El individualismo en la sociedad de nuestra época se manifiesta y se traduce como una especie de ideología que tiene su base en la subjetividad y se expresa comúnmente en la intimidad y en el goce que produce los valores mercantiles. En este sentido, lo que define al individualismo es el ansia de lo que ha llamado Philipp Hersch “quest for fulfillment” (citado por Lipovetsky, 2003: 85) que puede ser traducido bajo la idea de la búsqueda de placer, goce y bienestar. El individuo se convierte en un buscador de ambientes confortables. “El ideal

moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas ha sido pulverizado, el proceso de personalización ha promovido y encarnado masivamente un valor fundamental, el de la realización personal” (Lipovetsky, 2003).

Esta forma de organización tiene grandes repercusiones en el ámbito de la política, en particular con la forma de hacer y organizarse. Esta incapacidad para pensar, escuchar, meditar y reflexionar sobre sus acontecimientos que se desprenden de la actividad política tiene grandes efectos y se manifiestan constantemente en un desencanto paulatino por la misma. Sin embargo, a pesar de la libertad limitada del individuo que le otorgan sus condiciones económicas a través del acceso al consumo, a la información y las diversas formas de seducción que genera el consumismo y el entretenimiento, apertura otras formas de asociación. En lo que respecta a la política, hoy más que nunca vive sumergida en un desencanto constante y permanece bajo el yugo de la agonía. La política ha dejado de ser concebida como el espacio de posibilidad para convertirse en el lugar de lo imposible y considerada a menudo entre los individuos como el lugar de la hipocresía, de la riqueza ilícita, del desgaste, del terror y de la mentira.

Esta situación tiene que ver, en parte, con el triunfo de las democracias liberales, ya que estas formas de gobierno crean sistemas sociales complejos que tientan a los individuos como el espacio de posibles promociones de cualquier tipo y lo orillan a huir de los gravosos compromisos.

En el sistema político de carácter democrático, el individuo es apenas alguien que solo se visualiza en la participación política cuando vota en un lapso de tiempo determinado y después vuelve a su estado natural de rol social. Por lo que el individuo se ve arropado bajo el discurso de mayor libertad limitada y menos política. Pues, al no encontrar otros mecanismos políticos y otras formas de acción política que no devengan de las instituciones del Estado, del sistema electoral, encuentra dificultades para actuar en el ejercicio político. Este augurio crea un ambiente en el que surge un terrible sentimiento paralizante de impotencia, desgane e indiferencia. Las repercusiones son fuertes, ya que este proceso pretende imponer la preferencia por abandonar el sistema social y político, antes que transformarlo.

En suma, podríamos señalar que el proceso de individualización en las sociedades actuales impacta a la esfera política de la siguiente manera: a) convierte al individuo en una especie de narciso que abandona por completo la esfera pública; b) neutraliza los conflictos en beneficio de su seducción y el placer generaliza la indiferencia por el otro; c) niega y desaparece cualquier forma de otredad; y, d) genera individuos que viven al borde del cansancio, de modo que las expresiones de lucha, los estresan, desaniman y, en el peor de los casos, los lleva a dejar de creer en ella.

Hoy más que nunca es preciso replantearse sobre la necesidad de desentrañar la relación entre individuo y política. Pero, sobre todo, identificar de qué manera los valores del mercado, que, a través de la solidaridad productiva, la especialización y la división del trabajo generaron una relación sin relación, dieron lugar a una exacerbada indiferencia por la política.

La transfiguración de la libertad como acción política en el terreno de la sociedad individualizada

¿Cómo la solidaridad productiva, la especialización y la división social del trabajo generan una relación sin relación que desemboca en la competencia; la aparente indiferencia política; ¿y, el desasimiento de todo vínculo social, arropado por la exacerbación de la subjetividad del individuo?

La solidaridad productiva, la división social del trabajo y la especialización crearon un individualismo que adopta una serie de mecanismos y actitudes que lo orillan a vivir en una sociedad, cuya estructura de relación está depositada en los valores del mercado. Experiencia que impulsa la producción de un discurso democrático en el que la libertad “limitada” deviene en la piedra angular sobre la que se legitima una forma particular de organización social.

El mercado, a través de la solidaridad productiva, la división social del trabajo y la especialización no solamente crearon una forma de producir mercancías de manera eficiente, moderna y organizada, también establecieron nuevas formas de vida a través de discursos políticos y corrientes de pensamiento que confeccionaron una vida pública y privada en torno al rol del productor-consumidor.

Por ello, el individualismo que se expresa en nuestra época en sociedades altamente desarrolladas e industrializadas, se caracteriza por estar regulado normativamente y moralmente bajo estándares que devienen del mercado y que se enuncian a través de la competencia, la constante profesionalización y la eficacia cuyo propósito es solventar su bienestar material. Estos elementos permitirán al individuo introducirse en un campo político que pretende otorgar certidumbre, seguridad y bienestar.

Es a partir de este contexto que el individualismo toma mayor radicalidad y tiene su mejor augurio, ya que sus lógicas darán nacimiento a un individuo nuevo, cuyas manifestaciones principales se expresarán a través de la libertad para conducirse por la vida; autonomía para dirigirse ante el mundo; capacidad para pensar sobre sí mismo; e independencia que a través del mercado encontrará para alcanzar sus placeres y deseos.

Para acceder a este tipo de forma moderna, el individuo tendrá que adoptar como una forma de vida el rol de productor. Ya no basta que sea un obrero por tiempo determinado, ni en etapas establecidas. Ahora el individuo debe concebirse como un individuo productor de su destino, de sus decisiones que macaran su rumbo; para ello se debe conducir bajo lógicas que posibiliten ese ideario. Sus relaciones íntimas deben estar reguladas bajo beneficios personales que viabilicen su salud, su comida, su vestimenta, sus diversiones, sus pasatiempos y sus inquietudes deben responder a placeres que se adecuen a la exigencia de sus expectativas y le permita rendir en una sociedad que demanda mayor competencia, profesionalización y eficacia.

Bajo este derrotero, nace el elogio verbal de la libertad que dejará de arrojarse en discursos populistas de políticos o líderes públicos. Ahora el carácter de la libertad se expresará en la sociedad individualizada en hechos y en la vida cotidiana y junto con ello ponen en tela de juicio los fundamentos de convivencia existentes hasta hace algunos años, como por ejemplo: la idea del bien común, del amor para toda la vida, del compromiso social, de la responsabilidad comunitaria, del trabajo seguro, de la certidumbre de la seguridad social, de la ideologías políticas promotoras de un mundo mejor habitable y de la vida digna para todos.

La libertad de la vida cotidiana que fundamenta el mercado y la reinventada democracia liberal que reina en diversas sociedades ha generado un individuo nuevo, cuyo producto deriva en un ser humano ávido de independencia y autonomía, desmoralizado y desterrado

de los viejos valores tradicionales para convertirse en un individuo cuyos valores éticos se encuentran en constante modernización. Esta nueva manera de conducirse el individuo tiene repercusiones en el campo político. Generando un sistema de bondades y contradicciones altamente peligrosas.

La democracia a través de la idea de la libertad se internaliza en el individuo, convirtiéndose en un apotegma que no solo se encuentran en instituciones políticas, en la participación ciudadana o partidos políticos, sino que la idea de democracia en el individuo se convierte en una forma de vida. Por lo que los rasgos de libertad de opinión, de pensamiento, de relación, de innovación, de compromiso y de inquietudes se diversifican y se convierten en los nuevos estándares para promover una sociedad altamente politizada, deseosa, gozosa e involucrada, democrática.

Esta revolución de la libertad, que por un momento fue el ideario moderno de sociedad, trae repercusiones considerables que detonan conflictos latentes. En ese sentido, la libertad que impulsa el mercado y la democracia trae consigo consecuencias involuntarias que no permite desarrollar una cohesión social y una organización política adecuada a las demandas de los demás sectores que conforman a la sociedad.

De ahí que, a menudo existan diversas problemáticas entre generaciones y se hable comúnmente de crisis de valores. Según Ulrich Beck, nuestra época no es que viva sumergida por una etapa de crisis, sino más bien estamos sufriendo de libertades y que a menudo nos vemos en la imposibilidad de entender y explicar de manera adecuada, abandonando nuestros prejuicios al respecto (Beck, 2006).

Al respecto, no es que la solidaridad productiva, la especialización y la división social del trabajo tuvieran como propósito generar mayores libertades y mejores adeptos para una vida mejor y habitable. Estos elementos que eran autóctonos de las sendas productivas encontraron en la democracia una forma de posibilidad para cosificar un individuo que naciera, se educara y se condujera bajo dichos estándares. Los jóvenes y las generaciones que nacieron posterior a la segunda oleada de la globalización tecnológica a partir de la caída del muro de Berlín fueron sus víctimas. “Los hijos de la libertad” (Beck, 2006), como los define Ulrich Beck son la fiel expresión de la sociedad individualizada.

Estas nuevas generaciones están dando lugar a un tipo de sociedad de individuos solos. Estos individuos se encuentran en la imposibilidad de generar relaciones de larga duración, de entablar conversaciones con los otros y los diversos que vayan más allá de interconexiones tecnológicas que facilita el internet y las redes sociales.

Estas generaciones de individuos solos rodeados de estándares mercantiles y democratizadores, viven sumergidos en espacios en los que se reflexiona y se percibe de manera moralmente responsable y conflictiva. Ya que, por una parte, estos individuos se convierten en grupos cada vez más inmanejables e incluso inaccesibles para la acción, pero por otro lado se conmueven por problemáticas que escapan y excluye la política que deviene de instituciones tradicionales. Situaciones como: ¿De qué manera es posible frenar la destrucción global del medio ambiente?, ¿cómo lograr que los animales no humanos no sufran de violencia, abandono y masacre?, ¿cómo puedo vivir y amar sin ser lastimado o herido y no confundirme en el intento?, ¿cómo puedo cambiar mi mundo a través de situaciones que vayan más allá de elecciones y partidos políticos?, ¿cómo asegurar mi vida existencial y material en los años venideros? Escapan de la política tradicional, por lo que los individuos se ven en la necesidad de no creer en lo que la política tradicional promete y profesa.

Bajo esta ranura, la solidaridad productiva, la división social del trabajo y la especialización aprovechan esta posibilidad para generar sociedades de hombres solos y generar una relación sin relación. En ese sentido, bajo estos tres elementos, y la libertad que fomenta las democracias y el mercado posibilitan que la sociedad atravesase por una creciente individualización y tenga repercusiones sociales y políticos.

Estas repercusiones que produce la individualización, la sociedad globalizada y los cambios radicales que impone a la condición humana detona miedos a establecer relaciones duraderas, la solidaridad de los individuos parece depender de los beneficios que generan. Por lo que la esfera comercial deja de ser una opción para pasar a formar parte de toda la vida social pública y privada. El individuo vive en una unión desmantelada, en el cual sus relaciones están mediadas por el costo-beneficio, en donde el consumo y su deseo de placer conforman sus valores y sus conductas.

Esta situación conduce a que las sociedades sean conformadas por hombres solos, pues una de sus características principales es la desunión por parte del individuo para establecer relaciones duraderas, confiables y tolerantes que posibiliten generar ambientes distintos con el objetivo de solventar sus bienes colectivos.

En ese sentido, el individuo conlleva que establecer relaciones mediadas por las lógicas del mercado; la esfera comercial usurpa cualquier forma de relación y los aparatos del consumo se establecen como únicas formas de sociabilidad y libertad.

La solidaridad productiva, la especialización y la división social del trabajo generan una relación sin relación porque generan diversos valores en el individuo, como el consumo y la competencia, para establecer no solamente relaciones de mercado, sino de la misma forma, relaciones sociales, políticas y hasta sentimentales y emocionales que orillan al individuo pensar y conducirse de una forma totalmente distinta a las generaciones anteriores. Esto produce que exista un conflicto de valores, en donde la libertad se convertirá en la piedra de toque para mediar situaciones que tengan que ver con lazos que demanden seguridad, compromiso y responsabilidad de corte sociopolítico, ético y cultural.

Ulrich Beck menciona, “nos enfrentamos, en esencia, no a un derrumbe de valores, sino a un conflicto de valores, a dos conceptos heterogéneos, en estilo y contenido, de sociedad, de política y democracia” (Beck, 2006: 15).

Quienes conforman la sociedad de individuos solos;

Se ven confrontados a un mundo que ya no se divide en dos campos, sino que ostenta una cantidad inabarcable de líneas de ruptura, de saltos y de abismos, entre los cuales nadie sabe muy como orientarse. El futuro se ha vuelto pluridimensional, los modelos explicativos de los mayores ya no se sostienen... Existen muchos enigmas que soluciones y, si nos fijamos bien, las propias soluciones se revelan como costales repletos de enigmas (Beck, 2006: 15).

Por lo que al existir este conflicto de valores que produce la solidaridad productiva, la especialización y la división social del trabajo a través de las lógicas de mercado. La libertad de consumo, la competencia y la falta de compromiso confeccionan el modo de vida de los individuos en la sociedad individualizada.

En consecuencia, las relaciones humanas se desvinculan y se desentrañan, ya que el “sentimiento de inseguridad que esa fragilidad inspira y los deseos conflictivos que ese sentimiento despierta” (Bauman, 2007: 7-8). Provoca que los lazos se estremezcan, pero que al mismo tiempo, se aíslen y se eviten.

“Nuestros contemporáneos, desesperados al sentirse fácilmente descartables y abandonados a sus propios recursos, siempre ávidos de la inseguridad de la unión y de la mano servicial con la que pueden contar en los malos momentos, es decir, desesperados por relacionarse” (Bauman, 2007: 8).

Sin embargo, los individuos de nuestros tiempos desconfían relacionarse, sobre todo cuando esta relación pretende ser para toda la vida, debido a que ese compromiso puede convertirse en una carga y ocasionar diversas tensiones y sufrimientos que no deben soportarse, pero sobre todo porque atentan contra la libertad y el placer de vivir sin ataduras.

“En nuestro mundo de rampante individualización las relaciones son una bendición a medias” (Bauman, 2007:8). Oscilan entre el sueño y la pesadilla. Se han convertido en lazos ambivalentes, caóticos y paradójicos. De tal manera que el individuo antes de ocuparse por el otro, se ocupa fundamentalmente de su propia vida.

Martin Heidegger afirmaba que las cosas se revelan a la conciencia solamente por medio de la frustración que causan, arruinándose, desapareciendo, comportándose de manera inesperada o traicionando a su propia naturaleza. (Heidegger, 2000). El interés de los individuos de nuestra época tiende a concentrarse a sí mismo, pretende buscar constantemente su deseo de satisfacción, de placer y de vida saludable. En ese sentido, la relación sólo es permitido si cumple con estos requisitos. De lo contrario el aislamiento es el camino que hay que recorrer para alcanzar la meta.

El individuo en la sociedad de individuos no promete ni se arriesga a comprometerse ya que ambas condiciones han dejado de significar certidumbre y lealtad. Por lo que el individuo prefiere relacionarse a distancia; ya que en la distancia se asegura la plenitud, la tranquilidad, el bienestar y se asegura la libertad y junto con ello la autonomía y la independencia.

Por lo tanto, a diferencia de las relaciones de parentesco, de pareja, de ideologías políticas, académicas y de cualquier índole que demande compromiso mutuo, el individuo las sustituye por redes de relación.

La red “representa una matriz que conecta y desconecta a la vez: las redes sólo son imaginables si ambas actividades están habilitadas al mismo tiempo. En una red, conectarse y desconectarse son elecciones igualmente legítimas, gozan del mismo estatus y de igual importancia” (Bauman, 2006: 12).

La red augura la libertad, evita la fatiga del compromiso y puede cancelarse en cualquier momento a voluntad cuando estas comienzan a convertirse detestables e indeseables.

A diferencia de la relación, estas por lo regular están cocinadas bajo las ganas, el atrevimiento, por el compromiso de crear algo nuevo o transformar las situaciones. Sin embargo, como los analizamos en el primer apartado de esta investigación, las relaciones que se configuran en nuestra sociedad individualizada se cosifican fundamentalmente en relaciones de mercadeo, en donde la solidaridad productiva, la especialización y la división social del trabajo confeccionan métodos y formas de vida en el cual el individuo adopta prácticas como el hedonismo, la competencia y el derecho a tener insumos de entretenimiento, consumo y diversión.

Por lo tanto, las relaciones que generan estos elementos a través de la individualización, se encuentran mediadas por el consumo y la producción. No solamente de mercancías, sino de sus propias vidas. Los valores del mercado han sido adoptados por los individuos que viven en la sociedad moderna como una forma de vida. En donde la libertad, la autonomía y la independencia se han convertido en los estándares primordiales de existencia social, política, cultural y civilizatoria

Estos nuevos valores que generaron la especialización, la solidaridad productiva y la división social del trabajo en el individuo produjeron que el sentimiento de compromiso y solidaridad social dejaran de significar el hilo de unión de las relaciones sociales y personales.

Establecer compromisos rígidos cuyas relaciones estén mediadas por el carácter del apoyo, la responsabilidad y del arraigo hacia los otros dejó de concebirse como aquellas relaciones de larga duración.

En nuestros tiempos las promesas del compromiso no significan nada para el futuro próximo. El compromiso de nuestros tiempos, según Zygmunt Bauman “es el resultado de otras cosas: del grado de satisfacción que nos provoca la relación, de si vemos para ella una alternativa viable, y de si la posibilidad de abandonarla nos causará la pérdida de alguna inversión importante (tiempo, dinero, propiedades, compartidas, hijos)” (Bauman, 2007: 29).

El compromiso a diferencia del pasado, se ha convertido en un lazo que satisface necesidades y que ayuda a potencializar las metas establecidas por individuo. Estar con el otro, significa invertir dinero, tiempo, dedicación, comprensión, entretenimiento, placer y deseo de superación profesional, laboral y algunas veces familiar. Sin embargo, estas relaciones deben estar equilibradas bajo la idea de libertad personal, autonomía e independencia. Pues lacerar algunos de estos elementos puede conllevar a que la relación fracase.

Una relación “es una inversión como cualquier otra: usted le dedica tiempo, dinero, esfuerzo” (Bauman, 2007:29), cuando el individuo percibe que sus “inversiones” se encuentran en riesgo, las corta por buena voluntad.

En consecuencia, las relaciones que se establecen en el mundo moderno actual deben asegurar por lo menos a corto plazo, acciones que aumenten su valor y la deseche, es decir, las rompe cuando las ganancias comienzan a disminuir o cuando otras relaciones prometen un ingreso mayor.

Si usted invierte en una relación, el provecho que espera de ella es en primer lugar seguridad, en sus diversos sentidos: la cercanía de una mano que ofrezca ayuda en el momento en que más las necesite, que ofrezco socorro al dolor, compañía en la soledad, que ayude cuando hay problemas, que consuele en la derrota y aplauda en las victorias; y que también ofrezca una pronta gratificación (Bauman, 2007:30).

Cuando estas condiciones dejan de satisfacer esas necesidades y placeres, el individuo se ve en la necesidad de evaluar las probabilidades de seguir adelante o cancelar el contrato. Estas relaciones construidas por el costo-beneficio significan un verdadero pesar que se traduce en malestares individuales y que atenta contra a lógica de bienestar, seguridad y placer.

Paradójicamente, estas relaciones resguardan en sí mismas conflictos que se manifiestan en problemas psicológicos, identitarios y hasta civilizatorios, ya que las relaciones no sólo dejan

de cumplir las necesidades, sino que además se convierten en penurias irritantes, enloquecedoras, nostálgicas en dónde el individuo en su aislamiento se encuentra en su búsqueda constante, pero cuando logra establecer lazos íntimos se siente vulnerable y acorralado. “usted buscó esa relación con la esperanza de mitigar la inseguridad que lo acosaba en soledad, pero la terapia sólo ha servido para agudizar los síntomas” (Bauman, 2007: 31).

Considerar a las relaciones como una condición comercial es lo que ha producido a través de los tiempos, la división social del trabajo, la especialización y la solidaridad productiva, las cuales se arrojaron en la ideología del mercado para generar en la sociedad valores que se midieran bajo sus lógicas y mecanismos. En consecuencia, la individualización mantiene a sus víctimas en el acecho de la vida ordinaria confusa, depresiva, desorientada y estresada.

Mientras las relaciones sigan siendo concebidas como inversiones, pretendan garantizar las seguridades y las necesidades personales, el individuo estará sometido a la zozobra de las emociones. Y eso lo hará un ser más vulnerable a la dominación y al sometimiento no solamente de su destino, sino de toda su existencia privada y pública.

La sociedad de individuos solos, en consecuencia, se caracteriza por la soledad, el aislamiento y la confusión, pero a la vez de individuos altamente especializados, con un arraigo por la innovación y con el sentimiento solidario para producir bienes materiales. Bajo el estándar de la libertad para conducirse, con la autonomía para tomar decisiones que beneficien su existencia y con la total independencia para poder lograr sus cometidos.

En consecuencia, las relaciones sociales se convierten en utensilios de consumo con el propósito de generar una afinidad que establezca interconexiones de costo y beneficio con el ánimo de incrementar el placer y acrecentar las necesidades.

Las relaciones como la vida del individuo son concebidas como productores, pero también como consumidores. La ideología del mercado a través de la transición de los valores económicos que confeccionó la división social del trabajo, la especialización y la solidaridad productiva en el individuo ha originado que sus decisiones y sus lazos de asociación se mantengan en la dinámica productor-consumidor.

En consecuencia, las relaciones que establece el individuo se mercantilizan y se depositan bajo la lógica del costo-beneficio, se hacen desechables y el compromiso se lacera con el objetivo de que ésta no atente contra la libertad, la autonomía y la independencia.

Bajo esta dinámica, la esencia de la individualización toma sentido, pues en su naturaleza es concentrar el yo por encima de los demás marcos de socialización que demande compromiso, responsabilidad y solidaridad social. En otras palabras, la exacerbación de la subjetividad del individuo se radicaliza.

Esto trae como resultado que los individuos generen una irrelación. Ya que sus relaciones se convierten en nexos que asientan el placer, el deseo, la satisfacción de la necesidad y la maximización de sus recursos sin poner en riesgo su dignidad, su integridad física, así como sus emociones y sentimientos.

Esto modifica totalmente los valores que las sociedades tradicionales expresaban en su pasado; ya que valores como la solidaridad social, la ayuda al prójimo, la búsqueda de bienestar colectivo queda encubiertas por otras libertades cuyos nuevos valores generan diversos conflictos. En ese sentido, las libertades se democratizan, se transforman y se modernizan. Justo como Beck argumenta: “mientras que en el antiguo sistema de valores el yo debía ser siempre subordinado a las pautas del nosotros (esbozadas por individuos), en el contexto de las nuevas orientaciones surgen entre otras cosas, una especie de individualismo” (Beck, 2007).

El yo antecede al otro y se manifiesta en la sociedad de individuos solos a través de la movilidad. De la misma forma que la lógica del mercado, la vida del individuo debe encontrarse en movimiento constantemente. Para lograr el equilibrio el individuo debe adoptar actitudes y pensamientos que lo ayuden a caminar bajos esos derroteros. Para ello, la especialización ayudará a combatir dichos embates que la globalización y el propio individualismo impone a través de la subsistencia por medio del mercado. En otras palabras, el individuo si pretende vivir para sí, tiene que vivir socialmente a través del trabajo, de las relaciones costo-beneficio, de la innovación de fuentes que maximicen sus recursos materiales y privados y vivir bajo el ideal de la libertad.

“Nadie debe quedar atrapado en la ilusión” (Beck, 2006:19). El individuo en la sociedad de individuos solos encuentra ante sí un mundo en el cual el bienestar, se erosiona (Beck, 2006:189).

La libertad individual, de la misma manera que lo hace los valores del mercado, supone seguridad, bonanza y prolongación de la vida. Tal como lo sostiene Felipe González a través de una cita que utiliza Ulrich Beck en su obra “Los hijos de la libertad”, se lee:

La libertad no es, en general, una aspiración prioritaria del hombre, sino algo que busca cuando otras necesidades están cubiertas... yo creo que el sentimiento prioritario es la seguridad, en ello estamos cerca del instinto de los animales... Si desaparece la seguridad, el sentimiento de la libertad se torna débil y vulnerable (Beck, 2006:19)

Cuanto más rápida sea y más extensa la transformación y la estructura social modifique los fundamentos comerciales de la vida, el trabajo y las relaciones, un tanto mayor será la probabilidad de que los individuos se sientan sobre exigidos y tengan mayores temores a acceder a la libertad prometida.

Quienes padecen este miedo de afrontar la libertad y a “relacionarse” a través del costo-beneficio, más vulnerable y más complejo será que el individuo asegure sus necesidades y seguridades.

Cuenta menos libertad tiene el individuo, tanto más penosa y amenazante se hace, pues al verse enjaulado su condición violenta lo orilla a buscar caminos de libertad. De ahí que no sea raro que, en nuestros días, al individuo no se sienta identificado con antiguos movimientos religiosos, sindicales o partidistas. Además de que la libertad, al ser negada motiva al individuo a convertirse en un sujeto violento, depresivo y conflictivo. Si bien es cierto, que también vivir sin ataduras puede contraer las mismas problemáticas psicológicas y sociales, atentar contra la libertad en la sociedad de individuos solos, es infringir contra una dinámica de organización social, económica, política y cultural, lo que transgrediera a la individualización, y, por ende, a los beneficios que le trae consigo al mercado y a la misma democracia liberal. Ya que la libertad es el corazón que da sentido al status quo de la sociedad moderna.

La libertad más allá de ser un logro que han alcanzado los individuos a través de la historia, se ha convertido en un arma paradójica que se alimenta de ideologías mercantiles, pero que atentan contra la dignidad de los individuos. En consecuencia, la libertad que acoge el individuo es impuesta por las élites que dan dirección.

La vida que cada individuo aparenta escoger no es una forma de existencia que el propio sujeto la haya escogido, sino la existencia del individuo sólo es un principio estructural social y colectivo cuyas condiciones se adaptan a los arquetipos de conducta y pensamiento que impone el mercado, la democratización de la libertad y la ética dominante a través del consumismo, el hedonismo, la indiferencia política y la competencia por obtener mayores recursos que satisfagan las necesidades. Justo como Ulrich Beck menciona, “la vida de cada uno no es una forma de existencia que uno ha escogido, sino un principio estructural social y colectivo” (Beck, 2006:30).

El individualismo tal parece que se sitúa en la conducta del sujeto de forma programada e inducida a través de instituciones como la ley, la educación, el mercado, los espacios laborales, el entretenimiento, la publicidad y el consumismo a través de marcos de referencia predeterminados por estructuras políticas y económicas que se expresan a partir de la democracia liberal y la globalización a través del neoliberalismo.

Esta situación repercute drásticamente en la conformación de movimientos y grupos que despierten un cierto fervor por el compromiso, la responsabilidad y la solidaridad social, ya que el individuo a percibirse liberado, pero sobre todo mediado por relaciones de costo-beneficio posibilita sociedades de individuos aislados y distantes. En consecuencia, otra característica de este tipo de sociedades es que el individuo desarrolla identidades desincrustadas liberalizadas.

Con el declive de la clase y los grupos de estatus, el individuo debe convertirse en agente de su propia identidad. El individuo, no su clase social, se convierte en la unidad de reproducción de lo social en su propio mundo vital. Los individuos tienen que desarrollar su propia biografía y organizarla en relación con los demás (...) Junto a este liberar a los individuos de las trabas tradicionales, se produce una nueva estandarización mediante la dependencia del individuo del mercado laboral. Esta individualización y estandarización simultáneas de nuestra vida no es sólo una experiencia privada. Es institucional y privado. El

individuo liberado se vuelve dependiente del mercado laboral, y por ello mismo, dependiente, por ejemplo, de la educación, el consumo, las ayudas del Estado de bienestar, y finalmente, de las posibilidades –y modas- de la atención médica, psicológica y pedagógica. La dependencia del mercado se extiende a todos los ámbitos de la vida (Beck y Beck-Gernsheim, 2003: 340-341).

Justo como lo señalaba Georg Simmel, el dinero individualiza, cosifica, estandariza y globaliza (Simmel, 2000). Esta situación fomenta el deseo de construir una vida propia en el cual la fe laboral por generar nuevos mecanismos de subsistencia cubra, al menos, las carestías y aspiraciones que los individuos mantienen durante el desarrollo de sus existencias.

La solidaridad no significa construir un mundo posible a partir de equipos e instituciones políticas como, por ejemplo: la militancia partidista, las agrupaciones civiles sin fines de lucro o desde la buena intención por modificar la realidad social desde el pensamiento, la reflexión, la acción y la crítica. La solidaridad significa, en la sociedad de individuos solos, involucrarse con el otro para establecer relaciones laborales, constituir un gremio que permita abrir nuevos mercados y competir junto con otras empresas en la escena nacional e internacional. Ya que, de esa manera, el aquejo, la falta de seguridad, pero sobre todo, el cumplimiento por satisfacer el deseo y la necesidad de subsistir es un asunto que involucra acción y decisión, por lo que el mercado es la vía necesaria para conseguir el objetivo.

Este rumbo abre el camino hacia diversas transformaciones especialmente en el ámbito de la educación, la sexualidad, la tecnología y la ciencia, pero que paradójicamente, se mantienen más en la conciencia de la gente que en conductas y condiciones sociales. Lo que posibilita que el individuo se mantenga asediado a los cambios que demanda el mundo.

Aunque pareciera que hoy más que nunca el individuo viviera en un estado pleno de libertad, esta condición posibilita de forma más radical el control individual, social, cultural y político.

Justo como lo habían visualizado Aldous Huxley en *Un mundo feliz* y 1984 de George Orwell. Casi como una fotocopia de lo que describen ambas obras, acontece en el mundo real de la sociedad de individuos, en nuestra época la libertad individual atraviesa por una serie de apariencias en el cual el individuo se percibe como un sujeto libre y autónomo, pero que paradójicamente, vive atado sobre un látigo que lo demanda a obedecer órdenes y seguir

rutinas prefijadas; es un mundo en donde una pequeña elite mueve los hilos del mundo bajo un contexto de peligros latentes amenazados por guerras nucleares, genocidios, con líderes políticos fascistas, escases de alimento, agua y recursos naturales.

Si bien pareciera que este panorama es un tanto fantástico o describiera la trama de una película de terror o de ciencia ficción, la sociedad de individuos solos, se caracteriza, además de riesgos continuos que en gran medida han sido impulsados por el propio capitalismo a través de la lógica del mercado impulsado por proyectos políticos.

No obstante, para evitar la desgracia, el individuo se encuentre en constante manipulación y bombardeo de elementos que desorientan su pensamiento, sus ocupaciones y responsabilidades. Dejando de lado las problemáticas que lo aquejan en sociedad, para ocuparse primordialmente de su situación privada.

En ese sentido, la división social del trabajo, la especialización y la solidaridad orgánica se ha depositado en la psique del individuo y se ha convertido en el carácter fundamental de la vida social moderna que se expresa a partir de los valores del mercado y da paso a nuevos valores que permiten un tipo de sociabilización modelada por relaciones comerciales.

Estas categorías permiten que el individuo se conciba como consumidor y productor de su existencia. Por lo tanto, para sobrevivir es necesario que el individuo organice su vida en torno a patrones productivos.

Estos roles permitirán generar en el individuo sueños, aspiraciones, deseos, esperanzas, despertares utópicos vinculados al emprendimiento y la creación de nuevos espacios laborales. En consecuencia, la libertad para poder alcanzar la vida deseada traerá consigo consecuencias psicológicas, éticas y culturales. En donde la conformidad será aquel valor a desafiar con el objetivo de alcanzar el éxito preestablecido, y que por lo regular, se encuentra en la senda profesional, laboral, académica y empresarial.

Para alcanzar el sueño, es necesario que el individuo organice su vida alrededor de marcos de referencia en donde el sujeto pueda actuar libremente en el campo de la seducción, del deseo, del placer, del entretenimiento y del goce. Esto posibilitará la formulación de imaginarios individuales y colectivos a la idea del lujo y la libertad.

El lujo y la libertad se convierten en los dispositivos para convertir el lujo de hoy en la necesidad del mañana. Y, en consecuencia, las relaciones que el individuo origina en la sociedad de individuos solos están confeccionadas por circunstancias que posibiliten ambas condiciones.

De ahí que no sea raro percibir en nuestros días relaciones que se establezcan bajo el valor primordial de la libertad; ya que la libertad posibilita el lujo del deseo en la relación, el cumplimiento del placer a través de la necesidad y la reproducción de la vida ligera sin ataduras y compromisos. Bajo este contexto se desarrolla el ideal de plenitud en la sociedad individualizada.

Contradictoriamente, libertad y plenitud generan problemáticas que se expresan a partir de depresiones, frustraciones, miedos e incertidumbres. Ya que el individuo sufre por no ser capaz de poseer el mundo completamente.

Albert Camus señalaba, “salvo por algunos vívidos momentos de plenitud, para ella toda realidad es incompleta. Sus acciones se les escapan bajo la forma de otras acciones, vuelven, bajo disfraces inesperados, a juzgarla, y desaparecen, como el agua que Tántalo anhelaba beber, por algún agujero invisible.” (Camus, 1996: 226).

Esta situación que genera la libertad a través de la lógica del mercado y de las inestables relaciones que establece el individuo. Origina que las identidades se hagan flexibles y manipulables. En ese sentido, la división social del trabajo, la solidaridad productiva y la especialización encubren los valores que dan fortaleza a la integridad del individuo y las transforma en aparatos de escape para dar sentido a su existencia. Es decir, adopta estas categorías que devienen del capitalismo y las adopta como una forma de vida para dar sentido a su destino.

Dadas estas situaciones de volatilidad e inestabilidad es como se confecciona y se conduce la sociedad de individuos solos, ya que todas “las i-relaciones” que se inventan están conducidas por la dependencia del consumo con el propósito de satisfacer las necesidades individuales y al mismo tiempo mantener en apariencia la condición de ser totalmente libres.

La libertad que impulsa la individualización es genuinamente elegible. Y, por ende, se convierte en un elemento que se vende y se obtiene a partir del dinero, del estatus y las

posibilidades que brinda el mercado. Bauman argumenta, “el carácter genuino de la libertad de elección del consumidor, especialmente su libertad de autoidentificarse por medio del uso de productos masivos y comercializados, es un tema discutible. Esa libertad no existe sin las sustancias y los materiales abastecidos por el mercado” (Bauman, 2009:90).

En la sociedad de individuos solos, la libertad se limita a la compra y la producción de bienes materiales. Ser libres significa tener recursos para consumir y, a su vez, estar preparado para producir lo que se consume. El manejo de ambas aptitudes y actitudes se traduce en prácticas de plenitud que individuo busca constantemente. Para ello se educa, se especializa, adopta valores como la solidaridad productiva y aprende a relacionarse con el otro para dividir el trabajo y maximizar sus ganancias.

La libertad que impone la lógica del mercado segrega e incluye. Ya que la libertad que ésta promueve sólo puede ser alcanzado por algunos, por lo regular para quienes se adaptan a los rápidos cambios que genera la propia globalización. Para estar preparado es necesario que el individuo se mantenga a flote a través de la especialización y la capacitación constante. Sólo de esta forma, el individuo podrá seguir permaneciendo a un estatus y en la lógica de la libertad. De lo contrario, se convertirá en un individuo negado, invisilizado, sojuzgado y exterminado.

Como señala Jeremy Seabrook. “los pobres no viven en una cultura diferente de la vida de los ricos. Deben vivir en el mismo mundo creado para beneficio de los que tienen dinero. Y su pobreza es agravada tanto por el crecimiento económico como por la recesión y la falta de crecimiento” (Seabrook, 1988: 168-169).

El arte de elegir es la condición esencial de la vida social moderna, pero, sobre todo, se convierte en un principio fundamental de la individualización. En otras palabras, en la sociedad de individuos solos, la vida es de quien la elige y junto con ello la libertad y sus posibilidades. No obstante, esta vida está colmada de riesgos, equivocaciones, miedos y malas experiencias.

La vida de quien elige siempre será una bendición a medias, aun cuando (o más bien porque) el rango de opciones es amplio y el volumen de ambas experiencias parece ser infinito. Esta vida está colmada de riesgos: la incertidumbre está condenada a convertirse en una

permanente mosca en la sopa de la libre elección. No todas las opciones que se ofrecen son realistas, y la proporción de opciones realistas no está determinada por el número de ítem a elegir sino el volumen de los recursos de los que dispone (Bauman: 2009:94).

El mercado ha hecho de la libertad un objeto que se puede elegir siempre y cuando existan recursos de por medio. “Tener libertad significa soportar las consecuencias de las malas elecciones, y por lo tanto, la libertad del atributo menos deseable de la vida de elección” (Bauman, 2009:96). En ese tenor la libertad se reduce a una simple opción y en una condición del más fuerte para movilizarse, especializarse y flexibilizarse. El individuo se convierte en un ser polifacético y multidinámico cuya capacidad debe soportar y resolver todas sus responsabilidades y al mismo tiempo satisfacer sus necesidades y seguridades.

Este contexto permite desarrollar un individuo de apariencias, similitudes y de nociones que simulan ser saludables para su existencia, pero que, a la vez, sustraen un arma de doble filo. Pues el exceso de oportunidades acrecienta la desestructuración, la fragmentación y la desarticulación. De esta manera, el individuo a partir de la adopción de valores del mercado que devinieron con el tiempo de la especialización, la solidaridad productiva y la división social del trabajo produjo un desasimiento de todo vínculo social y que sustrajo el compromiso, la solidaridad y responsabilidad social con el ánimo de construir mejores mundos posibles en relación con los otros. Y en donde la libertad, más allá de convertirse en un estandarte de dignidad y felicidad pública, se transformó en un mecanismo opcional que facilita al individuo obtener beneficios centralizados en el consumo y la producción. Cuyas expresiones desembocan en la competencia por subsistir y obtener mayores beneficios que se adecuan en el consumo. Y que, sin duda, estas prácticas tienen repercusiones importantes en el ámbito de la política.

No obstante, este contexto permite construir un nuevo ideal de libertad y mundo posible en donde la sociedad de individuos se reconfigure hacia nuevos escenarios tangibles a través de la condición de la acción política.

De esta manera, la desvinculación de toda relación sociopolítica y personal, desde nuestra óptica, puede reconfigurarse a través de la crítica y la toma de conciencia a partir de la transgresión del ideal de libertad que establece el mercado a través de la acción plural y política. Y junto con ello, conceptualizar la categoría de libertad, no asumida a modelos

mercantiles productivos, sino trasladarla hacia los espacios de composición social, política y cultural que se sanearan a partir del compromiso, la organización y la responsabilidad en relación con los otros individuos.

Este contexto admite abrir un intersticio que permite la posibilidad de crear una realidad política distinta a pesar de la ideología de la individualización que se fundamenta constantemente en la vida ordinaria del individuo a través de la solidaridad productiva, la división social del trabajo y la creciente especialización, así como de los valores y actitudes que de estos elementos se han desprendido, como por ejemplo: la indiferencia política, la competencia y las relaciones basadas a partir del costo-beneficio.

Alcanzar este nuevo derrotero, considero que es posible a partir de la idea de libertad concebida como acción política, cuyo propósito sea la confrontación de las diversas lógicas de organización y desvinculación social que impone la solidaridad productiva, la división social del trabajo y la especialización y que desemboca en un abandono de toda forma de sociabilidad.

Si bien estas categorías (la solidaridad productiva, la especialización del trabajo y la especialización), cosifican en el individuo conductas que se expresan a partir del hedonismo, el narcisismo, el egoísmo, el consumo, la indiferencia política y la falta de compromisos sociales. Estos elementos no solamente ponen en jaque los viejos valores morales que en el pasado habitaban y formulaban una especie de cohesión social, sino que a través de la libertad que promueve el mercado se crean otros valores que se convierten en estandartes en la vida moderna.

En consecuencia, la autonomía, la independencia, la búsqueda de la felicidad privada y el egoísmo producen una revolución que se internaliza en el individuo y se convierte en ideologías produciendo individuos solos e aislados que se relacionan a partir de interconexiones sin ningún compromiso posible de larga duración. Lo que lacera de forma importante la construcción de lazos y vínculos sociales sólidos y permanentes.

Esto genera la creación una libertad limitada fundamentada por los valores del mercado, ya que tanto la solidaridad productiva, la especialización del individuo y la división social del trabajo se convierten en mecanismos que construyen significados y que se depositan en la

psique del individuo dando forma a un tipo de racionamiento, y por ende, una forma de relacionarse con su mundo y con los otros de forma personal, social y política.

Estos elementos que devienen de la productividad económica anulan por completo al individuo frente al otro negando su capacidad sensible y su condición humana para construir otros mundos posibles a partir de acciones políticas que salvaguarden su existencia y la de los diversos.

Por lo tanto, el sistema político que se construye y se empodera en la sociedad moderna es pensado independiente del sujeto, ya que a partir del discurso democrático y del sistema económico capitalista se edifica un régimen de metas individuales que deben ser eficaces y alcanzables para quienes integran y forman parte de este sistema de organización social, financiero y político. Que se posibilita a partir de la sensibilización por parte del individuo para especializarse y solidarizarse productivamente dejando de lado sus compromisos colectivos.

En ese sentido, el sistema económico capitalista a través de las categorías enunciadas (solidaridad productiva, a división social del trabajo y la creciente especialización del individuo), posibilitaron a través de los estándares que genera la individualización la creación de una ideología que se enclaustra en el ideal de la libertad de tipo mercantil y productivo para garantizar una forma de organización con el propósito de salvaguardar el capitalismo competitivo (Friedman, 2003).

El capitalismo para garantizar un tipo de libertad construyó a lo largo de los años un conjunto de valores e instituciones políticas que se depositaron en el ideario de la democracia liberal. Dichos valores como la libertad de producción y de asociación fueron depositados con el traspaso de la especialización, la división social del trabajo y de la solidaridad productiva a la vida social y privada del individuo, lo que lo condujo a generar otras y nuevas formas de relación. Dichas expresiones, en la actualidad se pueden encontrar en conductas que desembocan en una especie de irrelación subordinadas a partir de la falta de compromiso, el narcisismo, el consumo y la búsqueda incesante de placeres que se pretende alcanzar a partir del acceso al entretenimiento, la diversión y el relajamiento.

Uno de los principales exponentes del afamado neoliberalismo, Milton Friedman afirma en sus reflexiones:

El sistema económico juega un papel dual en la promoción de la libertad. En primer lugar, la libertad económica, en sí misma, un componente esencial de la libertad general (...) en segundo lugar, la libertad económica es un medio para la libertad civil o política. Al permitir una efectiva separación entre el poder económico y político, reduce los costos de la idiosincrasia política y proporciona numerosos centros independientes de potencial oposición a la superación de la libertad (Friedman, 2003: 1).

El “capitalismo competitivo” (Friedman, 2003), hizo de la libertad económica la base de todas las libertades impulsadas a través de aparatos que estableció la propia democracia liberal. Ambos elementos posibilitaron el medio para construir una libertad civil y política bajo estándares que son mediados bajo reglas y lógicas mercantilistas.

Los individuos deben responder a este modo de vida para cumplir su rol como individuos responsables y comprometidos con sus causas y placeres privados. En ese sentido, para orillar al individuo a responder a este paradigma, es necesario que el individuo adopte los valores capitalistas que se desprenden de la división social de trabajo, la especialidad y la solidaridad productiva y lo lleve a la práctica en cualquier espacio de convivencia. Por lo que la coerción de la ley se convierte en el aparato idóneo para que los individuos coordinen sus actividades productivas, sociales y políticos, pero sin atentar contra las libertades de los otros, lo que produce que el individuo conciba su existencia como un mecanismo que debe adaptarse a las técnicas del mercado para sobrellevar su existencia hacia derroteros más dignos, seguros y confiables en donde la actividad y libertad política sea último fin.

Esta idea fue bien acuñada desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, en donde los principales escritores liberales tales como Dicey, Hayek, Simóns, Ricardo y Smith, sólo por mencionar algunos, subrayaron que la libertad económica es un medio para lograr una libertad política, y donde la ley se convertía en un punto de semblanza entre los quehaceres cotidianos y las actividades políticas de los individuos.

El modelo de sociedad organizada, desarrollada y progresista se daba bajo los idearios de la solidaridad productiva, la especialización y la división social del trabajo dando como

resultado un homo economicus y una sociedad de libre empresa con libertades que son posibles a partir de la consolidación del capitalismo competitivo.

La libertad que estableció los valores del mercado se convirtió en el punto medular para que el individuo reconociera su interdependencia con su libertad individual. De ahí que no sea raro que hoy más que nunca el individuo se perciba como un sujeto solidario y dependiente de los otros para crear bienes materiales, pero sin atentar contra su propia libertad de asociación, placer o goce y sobre todo sin atentar contra las libertades de los otros. A este acto se le reconoce bajo la dinámica de los derechos del individuo.

En consecuencia, la sociedad de individuos solos se construyó a partir de la coordinación de la solidaridad productiva, la creciente especialización que el mercado demanda y la aún manifiesta división del trabajo a partir de la cooperación voluntaria para transformar e innovar diversos espacios de subsistencia, pues a partir de esta situación, fue como el discurso de la libertad y de la felicidad privada se convirtió en la piedra de toque de la sociedad individualizada.

Es por ello que en nuestra época los individuos que viven inmersos en este tipo de sociedades, conciben liberarse como “deshacerse de las ataduras que impiden o constriñen el movimiento, comenzar a sentirse libre de actuar y moverse. Sentirse libre implica no encontrar estorbos, obstáculos, resistencias de ningún tipo que impidan los movimientos deseados o que puedan llegar a desearse” (Bauman, 2002: 21). La realidad del individuo es creada por el acto de deseo (Schopenhauer, 2002). Lo que implica encontrar un equilibrio entre las aspiraciones, la imaginación, la capacidad de actuar e innovar en un mundo competente, especializado y polifacético. Sin embargo, este equilibrio repercute de manera paradójica acrecentando sus dilemas, pues por una parte el individuo se percibe ávido de motivación para cambiar sus realidades, pero por otra parte su liberación se distingue como un acto vacío y carente de estimulación para cambiar sus necesidades con los otros, ya que los medios para hacerlo son limitados, complejos y caóticos sobre todo si se decide hacerlo desde los terrenos de la actividad política, pues la vida del individuo está cosificada para emprender otras expresiones de solidaridad y de acción. “Mientras se mantenga efectiva este tipo de libertad, el elemento central de este tipo de organización consistirá en que el individuo

no interfiera con otras actividades, volviéndose un consumidor y productor” (Friedman, 2003: 5).

Las libertades económicas que proporciona el mercado incluyen a la libertad de aprovechar al máximo los recursos, siempre y cuando no afecten la libertad del otro. Para ello el individuo deberá acrecentar su especialización de su fuerza de trabajo, así como también, desarrollar su capacidad de convencimiento para involucrar más individuos a través del discurso solidario con el propósito de mejorar la vida material privada del individuo.

En consecuencia, todo está mediado por estándares mercantilizados que devienen de la dinámica capitalista lo que produce una sociedad de hombres solos que se interconectan bajo el estandarte de la libertad que establece el mismo mercado. Tal parece que la vida del individuo está abarcada en su totalidad por la esfera comercial lo que ocasiona que “las relaciones, los riesgos y angustias de vivir juntos y separados son siempre pensados en términos de costos y beneficios” (Bauman, 2003).

Este panorama es el escrutinio de la individualización, ya que este fenómeno consiste en transformar las relaciones humanas en una simple tarea que hay que llevar a cabo para emprender un camino de libertades y autonomías fundamentadas en quehaceres económicos cuyo propósito sea satisfacer placeres, goces, deseos y fines privados.

Con esto, las sociedades de hombres solos se caracterizan por humanos que “ya no nacen a su identidad” (Sartre, 1990). No basta con nacer burgués o pobre, hay que vivir o aspirar a existir como burgués. “La necesidad de transformarse en lo que uno debe ser constituye la característica de la vida moderna” (Bauman, 2000: 27).

Tal parece que la individualización y la sociedad de individuos solos que generó el capitalismo globalizado a partir del traspaso de la vida mercantil a la vida social a partir de la división del trabajo, la especialización y la solidaridad productiva ha llegado para quedarse y reproducirse hasta el final de nuestros días, “ya que todo razonamiento acerca de los medios para hacer frente a su impacto sobre el modo que llevamos adelante en nuestras vidas debe partir del hecho de la aceptación de ese hecho” (Bauman, 2000: 43).

No obstante, este panorama permite desnudar la esencia de la libertad impulsada por los valores del mercado a través de diversas significaciones relevantes que pueden ser tomados

desde la rinda filosófica teniendo un notable impacto de trascendencia. Sobre todo, cuando la libertad se ejerce y se concibe como un elemento que transgrede la realidad política a partir de otras cosmovisiones que tienen que ver con el carácter de la acción política.

Este intersticio admite la introducción de una categoría que es viable abordar desde la concepción arendtiana, cuyo propósito vulnera lo que hasta el momento parece inevitable e inamovible; dicho elemento es la categoría de libertad concebida como acción política (Arendt, 1993).

Considero que es a partir de esta situación lo que permite abrir nuevos espacios para construir una nueva realidad política, social, cultural e individual distinta que ponga en entredicho el fundamentalismo de la libertad que impone los valores del mercado en el actual proceso de globalización y que son expresadas a partir de los valores que se desprenden de la división social del trabajo, la especialización y la solidaridad productiva.

La libertad referida como acción política tiene como propósito repercutir en la vida del individuo a través de la construcción de otras formas de relación cuyo nexo fundamental sea la conquista de bienestar privados y colectivos; que atente contra una sociedad constituida por hombres solos e aislados justo como lo promueve los valores del mercado a través de la libertad limitada que impulsa la división social del trabajo, la especialización y la solidaridad productiva.

En ese sentido, la dimensión de la libertad asumida como acción política plural tiene sus supuestos a partir del pensamiento de Hannah Arendt entendida como “el espacio establecido por muchos y en el que cada cual se mueve entre iguales” (Gaviria, 140: 2013). Para Arendt la libertad; no se refiere a un modo de ser, una virtud o un virtuosismo, sino más bien a un don supremo que recibe y se manifiesta en las diversas actividades que experimenta (Delgado, 2016).

Se trata de un concepto que es compuesto a partir de dos categorías fundamentales: la pluralidad de los hombres iguales en el diálogo, pero diferentes en cuanto a percepciones que tienen del mundo, y, por otro lado, la idea de natalidad como posibilidad de comenzar algo nuevo (Gaviria, 2013). Bajo esta óptica, a diferencia de la libertad limitada que impulsa y promueve los valores del mercado que fundamenta a la individualización como arquetipo de

socialización y organización social, la libertad política colectiva vendrá a reconfigurar el ideario individual sobre el sentido de la acción política, así como su relación y compromiso con los otros y los diversos. Pues mientras la libertad limitada atenta contra la creación de algo diferente en cuanto a organización política y modos de relacionarse con los diversos; la libertad política colectiva supondrá el comienzo de la realización de algo nuevo, el inicio que anima e inspira todas las actividades humanas” (Delgado, 2015:65). Por lo cual, este tipo de libertad al transgredir lo socialmente establecido a través de los efectos de la división social del trabajo, la especialización y la solidaridad productiva, la libertad política será como “comienzo manifiesto en el acto de fundación” (Arendt, 1991:1).

En consecuencia, la acción no es una actitud pasiva contemplativa direccionada hacia los mecanismos mercantiles cosificada a través de la especialización, la división social del trabajo y solidaridad productiva, sino, más bien, es una forma posible de cambiar las realidades de los individuos a través de la acción política.

La acción humana es inicio de una cadena de acontecimientos; los humanos tenemos el extraño poder de interrumpir los procesos naturales, sociales e históricos, pues que la acción hace aparecer lo inédito (...) de modo que la acción a diferencia de la conducta, no se medirá por su éxito histórico, sino por este gesto de inicio de innovación (Arendt, 1997: 19).

Actuar significa exponerse ante los otros y los diversos, es “hacer aparecer por primera vez en público (Arendt, 1997:20). Es nacer como ciudadano en su condición plural de sujeto, agente y actor político. Es en este momento cuando la libertad transgrede a la sociedad de individuos solos e aislados que genera la individualización para pretender hacer otros esquemas de organización y socialización con el único propósito de fundar otras realidades en la búsqueda constante de obtener beneficios mutuos y solidarios.

En la actualidad, la vida política pareciera estar lacerada por las diversas interconexiones que, a partir del uso exacerbado de la tecnología, el consumo y el interés privado imposibilitan una sensibilidad por los asuntos públicos y el interés colectivo.

Bajo este panorama, la libertad que impulsa el mercado se desarrolla y se germina constantemente bajo un modelo discursivo arropado a través de imaginarios democráticos en la existencia del individuo. Esta forma de libertad aparece a partir de condiciones que

posibilitan actuar, pero que paradójicamente, se puede hacerlo bajo estándares establecidos por la élite política y económica. En ese sentido, la libertad que profesa el mercado y en donde se reproduce la individualización es limitada.

La libertad limitada aparece en la senda de la política como ejercicios electorales, el cual el individuo es libre si tiene la capacidad de decidir, elegir e involucrarse con los otros si cuenta con la disposición de disipar y votar periódicamente por un personaje público. Esta forma de actuar y de participar por las cuestiones públicas es promovida por las élites que se representan y se consolidan en las democracias liberales en el mundo.

En el modelo actual del proceso de globalización, las estructuras que confecciona y dan fundamento a la política; aparecen nuevas formas de control que soslaya los comportamientos de los individuos. En ese sentido, las diversificaciones de los modos de vida, las creencias, los roles y la existencia privada ingresa en una fase donde la libertad limitada que promueve los valores del mercado tendrá su mayor adeptos y atentará considerablemente contra la libertad como acción política colectiva. Esto se debe, fundamentalmente a la base psicologista con el cual ha sido creado el individuo moderno.

El sujeto individualizado cree en la necesidad de estimulación y de autonomía para exaltar sus bienes y su sensibilidad humana, para ello, el individuo a través de la habida información con la que se encuentra, genera nuevos valores morales que se materializan a través del culto por lo natural, por la cordialidad no comprometida, a la indiferencia con apariencia de tolerancia y el derecho al libre acceso al entretenimiento y recreación. Esto es lo que caracteriza a la sociedad de individuos solos y aislados

En consecuencia, la individualización implica una forma de organizarse, de comportarse y de pensar. En el cual la libertad del mercado se caracterizará por estar vaciado de acción política, de compromiso y responsabilidad con los otros y se convertirá en un principio de legitimización y de nuevos valores de relación que confeccionará una forma de sensibilidad y expresión individual expresados a través del hedonismo, el respeto por la indiferencia, la liberación sexual, el relajamiento, la libre expresión, el entretenimiento, la cultura emprendedora, el sentimiento ecologista, el sentimentalismo por los animales no humanos, el egoísmo, entre otros. Estas actitudes vendrán a asumir un individuo capaz de vivir sin cadenas, percibiéndose como un ser aparentemente autónomo e independiente.

El derecho a tener libertad limitada se encuentra en las costumbres y en la vida ordinaria. Lo que causa que las formas de existencia no tengan tabúes rígidos de comportamientos, se aniquilan los ídolos, se exagera el consumismo y se actúa bajo un espacio que se percibe vacío de toda consideración y compromiso (Lipovetsky, 2003).

Esta forma de vida es el resultado de una serie de mutaciones sociológicas que se desprendieron de los valores del mercado y que mantuvieron su base a partir de la solidaridad productiva, la creciente especialización del individuo y la división del trabajo.

Estas categorías permitieron la mutación de diversos valores morales, que, como la libertad, sirvieron para fundamentar su método en la vida social, política y cultural del individuo. Pues ambos elementos permitieron involucrar a los sujetos parámetros de conducta y discursos psicologistas que dieron como resultado un individuo acechado a comportarse como el mercado lo demande, y así mismo, mantener aspiraciones con sed de éxito a través de patrones mercantilizados. De ahí que diversas personas en nuestros días asemejen el éxito con la abundancia material, el tiempo para relajarse o para emprender algún tipo de negocio que genere seguridad familiar.

Justo como Gilles Lipovetsky menciona:

Estos elementos ampliaron la necesidad de multiplicar las posibilidades de existencia a través de la diversificación de elecciones establecidas por las élites económicas y políticas, anularon los puntos de convergencia que daban lugar a una identidad colectiva y dieron paso a una cultura despersonalizada o hecha a la medida de las necesidades, con el fin último de autorealizarse individual, pero no colectivamente (Lipovetsky, 2003: 25).

Esto tipo de conductas ha dado brecha a un tipo de relaciones selectas. El individuo se reúne con el otro porque se parece a él, manteniendo sus mismos intereses y propósitos. En ese sentido, la solidaridad no solamente tiene que ver con la capacidad de producción, sino también con los objetivos existenciales: crear nuestra propia empresa, desarrollar lugares de trabajo o generar grupos que satisfagan intereses personales, constituyen una forma de relacionarnos con los otros.

En la sociedad de individuos se vive con el permanente deseo de información y de expresión. El individuo se convierte en interlocutor de lo que le mortifica, y al mismo tiempo, desea ser escuchado y asimilado. Por lo que se ve en la necesidad de especializarse para diferenciarse del otro. La espacialidad, en el mundo de la individualización toma sentido cuando cada individuo debe sentirse único para actuar, para opinar, para relacionarse, y a su vez, posicionando su autonomía e independencia sin algún lazo de compromiso o afectación por el otro.

En otras palabras, el individuo es libre de decir, pero no de criticar, es libre de relacionarse, pero sin afectar la dignidad del otro, es libre para pensar, pero sin poner en jaque el estatus quo. Al final, el individuo se percibe como un ser realmente autónomo, pero con marcos de comportamientos establecidos. En consecuencia, este panorama no es más que otra expresión de la libertad limitada que promueven los valores del mercado.

Lo que respecta a la división del trabajo, produce una sociedad con valores mercantiles tutelados por la producción y el consumo de mercancías. La oferta y la demanda se expresan a partir de la cultura de la innovación.

Lo nuevo constituye la piedra de toque de la sociedad de individuos, por lo que las personas deben adaptarse a los cambios veloces que se establecen en el mundo. Este ambiente crea individuos inmersos en seducciones continuas, viéndose en la necesidad de especializarse con mayor frecuencia para adaptarse a las transformaciones que se imponen en el nuevo orden social. En consecuencia, la solidaridad productiva, la especialización y la división del trabajo generan que las estructuras de todo el sistema organizacional se conviertan en arenas movedizas, cuya libertad limitada de actuar detone inestabilidad, incertidumbre y miedos latentes.

Es así como la libertad limitada, se convierte en un marco de referencia donde se deposita un discurso de felicidad paradójal orientada hacia las referencias culturales de los individuos. En este terreno sus consecuencias y efectos se invisibiliza y se construyen otros imaginarios colectivos cuyas sensaciones aparentan tener mayor posibilidad de bienestar individual. Estos discursos que predominan en las sociedades democráticas liberales modernas actuales, posibilitan que el proceso de individualización se desarrolle de forma continua y ordinaria. Por lo que hay una afectación considerable en las sendas de la acción política.

Este contexto permite cuestionarse sobre una vieja, pero pertinente interrogante que ocupó el tiempo de una parte del pensamiento de Hannah Arendt, ¿tiene la política todavía algún sentido (Arendt, 1997:61) en un mundo que parece desvinculado y fragmentado de todo tipo de relación?

Para explicar la respuesta a esta interrogante, antes es necesario desarrollar la idea de libertad política [colectiva] que, para términos de nuestra reflexión, servirá para contraponer a la libertad limitada que impulsa los valores del mercado.

El concepto de libertad política en Arendt, se presenta como un “concepto polisémico que permite a sus lectores penetrar diferentes contextos históricos, con el objetivo de hacer frente a la dominación total para conservar, lo que ella ha llamado en “La promesa de la política” el milagro de libertad” (Arendt, 2007). Arendt, además de ser una teórica de la política, también es una curiosa de exponer otros modelos de libertad que el tiempo fueron adquiriendo diversos significados, por ejemplo. En Roma, “ser libre y comenzar están conectados de forma distinta: la libertad es un legado de los fundadores de los maiores de la ciudad heredado por el pueblo que lo tiene que aumentar (Arendt, 1990:82). La libertad, bajo este contexto se daba a partir de un consenso explícito que era adoptador por los maiores y éstos debían incrementarla como el compromiso político que significaba ante todo preservar la fundación de la ciudad de Roma y hacer de ella un pueblo magnánimo.

En el artículo que publicó Hannah Arendt intitulado ¿Qué es la libertad? publicado en la obra Entre el pasado y futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política (1961), nuestra autora advertía que preguntarse por la idea de libertad pareciera ser un telos sin esperanza,

La libertad, según Arendt,

Resulta ser un espejismo cuando la psicología observa lo que, supuestamente, es su campo más recóndito, lo que pone en juego es una enorme cantidad de causas, factores y motivaciones que en muchos casos, aún se encuentran ocultas en la naturaleza de cada individuo y que la mente tendrá que hacer un enorme cantidad de causas, factores y motivaciones que en muchos casos, aún se encuentran ocultas en la naturaleza de cada individuo y que la mente tendrá que hacer un enorme

esfuerzo para poner en orden todos los elementos que saldrán a la luz según las exigencias de las propias experiencias (Arendt, 1996:155).

Para Arendt, la libertad interna y moral (filosófica) del individuo, no tendrá mayor relevancia como la libertad que se desarrolla y se práctica en el espacio público, ya que la libertad no es quedarse encasillado por la voluntad de ser libres, sino más bien, la libertad consiste en salir a un campo que se construye entre los hombres y se renueva desde ahí (Arendt, 1996). Por lo tanto, existen dos conceptos de libertad que Arendt concibe, por una parte, la libertad moral que corresponde al campo interno de la mente humana gobernada por la razón y la voluntad “ubicada en el terreno pre-político” (Arendt, 2002), y la libertad política que se comparte en el espacio construido por hombres, acción y conductas políticas.

En ese sentido, a diferencia de la libertad limitada que genera los valores del mercado, la libertad política “irrumpe en la conciencia de los hombres para evitar que estos se aislen del mundo y se conviertan en seres irrelevantes para la sociedad” (Arendt, 1996: 158). Para nuestra autora la libertad política no depende de voluntad o de merecimiento, sino más bien depende de acción y palabra, pues ambas, al ser puestas en escena otorga existencia a algo que no existía, y, por lo tanto, la fuerza de la libertad dependerá de circunstancias cambiantes en el mundo y del valor de los hombres por construir nuevos arquetipos según sus propios principios. “La libertad está libre de la razón y de la voluntad y ahora está lista para actuar, ni antes ni después, porque ser libres y actuar es la misma cosa” (Arendt, 1996:160). “La libertad supone el comienzo de la realización de algo, el inicio que anima e inspira todas las actividades humanas, la acción como principio de la vida política” (Delgado, El concepto de libertad en Arendt para el ejercicio de los derechos humanos).

Al respecto Arendt, argumenta:

No hay duda de que la vida humana, situada en la tierra, está rodeada de procesos automáticos – los procesos naturales de la tierra-, que, a su vez, están rodeados de procesos cósmicos, y hasta nosotros mismos somos conducidos por fuerzas similares en tanto somos también parte de la naturaleza orgánica. Más aún, nuestra vida política, a pesar de ser el reino de la acción, también se ubica en el seno de los procesos que llamamos históricos y que tienden a convertirse en procesos tan

automáticos o naturales como los procesos cósmicos, a pesar de haber sido iniciados por los hombres (Arendt, 199: 2).

La libertad política en contraparte a la libertad limitada, demanda acción, mientras que en la segunda establece comportamientos establecidos en un marco de referencia. Por lo tanto, es en la libertad política como el individuo encontrará los parámetros para insertarse en la acción en un mundo donde ya se encuentran presentes otros. Sin embargo, la acción, sólo es política, sino se encuentra acompañada de palabra [lexis] (Arendt, 1997). “Sólo hablando es posible comprender, desde todas las posiciones cómo es realmente el mundo. El mundo es pues lo que está entre nosotros, lo que nos separa y nos une” (Arendt, 1997:19).

Toda acción cuando se hace política, se convierte en una red de relaciones y referencias ya existentes. Por lo tanto, nos menciona Arendt, que toda acción se caracterizará por ser imprescindible en sus consecuencias, ilimitada en resultados y también a diferencia de los productos del trabajo, irreversible (Arendt, 1997:17-19). La acción permite que los hombres entren en el juego de generar nuevos discursos y derroteros de aparición en donde el individuo pueda realizarse con los otros. En contraparte, a lo que postula la libertad limitada que promueve los valores del mercado, el individuo con el afán de buscar su libertad política se ve en la necesidad de autorealizarse con los otros,

Al respecto Arendt argumenta:

La convicción de que lo más grande que puede lograr el hombre en su propia aparición y su realización no es cosa natural. Contra esta convicción se levanta la del homo faber al considerar que los productos del hombre pueden ser más duraderos que el propio hombre, y también la firme creencia del animal laborans de que la vida es el más elevado de todos los bienes. Por lo tanto, ambos son apolíticos, estrictamente hablando, y se inclinan a denunciar la acción y el discurso como ociedad...y por lo general juzgan las actividades públicas por su utilidad con respecto a fines supuestamente más elevados. Hacer el mundo más útil y hermoso es el caso del homo faber, hacer la vida más fácil y larga en el caso del animal laborans (Arendt, 2005: 233).

En ese sentido, la libertad limitada que engendra el mercado produce que las personas no sean pensadas como tales, sino son concebidas como productores y su relación queda medida por lo producido. Por lo tanto, el esquema de relaciones está cautivada por la apetencia de lo producido y no por la fuerza del discurso y la acción de las personas, pues cada acción tiende a generar una reacción distinta, creadora, innovadora, plural y diversa. De ahí que no sea raro que, en el pasado, los individuos históricamente hayan construido ágoras y lugares para sus reuniones e intercambio de palabras, ideas y acciones. Al respecto un interpretado de la obra de Arendt, menciona:

Los griegos, al interior de la Polis, como espacio que se comparte, los hombres libres participaban, debatían, actuaban y tomaban decisiones; eran la palabra –lexis- y la acción - praxis- las que se fundían para dar sentido a la organización del pueblo en torno al ágora, un espacio que garantiza la memoria de los actores y que garantiza a cada uno de los ciudadanos y políticos que sus acciones y palabras serán perdurables; pero para que esto suceda, los hombres tendrán que vivir junto a otros hombres y dejar espacios de “Solitud” para vivir a sí mismo, como el dos en un socrático, que le permite a los individuos a pensar y reflexionar, como una acción que prepara también para el espacio público. (Ribeiro, 2013:155).

La libertad política emerge como una reflexión y como una posibilidad que le devuelve el sentido a la política, de la forma que también genera nuevas rutas de acceso para la comprensión del mundo de la modernidad y de la sociedad individualizada. Por lo tanto, la libertad política depende, en el individuo, de experiencias y de luchas por ser él mismo y vayan más allá de los embates que generan la individualización, los procesos de globalización y la libertad limitada.

Por lo tanto, experimentarse a sí mismo a través de la libertad política conduce necesariamente a una relación con los otros y los diversos. En ese sentido, la pluralidad vendrá a convertirse en un elemento que según Arendt, forme parte de la condición humana. Sin embargo, esta pluralidad no debe confundirse con la simple alteridad, sino debe entenderse como la distinción que se produce a través de la acción y del discurso que los individuos emplean al momento de relacionarse políticamente con los otros.

En otras palabras, la pluralidad no significa pluralismo político o alteridad como comúnmente se concibe; pluralidad desde la lógica arendtiana es un espacio de visibilidad, en que los

hombres y mujeres pueden ser vistos y oídos y revelar mediante la palabra y acción quienes son (Arendt, 1997). Esto viabiliza que los individuos no sólo persigan sus existencias privadas e individuales, sino que al mantenerse en la búsqueda constante por su la libertad política salvaguarden la vida del mundo.

De esta manera, la política más que ser una condición no natural de los individuos, es una forma de estar juntos con los otros y los diversos. Es por ello que la acción política se funda sobre el caos de las diferencias. Por lo tanto, el individuo no es un “zoon politikon” pues el hombre no es político por naturaleza. El individuo nace siendo apolítico. La política es algo que se crea y nace a través de la relación entre los individuos. En otras palabras, la política surge entre y se establece como relación. Y en esa asociación se gesta la libertad política.

Abandonar la libertad política en su vínculo con el espacio público, solamente significa abandonar su “polis o perder sus seguridades de sobrevivencia como su hogar, el trabajo, su salud, sino también es perder el único espacio en donde el individuo es realmente libre además de perder la compañía de lo que eran sus iguales.

Arendt fundamenta lo anterior con la experiencia la civilización griega:

Los griegos sabían que por propia experiencia que un tirano razonable era una gran ventaja para la prosperidad de la ciudad y el florecimiento de las artes tanto materiales como intelectuales. Sólo que así se acababa con la libertad. Se expulsaba a los ciudadanos a sus hogares y el espacio en donde se daba el trato libre entre iguales, el ágora, quedaba desierto. La libertad ya no tenía espacio y esto significaba que ya no había libertad política. (Arendt, 1997:71).

En contraparte, la libertad limitada que gran parte impulsada por el liberalismo democrático fundamenta una forma de hacer y concebir la actividad política. Para estos discursos se es más libre mientras el individuo menos se involucre en los ámbitos de la política.

Esta clásica posición liberal se vincula a la libertad con garantía de seguridad a los individuos, atribuyendo a la actividad política como esa labor de liberar a los individuos de todas aquellas actividades que se encuentre dentro de los terrenos públicos y políticos. “Para el liberalismo, la esfera política debe garantizarnos una posible libertad en relación a la política” (Ribeiro, 2000).

La noción de libertad limitada que emerge de las prácticas liberales y que se radicalizan en los tiempos de gran movilidad e inestabilidad constante, equivale al libre albedrío. De esta manera, la representación política de una cierta sociedad delibera a sus ciudadanos para que cumplan un papel en específico, pero sobre todo ejerzan diversas actividades con el propósito de que no impliquen necesariamente en acciones políticas.

Las democracias liberales representativas restringen la libertad política al mínimo instante del voto. La actividad política, para el liberalismo, debe respetar las actividades privadas de los individuos o la libertad económica de los propietarios privados, dejando que hagan las reglas y las normas de sus prácticas. En esa distinción liberal, la libertad es pensada como “libertad en relación a la política”, destinada exclusivamente al crecimiento y desarrollo económico privado, promoviendo una apatía política que se rige del proceso de aislamiento de los ciudadanos y la masificación de los individuos, incrementado por el imperialismo económico, aumentado el empleo de la violencia para la resolución de conflictos, la multiplicación de las minorías... (Ribeiro, 2000).

De esa manera no es raro que Arendt haya sorprendido en su crítica y su reniego de considerar al liberalismo como la única alternativa política que se manifestaba en los lejanos albores de la Guerra fría. Sosteniendo, además, que tanto los defensores de los pueblos libres y de los mercados abiertos también existen elementos característicos de los movimientos totalitarios en todas las sociedades que son consideradas como libres, tales expresiones se manifiestan en la apatía política, el aislamiento de los ciudadanos, el carácter superfluo de los hombres, la irresponsabilidad y la indiferencia con relación al mundo público y el obscurecimiento liberal entre la libertad y la política. Bajo esta óptica existe una confrontación entre ser ciudadano y ser individuo. Justo como Tocqueville lo había advertido en su momento. “El individuo es el enemigo número uno del ciudadano. “Es una persona inclinada a procurar su propio bienestar a través del bienestar de su ciudad –mientras que el ciudadano tiende a la pasividad, el escepticismo y la desconfianza hacia la causa común” (Tocqueville, 2000).

Bajo este plano, el individuo se deposita en los albores de La libertad ilimitada que promueve los valores del mercado y el liberalismo es pensado como libertad en relación al ejercicio político activo, destinado exclusivamente al crecimiento y el desarrollo económico privado e individual.

Por tal motivo, Arendt acusa a la democracia liberal de haber transformado el ejercicio plural de la política en una compleja administración burocratizada, y actualmente tecnologizada, de utilidades, expresados en interés que se manifiestan en el nuevo hombre laborans (Arendt, 2003) y que se desarrollaron a partir, de nuestra óptica, de la solidaridad productiva, la especialización y la división social del trabajo. Además de cosificar un individuo atomizado

La actividad política para el liberalismo debe respetar las actividades privadas de los individuos, dejando que formen sus reglas de asociación y conducta. Por lo tanto, la libertad que seduce los valores del mercado, siempre debe estar separada de la acción política, porque ésta tiene la función de garantizar seguridad.

La libertad limitada que proclaman las élites económicas y políticas la justifican en la no política, transmitida y entendida como la capacidad de liberarse de la política, y, por ende, de todo compromiso posible, dado que toda acción política está al servicio de las garantías que confieren al individuo la libertad económica y que se enuncian en el trabajo, la propiedad y la sobrevivencia.

En el ensayo Sobre la Revolución, Arendt considera que esta tradición confundió el sentido de la libertad con el de liberación. Ya que no basta con que estemos liberados para ser políticamente libres.

La separación entre libertad y política está enraizada en una larga tradición que remonta al desencanto con Platón con la antigua polis. Según Arendt esta tradición que comenzó con el pensamiento platónico; la vida política es una actividad que fue concebida como un elemento elevado en sí mismo. Tanto Platón como Aristóteles pensaban que la política debería ser organizada de tal manera que la filosofía, el cuidado de la verdad y de las cosas eternas, fueran posibles. Sin embargo, fue con los autores modernos de corte contractualista en donde la política es algo fabricado artificialmente, es decir, que no es permanente en la realidad, sino que es producido entre las acciones de los diversos sujetos que la conforman con el único sentido de asegurar una existencia pacífica y prevenir la muerte violenta.

Siguiendo con el pensamiento de Arendt, el diálogo se convierte en la única actividad que se da entre los hombres y mujeres, sin la mediación de las cosas naturales, por lo que la acción política plural es la substancia intangible de las relaciones humanas. Y, por lo tanto, uno de

los actos fundamentales para emprender la búsqueda de la salida a esa libertad limitada que impulsa los valores del mercado y que tal parece, reina en nuestro tiempo

Por lo tanto, para comenzar a perseguir la libertad política como acción política colectiva y plural, un mecanismo viable en el actual proceso de individualización, es través del diálogo y de la acción colectiva ya que ambas partes demanda compromiso por escuchar, discernir, criticar, enjuiciar. Dialogo y acción al ser conjugadas significa la capacidad de asimilación, interpretación y comprensión del mundo a partir de métodos de cambio que se desglosan de la diversidad y del interés común que cada sujeto político mantiene como afinidad permanente sobre los asuntos relacionados a sus derechos, inquietudes, afinidades e ideologías.

En consecuencia, la esfera pública es, por definición el espacio de la acción libre que nos interpone “entre los individuos y prescinde la mediación de los objetos o de la materia, dado que se ejerce a partir de la convivencia y de la interacción humana en la medida de que los hombres se encuentran envueltos los unos con los otros en la realización de intereses comunes” (Ribeiro, 2000). Dichos intereses “constituyen, en la acepción más literal de la palabra algo que inter-esa, que está entre las personas y que, por lo tanto, las relaciona e entrelaza” (Arendt, 2001: 195).

Nuestra autora menciona:

La esfera pública, siempre indesligable de los conceptos de libertad de distinción, se caracteriza por la igualdad: por naturaleza los hombres no son iguales, necesitan de una institución política para llegar a serlo: las leyes. Sólo el acto político puede generar igualdad, sin embargo, las leyes no cumplen aquí la función de reducir lo diverso a lo idéntico e invariable, sino que autorizan la posibilidad de las palabras y la acciones” (Arendt, 1997:22)

Es la acción y en el discurso como los individuos se manifiestan y definen quiénes son. Más no a través del acceso al consumo y la vida determinada que imposibilita el desarrollo de la existencia y la dignidad plena.

El individuo no es plural por sus diferentes gustos, placeres y valores; es plural por su condición de argumentar, de pensar y de actuar. En ese sentido, la pluralidad deviene del pensamiento, del juicio y de la identidad, mientras que, en el proceso de individualización,

atenta contra estas formas fenoménicas de racionalidad, sociabilidad y de ser-estar en el mundo. La individualización a través de la libertad limitada niega, borra y seduce. Para transgredirla, hay que interpelar, actuar, pensar y dialogar para aparecer en sociedad, y junto con ello, sensibilizar el sentido de comunidad y bienestar común desde lo diverso y lo plural. “La acción está estrechamente vinculada a la pluralidad en cuanto una de las condiciones fundamentales de la existencia humana” (Ribeiro, 2000).

En la sociedad de individuos solos, quienes las habitan, están condenados a trabajar para ellos mismos y disfrutar del ambiente artificial de las cosas materiales sin nunca comprometerse a un lazo sólido de interacción, debido a la inexistencia de acción y palabra. Ya que, la individualización atenta contra su existencia humana, pues desde la interpretación de Arendt, el individuo deja de crear lazos de supervivencia y de relación al ser sustituida por la lógica de la innovación, de la inter-relación y el consumo exacerbado que establece la propia vida líquida.

Sin libertad la vida política como tal sería destituida y despojada de significado y pertinencia. (La individualización pretende atentar contra esto). De ahí que se reproduzca la idea de que la política ha dejado de servir y de solucionar los problemas que nos aquejan.

Para ello, para comenzar a salir de las arenas movedizas de la individualización es pertinente volver a crear, y para crear, no basta con la acción política, la palabra y el dialogo, sino es necesario de nueva cuenta volver aprender a pensar.

En esa medida, la gran tarea de la vida política es evitar la pérdida de la confianza de los hombres en la coincidencia entre libertad y acción. Es necesario tornar estable la esfera de la acción y del habla, teniendo en cuenta que es necesario impedir que esta desaparezca con el aislamiento producido por la tiranía o con la dispersión de los hombres en el regreso a sus vidas privadas.

Para entrar a la vida pública no basta con hablar y actuar, sino además se necesita de coraje y valentía, es decir, se necesita de osadía para superar el servilismo de la auto preservación impuesta por las élites que establecen diversos mecanismos de dominación que mantienen a los individuos aislados e indiferentes. El coraje es la virtud política por excelencia.

Es necesario el coraje hasta para dejar la seguridad protectora de nuestras cuatro paredes y adentrarse en el ámbito político, no debido a los peligros específicos que puedan estar al acecho, sino porque hemos llegado a un dominio desde la preocupación con la vida para la libertad en el mundo. El coraje es indispensable porque, en política, lo que no está en juego no es la vida, sino en el mundo (Arendt, 2000: 203).

La libertad política demanda salir a los individuos al escenario público-político para que ahí se encuentren los unos con los otros en la modalidad de la acción y discurso. Es por ello que las cuestiones privadas y los intereses propios del individuo corresponden a prácticas pre-políticas, que para superar de este estadio, es necesario tener el coraje de superar el aislamiento con el fin de vincularse los unos con los otros y promover procesos que inspiren y cultiven la confianza en la libertad de la acción política (Arendt, 2000).

El individuo, en su búsqueda por la libertad política asumirá la capacidad de disolverse en el pensamiento mismo ya que la “mente tendrá que hacer un enorme esfuerzo para poner en orden todos sus elementos que saldrán a la luz según las exigencias de las propias experiencias” (Arendt, 2000:155). Lo que permitirá al individuo desarrollarse en lo que Arendt llama espacio de aparición, justo ahí los individuos se encuentran, surgen y se hacen visibles; y la pluralidad juega un elemento fundamental, ya que no solo tiene la capacidad de articular el fundamento de lo político y la libertad de los individuos, sino que permite aglutinar la acción de los individuos con su propio pensamiento. “La acción de los hombres se soporta en la libertad política y la convivencia humana, como ser con otros en el mundo” (Franco, 2013: 154).

Así, la acción política “puede estimularse por la presencia de otros cuya compañía deseemos, pero nunca está condicionada por ellos; su impulso surge del comienzo, que se adentró en el mundo cuando nacimos y al que respondemos comenzando algo nuevo por nuestra propia iniciativa” (Arendt, 2005: 206).

En diferencia de lo que establece la individualización en la sociedad de individuos solos, el sujeto que cosifica este proceso niega al individuo como persona sino lo concibe lo promociona como productor y su relación está supeditada por lo producido; y su ámbito público queda reducido al mero apetito que genera lo fabricado en relación con las mercancías y con sus deseos de consumo.

Por lo tanto, el individuo no es mayor o menor activo dependiendo el grado de intromisión en las cuestiones políticas, eso es una falsa idea que promueve el liberalismo a partir de cuestiones que impactan en su vida sociopolítica a través de elementos como la cultura política, el voto y otras consideraciones que promueve. El individuo es participativo cuando se ciñe y se relaciona a la esfera compartida de la convivencia con el otro.

El buen individuo no es aquél que convertido en ciudadano es militante de algún partido político, ni mucho menos es aquél que lo mueve su espíritu político, sino es aquel que es capaz de crear diversos mecanismos y espacios de convivencia que posibiliten cambios y que impacten en su política, en su sociedad y en sus formas de vida; convencido de sus actitudes, pensamiento y responsabilidades con el propósito de construir un mundo público mejor, alcanzando su plena libertad a través de su actividad política

En ese sentido la libertad política no busca espacios para el desarrollo de cada individuo, sino que propicia la participación con los demás, es en otras palabras, la fuente de la reconstrucción de la esfera pública.

En consecuencia, el sentido de la política en un mundo individualizado, sigue teniendo un propósito común que Hannah Arendt fue contundente a responder cuando se ocupó de dicho cuestionamiento. La libertad es el sentido de la política. No obstante, esta respuesta deja de ser tan obvia para nuestros tiempos que corren. Ya que la actividad política atraviesa por una severa crisis.

A pesar del tormento en la que se encuentra la política, su oficio sigue siendo una necesidad ineludible en la vida del individuo. En donde la libertad política expresada a través de la acción colectiva es su objetivo inmediato. Consiguientemente, la libertad política, comienza donde el ejercicio de la política termina.

No obstante, en la actualidad la tragedia de la política se arroja a través de experiencias políticas bastante desalentadoras. Ya que su oficio se encuentra diezmada por élites, mecanismos y estructuras que maniatan y atentan con la vida digna del individuo en su intención de seguir desacreditando su valor y su motivo a través de los discursos emprendedores y democráticos. El actuar juntos con los diversos ha dejado de mantener el objetivo común y constante por la búsqueda de alcanzar la plena libertad referenciada a

estándares de una vida digna individual y colectivamente, sino más radicalmente, se ha convertido en la búsqueda y el cuidado constante por la preservación de la vida en todas sus dimensiones.

En ese sentido, el individualismo en el ámbito político, está repercutiendo de forma considerable la esperanza de los sujetos y actores políticos por construir un mundo mejor posible a partir de la acción en los terrenos tradicionales de la política, como a través de las instituciones que devienen de las estructuras del Estado. La individualización, produce indiferencia pero que se encuentran en los aparatos habituales del quehacer político.

Por ahora el sueño de la alteridad aterriza en otras formas de participación política vinculadas al ser-estar-juntos con los otros y los diversos, ya que aquello que convoca como: la injusticia, la violación de los derechos humanos, la inseguridad, la falta de empleo, las problemáticas migratorias, entre otros problemas nos conduce necesariamente a interesarnos por los otros, pero desde otras dinámicas que se manifiestan más allá de la individualización de la sociedad y de la política.

En ese sentido, hay una endeble irrupción de la libertad política en los terrenos de la sociedad individualizada, y que, sin duda, están abriendo un espacio de transgresión hacia aquellos esquemas que impone las élites a través de la libertad limitada que promueve el mercado y la lógica capitalista en el actual proceso de globalización.

Este panorama abre posibilidades los cuales se encuentran en las manos de los individuos, justo como Arendt mencionara:

La diferencia decisiva entre las “infinitas improbabilidades”, sobre la cual descansa la realidad de nuestra vida en la tierra, y el carácter milagroso inherente a esos eventos que establece la realidad histórica es que, en el dominio de los asuntos humanos, conocemos al autor de los “milagros”. Son los hombres quienes protagonizan, los hombres quienes por haber recibido el doble donde la libertad y la acción pueden establecer una realidad propia (Arendt, 1991: 4)

En consecuencia, la desvinculación de toda forma de relación y la libertad que establece los valores del mercado a través de instituciones políticas tradicionales, establece diversas paradojas que limitan al individuo buscar nuevas sendas y mecanismos de participación y

acción política. Las contradicciones son parte esencial de la individualización, y la actividad política en relación con quienes hacen la política no se libran del embrollo. De hecho, la individualización hace de la política tradicional una acción política tautológica en donde el individuo deja de crear, pero al mismo tiempo concibe, piensa y visualiza una alternativa para construir un mundo posible, pero no desde la senda tradicional, sino a través de lo que se conoce como la *alterpolítica*.

### 3 CAPÍTULO III

---

#### 3.1 DEL PENSAMIENTO CRÍTICO AL PENSAMIENTO CRÍPTICO

“La necesidad de pensar en lo que nos hace pensar” (Adorno, 1950: 225). Tal parece que el proceso de globalización y la falta de pensamiento crítico en una de las características fundamentales de las *sociedades individualizadas*.

El pensar de forma crítica tal parece que fue desvanecida debido a los procesos que estableció el proceso de globalización, a través de como lo hemos estado analizando a lo largo de nuestro presente escrito, a partir de la solidaridad productiva, la división del trabajo y la especialización. Que dio origen a la negación del pensamiento del individuo sustraído por la necesidad de consumir, subsistir en el placer, en la comodidad y en la búsqueda incesante del bien vivir.

Pensar significa comprometerse a esa exploración tortuosa de las formas de ser del hombre en relación con su naturaleza, sus otros y sus contextos. Para nuestros tiempos, todo aquello que signifique comprometerse con el lazo sensible, emocional, espiritual y sentimental es una condición que niega la libertad y la vida placentera; niega toda posibilidad de autodeterminación y autonomía Elementos sumamente atractivos y apreciables para las nuevas generaciones que habitan las sociedades modernas. Sin embargo, la necesidad de pensar, es una necesidad y un valor que nos caracteriza como seres humanos. En ese sentido, el pensamiento no necesita justificación, ni abogacía, ni mucho menos explicación, pero considero que sí necesita ser defendido para aprender a construir nuevas sociedades que permitan una vida digna colectivamente hablando; combatiendo la negación que establece el

mercado a través de las libertades limitadas e impulsadas por las élites políticas y económicas.

Justo como lo hemos descrito en los capítulos anteriores tal parece que la guerra entre el pensamiento fútil, colectivo, crítico y preponderante va perdiendo la batalla contra las nuevas formas de entretenimiento, los nuevos lazos morales que tiene como fundamento la falta de compromiso, la indiferencia por el otro, la soledad con la que habitan los nuevos individuos. Tal parece que el individuo que fomenta el mercado a través de las libertades limitadas que establece no permiten otras formas de pensar, de ser y de reunirse frente a los otros, - siempre desconocidos, conectados y desasociados. –

“Son los tiempos de oscuridad” (Arendt, 1950), que describe su nacimiento:

Si la función del ámbito público es arrojar luz sobre los asuntos de los hombres proporcionándoles así un espacio de apariencias en lo que pueden mostrar de obra y palabra, para bien o para mal, quiénes son y qué pueden hacer, entonces la oscuridad ha llegado cuando esa luz se ha extinguido <<víctima de una brecha de credibilidad>> y de un <<gobierno invisible>>, de un discurso que no revela lo que es sino que lo barre debajo de la alfombra, y de las exhortaciones (morales o de otro tipo) que, bajo el pretexto de sostener viejas realidades, degradan toda verdad a una trivialidad sin sentido. (Arendt, 1990: 4).

La sociedad del siglo XXI vive de recursos morales que han sido sustituidos por diversos valores que están orientados hacia la productividad y lazos que establece el capitalismo globalizado, y que, desde nuestra perspectiva, se desprenden de tres categorías fundamentales que hemos analizado con detenimiento en el capítulo anterior: la solidaridad productiva, la división social y la especialización de la fuerza de trabajo. Elementos que desde nuestra óptica son los motores de la descomposición de valores como sentido de comunidad, solidaridad social y de justicia. Y que substancialmente echa raíz a todo el fundamento de la democracia en la actualidad.

Alexis de Tocqueville, escribe: “Luchar contra la libertad significa luchar contra Dios” (Tocqueville, 1957: 6). Ese principio, es desde un comienzo una especie de autorización que

el individuo se otorga a sí mismo para que el individuo formule sus propias realidades a partir de su propia fe y convencimiento.

Esto significa que toda la sociedad del yo o del egoísmo no pueden ser combatidos con menor libertad, sino con una mayor libertad política. Ya que ésta funda los vínculos necesarios en el espacio público que promueven una mayor colectividad y una mayor armonía, todo lo contrario, a lo que establece el mercado neoliberal.

Hoy más que nunca somos “hijos de la libertad” (Beck, 1999: 1). La sociedad de nuestros tiempos no vive bajo una crisis de la cultura, pero vive rodeado de diversos peligros latentes que ponen a prueba su estabilidad.

El sentido de la libertad, que promueven nuestras élites políticas y económicas, es la peor amenaza que hoy enfrenta al individuo: “El elogio verbal de la libertad se convierte en hechos y en vida cotidiana, y con ello ponen en duda los fundamentos de la convivencia existentes hasta ahora” (Beck, 199: 9). Según Ulrich Beck, la catástrofe consiste, es que tenemos que reconocer, entender y consolidar más y distintos tipos de libertades que los que no habían sido previstos en la famosa y prometida democracia.

El miedo a no poder hacer algo que cambie nuestras situaciones sobre seguridad y protección orillan al individuo arrojarse en una caótica libertad que confunde e inhibe la existencia del individuo.

Las demandas de la industria, las empresas y los medios de comunicación saturan de positividad la existencia. Es por ello que en nuestros tiempos líquidos no se dialoga, no se intercambian argumentos, emociones y sentimientos que conlleven a un compromiso a corto, mediano y largo plazo, no se toma el tiempo para pensar en el otro. El individuo vive acechado y bombardeado constantemente de noticias que no dicen nada. Abundan los programas televisivos en el cual el único objetivo es paralizar con muertos vivientes, robots perversos, enfermedades horribles e historias de personajes engarzados.

El individuo moderno vive perdido a la pantalla o en el teléfono inteligente en cuyo extremo se encuentra el otro, todo el tiempo alineado a un texto que envía muchas veces de forma superficial. El individuo de nuestra época ha dejado de tener tiempo, pero que paradójicamente, se siente lleno de libertad y posibilidad.

La sociedad de hoy como bien las denomina Ulrich Beck en la introducción de la obra *Hijos de la Libertad*, la positividad es un elemento característico de este tipo de sociedad, cuyo principal rasgo tiene como objetivo que la persona trabaje, rinda, desquite el tiempo en alguna labor que beneficie su productividad, sus ingresos y que permita de manera eficiente su sociabilidad. Esto permite que el individuo se sienta libre pero que no perciba el sentido de sometimiento y de opresión.

En los trabajos que ofertan las empresas cada vez más hay menos sometimiento del tipo amo-esclavo “en el que la lucha por el reconocimiento implicaba que el esclavo deseaba ser visto por el amo, y por eso se esforzaba buscando en el otro-amo” (Orozco, 2015: 171). Por eso hoy el individuo es amo y esclavo de sí mismo. Uno se impone las tareas, las demandas excesivas, las metas inalcanzables. “La esperanza de ser reconocido se desvanece y en ocasiones ya no importa. Es como si hubiésemos introyectado al amo en cada uno de nosotros” (Orozco, 2015: 171). Por eso el individuo corre para ir al gimnasio, come a la carrera, vuelve a su trabajo y durante años hace el mismo ritual. Mientras que por mucho tiempo no entabla charlas con nadie y su sentimiento y ánimo de soledad aumenta. Emergiendo diversos trastornos depresivos, ansiedad, angustia y desolación, “el sujeto ya no sabe ya qué quiere, para qué quiere algo, tiene problemas de identidad de todo tipo” (Orozco, 2015: 172).

La sociedad individualizada, requiere de competencia. En nuestros tiempos líquidos la competitividad mantiene al individuo a flote, es por ello que la colaboración y el trabajo en conjunto para perseguir bienes comunes se esquivan. Prevalece una especie de temor disperso que remite a alguien que lo sabe todo sobre uno. Cámaras que nos vigilan a todas horas del día, inspección de correos electrónicos, verificación de visitas de páginas web. Hoy nada es secreto, todo lo que rodea al individuo es público, los sentimientos, las relaciones, las

emociones, los juicios, las opiniones, los comentarios sobre algún tipo de interés. El libre albedrío y la libertad de expresión parecieran que se encuentran en su máximo esplendor, y de hecho se permite siempre y cuando no transgreda o atente contra el estatus quo de la política, de las estructuras sociales o de la misma economía. La sociedad de hoy tiene como carácter determinante la irrelación.

Esa es la positividad como negación del otro que nos niega. Velocidad, violencia, consumo, competencia, individualismo, hartazgo, silencio, pensamiento escaso, atención, desprecio por los pobres, guerra sin remisión, hambre (...) no importa lo original de cada quien. Importa lo que uno hace en la medida en que eso da puntos para ganar más dinero. Tampoco se estudia por gusto y amor a la vocación. El joven simplemente quiere mantener el promedio para no perder la beca. Nunca va a la oficina del profesor enamorado de una idea, peleando por una ideología. Quiere pasar con diez. Y a las autoridades les importa la excelencia, pero mediante horarios infames, exigencias que enferman a estudiantes y profesores, con controles de todo tipo que apenas se dejan ver. Y eso en todas las escuelas, en todo el sistema. Hoy que todo se controla es cuando menos se educa. Y ahora que en las empresas hay capacitación los empleados viven enajenados y con temor. Esclavizados y ganando poco. Todos hacen lo mismo, todos padecen lo mismo. Todos indiferentes a todos. (Orozco, 2015: 172-173).

En la actualidad no hay enemigos comunes, hay desconocidos y extraños. La otredad significa enemistad, de esa forma todo se torna igual. “En el siglo XXI todos superan la idea del otro como agente patógeno” (Orozco, 2015: 174), pues la globalización, el triunfo liberal y los sistemas de interconexión matan las indiferencias, hoy ya no se tolera, se ignora.

Chul Han argumenta al respecto:

La sociedad (...) se caracteriza por la desesperación de la *otredad* y la *extrañeza*. La otredad es la categoría fundamental de la inmunología. Cada reacción inmunológica es una reacción frente a la otredad. Pero en la actualidad, en lugar de esta, comparece la *diferencia*, que no produce ninguna reacción inmunitaria (Chul-Han, 2012: 45).

La muerte del otro, por llamarlo de alguna manera se convierte en un ser meramente diferente que no representa ninguna amenaza para las élites y para aquellos que mueven los hilos del mundo. El individuo para que no represente ningún peligro se neutraliza sin necesidad de aniquilarlo. Basta con disciplinarlo y especializarlo de forma radical, ubicarlo en procesos de asimilación e identificación. Así el indiferente querrá su celular, su coche, su pantalla de televisión. Se volverá parte de lo que Chul-Han llama *sistema de rendimiento*.

En consecuencia, existe un exceso de positividad, el otro ya no me niega. Niego su negación asimilando parte de lo suyo y eliminando el resto. Por lo que el individuo se vuelve egoísta, solitario, mudo, sin nada que decir, pero se convierte en un agente público de sus causas privadas.

Todos repelemos a todos. Y hacemos lo que hacen todos. Por lo que todos vivimos indiferentes. Es el fin de la empresa en la que uno es importante. El fin de la verdadera comunicación. El fin del diálogo largo e interesado. El fin del compromiso erótico. El fin de la amistad. Es el fin de las relaciones estables. Y es el fin de conflictos internacionales que nos quiten el sueño (Orozco, 2015: 178).

Y así estamos organizados. Dice Chul Han a través de una cita de Baudrillard:

Según la genealogía baudrillardesca de la enemistad, el enemigo aparece en la primera fase como un lobo. [...] En la siguiente fase, el enemigo que opera en la clandestinidad y se combate por medios higiénicos. Después de una fase ulterior, la del escarabajo, el enemigo adopta por último una forma viral. [...] La violencia viral parte de aquellas singularidades que se establecen en el sistema a modo de durmientes células terroristas y tratan de destruirlo. El terrorismo como figura principal de la violencia viral consiste, según Baudrillard, en una sublevación de lo singular frente a lo global.

La enemistad, incluso de forma viral, sigue el esquema inmunológico. El virus enemigo que penetra en el sistema, que funciona como un sistema inmunitario y repele al intruso viral. *La genealogía de la enemistad no coincide, sin embargo,*

*con la genealogía de la violencia.* La violencia de la positividad no presupone ninguna enemistad. Se despliega precisamente en una sociedad permisiva y pacífica. Debido a ello, es menos visible que la violencia viral. Habita el espacio libre de negatividad de lo idéntico, ahí no existe ninguna polarización entre amigo enemigo, entre el adentro y el afuera, o entre lo propio y lo extraño. (Chul-Han, 2015: 21-23).

En este sentido, la violencia de la positividad que manifiesta nuestra sociedad actual, niega y desaparece cualquier forma de otredad. La vieja dicotomía de Carl Schmitt del amigo-enemigo queda arrebatada. No hay enemigo ni adentro, ni afuera de las fronteras imaginarias. La muerte de la otredad, significa que en la sociedad de lo idéntico el enemigo se invisibiliza y lo hace igual; convierte al extraño y al desconocido en similar; y aquel que queda afuera, que por lo regular son los grupos de inmigrantes, pobres, enfermos o subordinados es ignorado, admitido a medias y aceptado como una especie de carga a la que también se puede neutralizar sin problemas porque, o bien se asimila, o en su defecto se excluye.

En consecuencia, los individuos viven al borde del cansancio y todas las expresiones de lucha cansan, estresan o en el peor de los casos, se deja de creer en ella. La lucha por prevalecer culmina con el agotamiento. La gente a menudo dice: “ya se privatizó el petróleo, qué más da. Ya nada se puede hacer”. Y si se intenta algo será inútil. Los muertos y las desapariciones ya no toman importancia, y dejan de tener grandes impresiones e indignaciones en la sociedad. Las desapariciones y las muertes se naturalizan y se concilian como una parte naturalizada de convivencia. Por lo que la maquinaria de la indiferencia, del cansancio y del egoísmo nos empareja a la funcionalidad.

Al respecto:

Podemos dar muchos ejemplos, como el caso de quien se dice marxista pero trabaja como todos, inmanente al sistema de las ganancias, compra, vive de todo lujo, consume, presume, se queja de todo pero no ve a los otros, y termina siendo un grano más del conjunto, un sistema de trastorno de la personalidad como yo escindido que dice una cosa pero hace otra (y de ese tipo de positividad violenta

estamos saturados: demagogos de la democracia que trabajan para minoristas; “comunicadores” que hablan pero no analizan nada o hablan de todo porque “saben todo” y nada dicen); millonarios que dicen ayudar a la sociedad pero pagan salarios de hambre; jefes que hablan de justicia y buen trato pero hacen lo que hacen todos los jefe cuando distribuyen cargas y prefieren a unos sobre otros repartiendo esas cargas de capricho (siendo ellos los jefes mismos- subordinados de ese trato respecto de sus jefes). (Orozco, 2015: 180).

En ese sentido, la sociedad de nuestros tiempos líquidos, predomina una sobreabundancia de lo idéntico. Creándose una especie de espejismo, en donde al final el individuo se mantiene extenuado y trastornado en su personalidad. Teniendo repercusiones importantes a nivel psicológico.

Para curar estos síntomas, los individuos crean rituales de relajamiento corporal, espiritual mental con el propósito de conservar una vida sana y mantener lazos comunes de felicidad. Por eso el individuo va a gimnasio, hace pesas, trota, asiste a clases de yoga, camina, escala, va al sauna a sudar, comen dietas apropiadas, se engalanan y de ahí vuelven al trabajo, a la escuela o a cualquier lugar donde ocupe su tiempo. El individuo moderno se exige a sí mismo para lograr todo lo posible hasta llegar aquello que le es imposible. Chul Han menciona al respecto: “El hombre del rendimiento se encuentra en guerra consigo mismo y en medio de todos los que no logran sus propósitos (...) campea su depresión. Es la enfermedad de una sociedad positiva sumamente productiva” (Chul-Han, 2015: 85). De maneta que tenemos a un Sujeto libre que se obliga a sí mismo a rendir, pero que en su trama de libertad lo lleva al extremo cansancio y eso lo conduce al aburrimiento.

Por lo tanto, el proceso de individualización de la sociedad exige un exceso, una seducción y diversos placeres. La cantidad de estímulos que afectan la vida de los individuos es impresionante. Hoy más que nunca se produce una cantidad sorprendente de música que es accesible a todo aquel que tenga las condiciones para acceder a ella a través del internet, páginas que brindan servicios de series televisión y catálogos de películas a la carta, videojuegos, entretenimiento en tercera dimensión, impresiones de miles de libros en forma

de best seller, se ofertan grandes cantidades de viajes guiados por el mundo en meses sin intereses, las empresas de la televisión de paga tienen mayor cobertura a un costo cada vez menor en donde el espectador puede tener a disposición 800 canales, que por lo regular la programación siempre se repite, planes de celular para mantenerse siempre conectado; existen una gran cantidad de redes sociales en donde se suben fotos, se cuentan historias, se expone el currículum para buscar un empleo, se comentan experiencias, se hacen comentarios sobre algún tema en común, se seduce y se pretenden congeniar relaciones de amor o de amistad, se emplean conversaciones para que todo el mundo sepa públicamente todo y todos a la vez nada de nadie.

A la par, el individuo se convierte en un ser multifacético, hacedor de diversas actividades que lo mantengan en rendimiento y movimiento constante, pues la velocidad con la que se experimenta su experiencia, exigen, que el individuo de hoy se convierte en un humano versátil. Mientras el individuo escribe a la par puede escuchar su música favorita, está pendiente de los correos electrónicos; piensa millones de cosas o actividades por hacer en diversas horas del día, puede atender una llamada telefónica y a la vez *chatear* con un amigo que se encuentra en el algún lugar del mundo. Puede estar en una conferencia y enviar mensajes al mismo tiempo, al final del día volver al gimnasio para relajarse y volver a recuperar las energías para comenzar un nuevo mañana.

En nuestros tiempos, la individualización de la sociedad recrea con el tiempo libre y el entretenimiento, pero que a la par, la velocidad para adaptarse a los tiempos que corren toma mayor relevancia. Es por ello que la especialización se convierte uno de los pilares fundamentales para sobrevivir en este mundo líquido. De ahí que no sea casualidad que hoy más que nunca aparezcan diversas formas de enseñanza e instituciones que eduquen al individuo. Recibiendo una educación que no necesariamente involucre un esfuerzo en el pensamiento, la crítica o la reflexión sobre los acontecimientos políticos, sociales y culturales, sino recibe métodos y herramientas que lo habiliten como un empresario de su vida, maximizando sus recursos y calculador de sus bienes y de sus relaciones. Esto hace suponer al individuo que es un ser superior, avanzado, civilizado, tecnificado, educado y libre. Paradójicamente, estas peculiaridades hacen del individuo un ser más atrasado y torpe.

Lo rezaga en lugar de impulsarlo, lo aísla y lo atomiza. Esta es la esencia de la individualización.

Hoy hemos pasado de la preocupación por la buena vida a la ocupación por la sobrevivencia. Somos apenas sobrevivientes de un mundo hostil y veloz. Cuando nos alcanza el tiempo esquivamos las relaciones. Se diluye la existencia del otro. Y la vida activa se vuelve contemplativa.

Merleau-Ponty menciona al respecto, “durante el estado contemplativo, [el individuo] se sale en cierto modo de sí mismo y se sumergen en las cosas” (Ponty, 2013:56). Eso condiciona al individuo a sufrir un proceso de desprendimiento con sus lazos sociales. Ya que el individuo de nuestra época tiene muchas cosas que hacer, pero ha dejado de ver con cuidado.

No reflexionan en lo que miran. No dejan que las cosas hablen. Deben llegar a las siete, ir a junta, ir a dar clase, atender a los alumnos, volver a prisa a otra clase, ver otros alumnos, ir a clase una vez más. Luego, a casa. ¿A qué hora se puede contemplar algo? Los hombres tardomodernos han perdido la capacidad contemplar. Ya no saben aburrirse correctamente.

El aburrimiento no es negativo cuando se liga a la actitud contemplativa (Orozco, 2015: 193). Esta forma moderna de sociedad tiene grandes repercusiones en el ámbito de lo político, en particular con la forma de hacer, pensar y organizarse políticamente. Esta incapacidad para pensar, escuchar, meditar y reflexionar sobre sus acontecimientos que se desprenden de la actividad política tienen grandes repercusiones y que se manifiestan constantemente en un desencanto paulatino por la misma, pero que paradójicamente, el individuo a través de una aparente libertad que otorgan sus condiciones económicas a través del acceso al consumo, a la información y las diversas formas de seducción y entretenimiento. Posibilitan otras formas de asociación. Sin embargo, en lo que respecta a la política, hoy más que nunca vive sumergida en un desencanto constante y vive bajo el yugo de la agonía. La política ha dejado de ser concebida como el espacio de la posibilidad, para convertirse en el lugar de lo imposible. El individuo pide más libertad y menos política. Es por eso que conviene

preguntarnos hoy más que nunca por el sentido y el significado de la política en los tiempos que corren.

### 3.2 EL DISCRETO DESENCANTO DE LA POLÍTICA

En una de las pancartas de consigna que se pudieron observar durante las marchas del movimiento de los indignados se podía leer la siguiente frase “Menos política, más libertad”. Si bien el mensaje de la pancarta tenía como propósito criticar y poner en tela de juicio a un régimen partidista carente de legitimidad y de credibilidad. Hoy en día, en diversas partes del mundo, la política considerada como aquella actividad y capacidad para hacer las cosas atraviesa por una crisis severa terminal.

Cuestionarse por el sentido de la política desde los terrenos que nos arrompan bajo los efectos de la globalización y la creciente individualización de la sociedad, podría suponer una pregunta bastante ilusa y carente de toda significación. Pues la política, en nuestra época es considerada como una actividad egoísta, que sólo la ejercen quienes se encuentran en las altas esferas de la burocracia, los tecnócratas, los intelectuales que pertenecen a una aristocracia académica y cultural, pero, sobre todo, la realiza una élite muy selecta que mueven y dominan los hilos de la economía nacional y mundial.

En la actualidad, la actividad política vive en una realidad transparente que invisibiliza las actitudes y posicionamientos sobre la misma, generando un divorcio constante entre quienes representan al poder político (la capacidad de hacer las cosas), la política (la capacidad de decidir lo que hay que hacer) y la sociedad en general (como el elemento gestor, mediador, demandante y articulador entre la política y el poder político). Pocas personas esperan la salvación desde las altas esferas; las promesas de los ministros y de diversos personajes políticos se reciben con incredulidad salpicada de ironía, y peor aún, de mentira y de retórica romántica.

Es por ello que la libertad es una condición que nos seduce y nos enamora constantemente, pero que paradójicamente, es a través de las élites que disfrazan y maniatan el discurso de la libertad y la transforman como parte de un discurso democratizador, pero que en la práctica

se expresa como aquella capacidad de incorporarse a una lógica consumista, de elecciones de vidas predeterminadas, depositada en el aislamiento y soledad de la individualidad pero con valores sociales orientados a la productividad y creación de mejores espacios de convivencia laborales y profesionales.

La política de los Estados-nacionales dejó de cumplir con sus cometidos de seguridad y protección social a través de sus instituciones tradicionales y los trasladó paulatinamente a la vida privada del individuo, a través de la solidaridad productiva, la especialización y la división del trabajo. En ese sentido, el individuo se convierte en su único salvador, promotor y perseguidor de su propio bienestar. Por lo que la actividad política se convierte en un montón de esperanzas frustradas y pérdida de tiempo. Por lo que el individuo prefiere emplear y hacer *cosas* que faciliten su bienestar individual, que cambiar su realidad a través de acciones colectivas.

En cualquier caso, no sentimos la necesidad (una vez más, salvo algunas irritaciones ocasionales) de lanzarnos a la calle para reclamar y exigir más libertad o una libertad mejor de la que ya tenemos. Pero, por otra parte, tendemos a creer con igual firmeza que es poco lo que podemos cambiar –individualmente, en grupos o todos juntos- del curso de los asuntos del mundo, o de la manera que son manejados; y también creemos que, si fuéramos capaces de producir un cambio, sería fútil, e incluso poco razonable, reunirnos a pensar un mundo diferente y esforzarnos para hacerlo existir si creemos que podría ser mejor que el que ya existe. (Bauman, 1999: 9).

La política que se ejerció después de la segunda guerra mundial y que se fue banalizando a lo largo de los años posteriores fue perdiendo sustancia y rigidez, debido a la pérdida de poder frente a grupos de presión que pertenecen al grupo económico. La política de nuestra época destaca por la pérdida de sustancia de los viejos medios institucionales de seguridad y protección social; dejando de existir, o en su defecto, ya no se encuentran en los lugares que hasta hace poco estaban destinados. El poder y la política local caminan por separado y su divorcio afecta considerablemente a la sociedad.

En la actualidad, el poder ha cambiado de lugar, ahora anda a sus anchas por las nuevas extensiones globales, libre de control, deambulando por terrenos menos estrepitosos lo que lo convierte en un elemento poco rastreable pero que sus efectos se sienten en cada uno de los aún considerados Estados-nacionales, por lo que la política es despojada de casi todo su poder y camina acéfalo carente de dirección y propósito.

Por lo que los individuos por decreto y artífices de su destino, parecen estar abandonados y expuestos a la inseguridad y a la poca protección. Están condenados a perseguir sus propios recursos. Y eso genera, que los propios individuos al verse orillados a subsistir no tengan ninguna consideración por el otro. En ese sentido, el individuo se ve en la necesidad de competir, de transformarse eficazmente a través de una educación que no demerite tanto tiempo ni que establezca el mínimo esfuerzo de pensamiento y sensibilidad. Lo que importa es especializarse para adoptar nuevas herramientas para ser considerado por la oferta del trabajo, debe ser solidario, pero para crear nuevos espacios de superación expresados en la materialidad y consumo de productos, además de tener la capacidad de auto-dirigirse y mantener siempre las expectativas de progreso y desarrollo.

Bajo este nuevo ambiente, el individuo vive sumergido en el fondo de una terrible realidad que debe afrontar; las tareas que le son encomendadas son tremendamente imponentes y que pocas veces son solucionadas satisfactoriamente. Por lo que estas condiciones originan diversas patologías sociales como la frustración, fracasos que se expresan en depresiones, en confusiones, suicidios, violencia, fatalismo y desesperación.

La política que prolifera en nuestros tiempos yace de la crisis de los medios y de los instrumentos de acción afectiva. “Y su derivada: la enojosa, exasperante y degradante sensación de haber sido condenados a la soledad frente a los peligros compartidos” (Bauman, 2015: 81).

De ahí que ahora más que nunca el individuo viva sumergido en una “sociedad de riesgo” (Beck, 2006). Pues, por una parte, si bien observamos el desarrollo de sociedades multireligiosas, multiculturales, multiétnicas y la multiplicación de soberanías. También se

puede observar la extensión progresiva del sector informal de la economía, la flexibilización del trabajo, la desregulación legal de grandes sectores de la economía, de los grupos de seguridad laboral como los sindicatos y la pérdida de legitimidad del Estado.

Estos impactos generan la implicación de que el individuo viva en una red de instituciones desactivadas por el Estado-nación, por lo que las repercusiones en el ámbito social toman mayor complejidad, y junto con ello, los problemas que aquejan a la sociedad crezcan exponencialmente.

En ese sentido, el riesgo no sólo significa estar expuesto a los peligros de las transformaciones de la modernización que promueve el capitalismo globalizado, sino que también significa la previsión y control de las consecuencias futuras de la acción humana.

Por lo que, en la sociedad del riesgo global, la política se hace extremadamente importante, pero que contradictoriamente se deja al unísono y en la esquina del olvido. Pues los riesgos con los que se encuentra constantemente el individuo cada vez toman mayor importancia, y de esa forma, la necesidad de crear nuevos espacios de convivencia para pensar y luego accionar nuevos mecanismos que compensen no sólo al individuo, sino a la toda la sociedad en general. Sin embargo, crear estos espacios es una cuestión sumamente conflictiva.

Justo como argumenta Zygmunt Bauman en su más reciente obra en colaboración con el filósofo y dramaturgo lituano Leonidas Donskis, *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*:

No hay escasez de salidas exploradoras, ni de intentos desesperados de encontrar nuevos instrumentos para la acción colectiva que en un escenario progresivamente globalizado resulten más eficientes que las herramientas políticas inventadas y puestas a punto en la era poswesfaliana de la creación de naciones, y que tendrán más posibilidades de llevar la voluntad popular a su cumplimiento de las que puede soñarse para los órganos ostensivamente soberanos del Estado, atrapados en su doble vínculo (Bauman, 2015: 81).

Sin embargo, esta condición origina diversos tipos de creencia acerca de lo que significa la acción y la libertad política, que se consolida a partir de los nacientes y abundantes discursos sobre la democracia y la libertad, y que considero habría que reflexionar al respecto.

En este sentido, si partimos de la idea de que el individuo por primera vez en su historia es un individuo realmente libre, esto debido a su creciente independencia y autonomía para dirigirse, y para tomar diferentes decisiones que le parezcan más adecuadas para manejar y conducir su vida, y por ello, su existencia en sociedad. Si la libertad ya ha sido conquistada, ¿cómo es posible que la capacidad humana de imaginar un mundo mejor y hacer algo para mejorarlo no haya formado parte de esa elocuente victoria que tanto presumen los ideólogos y simpatizantes de la democracia liberal?, ¿qué clase de libertad han conquistado los individuos sin tan solo sirve para desalentar la imaginación y para tolerar la impotencia de las personas libres en cuanto a temas que atañen a todas ellas?

En nuestra caótica época, la libertad individual coincide con el incremento de la impotencia colectiva que se expresa fundamentalmente en la actividad política. Pues los puentes de la vida pública y privada del individuo nunca fueron construidos de forma homogénea y armoniosa, es decir, no existe una forma fácil u obvia para traducir las preocupaciones privadas en temas públicos e, inversamente de discernir en las preocupaciones privadas en temas de preocupación pública. Ya que en nuestra moderna sociedad líquida los puentes brillan por su ausencia y el arte de la política rara vez se practica en público, pero que, paradójicamente, siempre se hace de forma cotidiana en el espacio público, pero no se lleva hacia sendas que tengan mayor impacto y relevancia.

En ese sentido, el puente de lo público y lo privado se mantiene en esferas que tienen la facultad de explotar cuando se van elevando y de caerse. Por lo que la ausencia de mecanismos fuertes, transgresivos y permanentes, los agravios privados y las demandas públicas no llegan a constituirse de forma contundente, debido, entre otras causas, por la falta de condensación por parte de la colectividad. Además de que el individuo se ocupa más por las cuestiones de interés privado que por las causas de interés social.

Bajo estas circunstancias, las sociabilidades de los individuos flotan como esferas en un terreno líquido que lo mantiene a la deriva, buscando en vano un terreno sólido dónde anclar un objetivo visible y viable para todos.

Al carecer de vías de canalización estables, nuestro deseo de asociación tiende a liberarse en explosiones aisladas... y de corta vida, como todas las explosiones. Suele ofrecérsese salida por medio de carnavales de compasión y caridad; a veces, a través de estallidos de hostilidad y agresión contra algún recién descubierto enemigo público (es decir, contra alguien a quien la mayoría del público puede reconocer como enemigo privado); en otras oportunidades, por medio de un acontecimiento que provoca en la mayoría el mismo sentimiento intenso que le permite sincronizar su júbilo, como cuando la selección nacional gana la Copa del Mundo, o como ocurrió en el caso de la trágica muerte de la princesa Diana. El problema de todas estas ocasiones es que se agotan rápidamente: una vez que retornamos a nuestras ocupaciones cotidianas, las cosas vuelven inalteradas, al mismo sitio donde estaban. Y cuando la deslumbrante llamarada de solidaridad se extingue, los solitarios se despiertan tanto solo como antes, en tanto mundo compartido, tan brillantemente iluminado por un momento atrás, parece aún más oscuro que antes. Y después de la descarga explosiva, queda poca energía para volver a encender las candilejas. (Bauman, 1999: 11).

Según Bauman la posibilidad de cambiar el estado de las cosas reside principalmente en el *ágora*, un espacio que no es ni público, ni privado, sino más bien es público-privado. Es el “espacio en que los problemas privados se reúnen de manera significativa, es decir, no solo para provocar placeres narcisistas [...] sino para buscar palancas que, colectivamente aplicadas resulten suficientemente poderosas...” (Bauman, 1999: 11). Con el propósito de elevar a los individuos de sus desdichas individuales a través de espacios donde pueda nacer la idea como el bien público, la sociedad justa, los valores comunales.

No obstante, el problema es que, en nuestra época, en la sociedad moderna poco a quedado de los antiguos espacios privados-públicos, y que, en su mayoría se trasladaron hacía terrenos virtuales como el internet y las redes sociales. En ese sentido, el espacio público sufrió una especie de *tecnificación* y de *tecnologización*. Por lo que las viejas ágoras de participación y

sujetos políticos se las han apropiado y han sido sustituidos por los nuevos emprendedores del mercado y consumidores de productos a la carta que promueve la publicidad, la moda y el marketing. De manera que los individuos han sido reciclados en parques temáticos, mientras poderosas fuerzas conspiran con la apatía política para negar el permiso de construcción de nuevas formas de hacer política.

Cornelius Castoriadis en *El Avance de la Insignificancia* que corresponde al cuarto título de la serie *Les carrefours du labyrinthe* le dice a Daniel Mermet “Los políticos son impotentes. [...] Ya no tienen un programa. Su único objetivo es seguir en el poder”. (Castoriadis, 2005: 52). Por lo que, en la actualidad, no hay una expresión clara de una doctrina e ideología política que tenga como proyecto una idea de funcionamiento social, político, ético y cultural. Sino ahora la política se reduce a una expresión individualizada del egoísmo, del narcisismo, del cinismo y del desarrollo de bienes que compensen a las élites políticas y económicas.

Además, se propaga de forma masiva a través de diversos mensajes que se pueden apreciar claramente en los discursos políticos, notas periodísticas, comerciales en la televisión y en otros medios de comunicación la parafernalia de que no hay una forma de construir otro mundo posible, pues en el que habitamos es el único que existe. Y para ello debemos estar bien “preparados” para afrontar los tiempos difíciles que nos arropan.

En consecuencia, el liberalismo de hoy se reduce al simple credo de no hay alternativa. Si se desea descubrir el origen de la creciente apatía política, no es necesario buscar más allá o hacer un recorrido hacia el pasado. Pues la política actual promueve y premia el conformismo. Y conformarse con nuestro estado de cosas y con nuestra realidad imperante en un asunto que no necesita de los otros, sino bien uno puede hacerlo en soledad desde la comodidad del hogar, escuela o trabajo. Entonces, ¿para qué molestarnos si los políticos, de cualquier tendencia, no pueden prometernos nada, salvo más de lo mismo?

La actividad política con apellido democrático se ocupa de desmontar los límites de la libertad de los ciudadanos, pero también los auto-limita. Pues en un primer momento concede a los ciudadanos como libres para permitirles establecer, individual y colectivamente, sus

propios límites, individuales y colectivos. Esta segunda parte de la proposición es la que se ha perdido. Ahora todos los límites son ilimitados. Cualquier intento de autolimitación es considerado el primer paso de un camino que conduce directamente al gulag o mejor dicho a la exclusión, como si no existiera otra opción más que la dictadura del mercado y del gobierno, como si no hubiera un espacio para los ciudadanos convertidos en sujetos políticos salvo para consumidores y productores de insumos mercantiles. “Solo de esa forma son soportados por los mercados financiero y comercial” (Bauman, 1999: 12). De esa forma el gobierno y las élites económicas promueven y cultivan una forma de organización social, cultural y política. Y que a través de ello posibilita que el proceso de individualización cumpla con su cometido de atomizar al individuo en sociedad a través del egoísmo, la apatía, la indiferencia, la insensibilidad y la condición acrítica de sus situaciones y de su entorno. Vivimos en los tiempos de “La acumulación de basura y más basura” (Castoriadis, 2005). Estas acumulaciones no deben existir límites, ya que los límites son considerados como anatemas y ninguno sería tolerado.

En consecuencia, “la aversión de la autolimitación, el conformismo generalizado y la consecuente insignificancia de la política tiene un precio. Un precio muy alto, en realidad. El precio se paga con la moneda de cambio en que suele pagarse el precio de la mala política: el sufrimiento humano” (Bauman: 1999:11). Por lo que estos sufrimientos se perpetúan de diferentes formas y pueden rastrearse en el mismo origen. Pues justo como lo intentamos visibilizar en nuestro primer capítulo de esta investigación, nace a partir de una lógica productiva que inventa el capitalismo industrial y que a través de la especialidad, la división del trabajo, la solidaridad productiva y la monetización del individuo como una forma de relación, darán como resultado una serie de valores como la apatía política, la indiferencia por lo social y el perseguimiento de su bienestar privado, que posteriormente se expresarán de forma contundente en el ejercicio de una mala práctica política. Y que en nuestra época se expresa de forma radical en un ambiente de incertidumbre, de desprotección e inseguridad.

El problema contemporáneo más siniestro y penoso puede expresarse más precisamente por medio del término “*Unsicherheit*”, la palabra alemana que fusiona otras tres del español: “incertidumbre”, “inseguridad” y “desprotección”. Lo curioso es que la naturaleza de este

problema es también un poderosísimo impedimento para instrumentar remedios colectivos: las personas que se sienten inseguras, las personas preocupadas por lo que puede deparar el futuro y que temen por su seguridad, no son verdaderamente libres para enfrentar los riesgos que exige una acción colectiva. Carecen del valor necesario para intentarlo y del tiempo necesario para imaginar alternativas de convivencia; y están demasiado preocupadas con tareas que no pueden pensar en conjunto, a las que no pueden dedicar su energía y que solo pueden emprenderse colectivamente. (Bauman, 1999: 12).

De manera que las instituciones políticas que proliferan y se crean en la actualidad para ayudar a las personas en su lucha contra la inseguridad y la desprotección les ofrecen poco auxilio. Por lo que el individuo se ve forzado a crear sus propios mecanismos de seguridad y protección encontrándolas precisamente en el mercado mismo. Es por ello que el individuo de nuestra época prefiere gastar sus energías y cumplir con una jornada fulminante de trabajo, o en actividades que se vean reflejadas en el bolsillo de las personas y que le permitan mantenerse estable y con una cierta certidumbre individual, que dedicarse a hacer actividades de beneficencia social y bien común por el simple gusto de hacerlo sin verse reflejado con algún salario o ayuda económica. Aquí se encuentra núcleo fundamental de producción y reproducción del proceso de individualización de las sendas políticas.

De acuerdo con Ulrich Beck, quien ha sido uno de los pensadores más presurosos en el análisis de la globalización y sus repercusiones en la vida pública. Menciona que precisamente, la individualización es un proceso que transforma institucionalmente las actitudes políticas de la sociedad. Ya que las instituciones encargadas de mantener una cierta cohesión y regulación de lo social, al verse limitadas y desgastadas por la pérdida creciente de poder político, debido a los fuertes y rápidos cambios que se originan con el proceso de globalización impulsadas por las élites económicas transnacionales, estas instituciones que se encuentran en el terreno de lo local no pueden hacer gran cosa para brindar certezas y seguridades al individuo.

Sin embargo, cuando en el escenario social emerge una cierta organización conjunta de actores y sujetos políticos para mitigar esas inseguridades y empezar a conquistar derechos que dignifican la vida de los individuos, casi todas estas acciones y medidas adoptadas por

los involucrados tienden a dividirse; siembran suspicacia y terminan por separarse, acabando por volverse más solitarios, frustrados e aislados.

Esta es una de las razones que explica la escasez de demanda de espacios privados-públicos, y el hecho de que los pocos que existen estén vacíos casi todo el tiempo condiciona su reducción e incluso su desaparición. Otra razón para que los espacios públicos tiendan a desaparecer es la flagrante carencia de importancia de todo lo que ocurre con ellos (Bauman, 1999: 13).

Sin embargo, además que estos espacios públicos-privados se encuentren desapareciendo paulatinamente en el terreno físico de la plaza o la calle, se están originando otros mecanismos de expresión sobre los asuntos políticos a partir de las redes sociales y grupos de internet.

Si bien estos “nuevos” espacios son criticados y algunas veces hasta banalizados por la elocuencia en sus formas de comunicación y sus propósitos de entretenimiento, muchos de los individuos de nuestra época consideran que es una buena herramienta para organizar movilización, exponer sus críticas y juicios sobre la actividad política o para expresar diversos disgustos sobre la partidocracia, personajes políticos o coyunturas políticas.

Esto ha originado que la política clásica, por llamarlo de algún modo, asociada al poder de convertir los problemas privados en cuestiones públicas, así como el poder de interiorizar cuestiones públicas y transfórmalas en asuntos privados. En la actualidad este mecanismo político está desfasado y pasado de *moda*. Pues la política que predomina en nuestra sociedad moderna, por lo regular, los individuos abordan las cuestiones públicas que devienen de los problemas privados de las figuras públicas.

Observemos los numerosos payasos políticos que hoy en día adquieren mayor popularidad que cualquiera de los anticuados políticos del tipo burocrático o experto. Nos acercamos suavemente a una fase la de la vida política en la que el principal rival de un partido político

consolidado no será otro partido político de corte o ideología distinta, sino una organización no gubernamental influyente o un movimiento social. (Bauman; Donskis, 2015: 71)

En ese sentido vivimos habidos y con sed de poder que se manifiesta y se encuentra en una fuerza económica, y no en las viejas estructuras militares o instituciones políticas. El poder ahora se muestra en cuánto poder posees para acceder al consumo, al placer; el poder es un camino para lograr una vida material digna. Consumo, luego existo.

Nos hemos acostumbrado a considerar al ser humano como una mera unidad estadística. No nos sorprende concebir a los seres humanos como fuerza de trabajo. El poder de compra de los seres humanos y la capacidad para consumir se han convertido en criterios cruciales para evaluar el grado de idoneidad de un país a la hora de ingresar en el club de poder, al que aplicamos varios títulos pomposos de organizaciones internacionales. La cuestión de si es una democracia es relevante solo cuando no se tiene poder y hay que controlarlo con palos políticos y retóricos. Si eres rico en petróleo o puedes consumir o invertir mucho, eso te absuelve de no respetar la política moderna y la sensibilidad moral o de no comprometerte con las libertades civiles y los derechos humanos (Bauman; Donskis, 2015: 72).

Los sufrimientos nacidos individualmente son muy semejantes con el otro, ambos comparten las crecientes deudas de sus impuestos y servicios, viven en la incertidumbre de la precariedad del trabajo o salarios mal retribuidos, comparten la confusión de las perspectivas vitales a largo plazo; todo este ambiente se reduce a la incertidumbre existencial: esa extraña mezcla de ignorancia e impotencia y una fuente inagotable de humillación y desosiego.

No obstante, el verdadero poder de tomar decisiones e influir sobre el otro permanece a una distancia segura de la política. En donde los individuos se ven limitados a alcanzar y tener de nuevo en sus manos las direcciones de su vida social. El poder de la compra, se deposita en la mente de los individuos y se convierte en una espumosa ideología que imposibilita a las personas a pensar y proyectar escenarios posibles de convivencia. Como lo expresa Cornelius Castoriadis, “el problema de nuestra civilización es que dejó de interrogarse” (Castoriadis, 2000) y agregaría, dejó de aprender a pensar, y en consecuencia, dejó de crear escenarios

posibles de relación y cambio. Cambiamos la innovación por el pensamiento, la tecnología por la actividad política, el interés colectivo por el individual. Parafraseando a Bauman, los terrenos sólidos por las arenas movedizas.

Ninguna sociedad que olvida el arte de plantear preguntas o que permite que esa condición caiga en desuso puede encontrar respuestas a los problemas que la aquejan. Aunque cabe destacar, que son en los claustros académicos, grupos de investigación e interesados sobre los temas que nos acechan quienes están en la búsqueda y reflexión constante por encontrar nuevos derroteros que nos den salida de los tiempos oscuros que nos abrazan en la actualidad. Así como artistas, cineastas, pintores, entre otros.

De modo que el aire social que nos rodea y que respiramos a menudo en nuestra cotidianeidad, pareciera que esa endeble libertad que aparentemente hemos conquistado y que nos asfixia cuando no accedemos al círculo del consumo y al placer individual, es lo único por lo que vale la pena vivir.

Sin embargo, para conseguir una verdadera libertad como condición y no como un acto aparente de consumo, es que *la libertad individual solo puede ser alcanzada y producida bajo el trabajo colectivo. La libertad, me atrevería a decir, solo puede ser conseguida y garantizada colectivamente.*

En el siglo XXI nos desplazamos hacia la privatización de los medios que aseguran y garantizan nuestra libertad individual, por lo que estamos cerca de sufrir un accidente que podría dejarnos sin ningún rastro de vida colectiva. Y que constantemente se van expresando diversas patologías sociales siniestras y atroces en nuestros días como, por ejemplo: hay cada vez más pobreza extrema, marginación y exclusión, emergencia de grupos de narcotraficantes, delincuencia organizada, grupos de lavado de dinero, actos terroristas, redundancia social y miedo latente. Enfermedades que poco a poco se están manifestando en diversas partes del mundo. Pero que todo este ambiente es maquillado por la seducción del consumo, el hedonismo, la ideología individualista, los mass media y el entretenimiento.

La política no se mantiene apartada de la seducción. Quienes se encargan de hacer política hoy en día tienen muy en consideración la importancia de su imagen, la cual sirve para enviar un mensaje humanizado a la sociedad a quien gobierna, a menudo se presenta ante el *pueblo* con una simplicidad ostentosa, se presenta con guayaberas, jeans o chamarras tipo cazadora, reconoce humildemente sus límites, sus debilidades y mantienen un discurso solidario para apalear los males que aquejan a una nación en específico.

Esta forma de política *personalizada* corresponde a la emergencia de esos nuevos valores que se han creado en la actualidad y que corresponden a una forma políticamente correcta como la cordialidad, la confianza, la autenticidad, la personalidad, valores que el individualismo-democrático ha generado en los últimos tiempos. No tener o expresar estos valores, aunado con una serie de requisitos fundamentales para tener una vida política exitosa, implica perder el tiempo.

La seducción hija del individualismo hedonista que genera los valores del mercado y que se radicaliza en la democracia, hace de la política un espectáculo, pervirtiendo a las democracias mismas pues éstas se llenan de intoxicación publicitaria y manipulación del electorado a través de la imagen, la apariencia y las ilusiones falsas.

La política ha entrado en la era de lo espectacular, liquidando la conciencia rigorista e ideológica en aras de una curiosidad dispersada, captada por todo y nada. De ahí la importancia capital que revisten los *mass media* a los ojos de los políticos; o teniendo otro impacto que el vehiculado por la información, la política se ve obligada a adoptar el estilo de la animación, debates personalizados, preguntas y respuestas, etc., lo único capaz de movilizar puntualmente la atención del electorado (Lipovetsky, 2003: 39).

Según Lipovetsky, la apatía de la política que se refleja en nuestros tiempos responde a la plétora de informaciones, a su velocidad de rotación, ya que tan pronto se registra un acontecimiento político, éste se olvida casi inmediatamente y es sustituido por otros espectáculos políticos de mayor envergadura. En ese sentido, se manifiesta una realidad paradójica, pues el exceso de información que reciben los individuos, genera que los mismos

individuos no tengan capacidad de reacción, pero, sobre todo, que no tengan la capacidad de formularse una identidad política que se refleje en una movilización o grupo, y si nacen, con el tiempo se van consumiendo. Por lo que la política del individuo tiene como característica la condición de agotarse y desintegrarse a mayor velocidad

La indiferencia pura designa la apoteosis de lo temporal y del sincretismo individualista (...) En estas condiciones está claro que la indiferencia actual no recubre más que muy parcialmente lo que los marxistas llaman *alienación*, aunque se trate de una alienación ampliada. Esta, lo sabemos, es inseparable de las categorías de objeto, de mercancía, de alteridad, y en consecuencia del proceso de reificación, mientras que la apatía se extiende tanto más por cuanto concierne a *sujetos* informados y educados. La deserción, no la reificación: cuanto más es el sistema crea responsabilidades e informa, más abandono hay, es esa paradoja lo que impide asimilar alienación e indiferencia, aunque ésta se manifieste por el aburrimiento y la monotonía (Lipovetsky, 2003: 41).

Bajo ese argumento la indiferencia designa una nueva conciencia que se ve reflejada en la libertad aparente del individuo y que se expresan en los diversos valores que produce el proceso de individualización. La indiferencia de nuestros tiempos no significa pasividad o re-significación, sino significa que el individuo adquiere su estado de espectador. El *zoon politikon* de nuestra época no es ni el decadente pesimista de Nietzsche ni el trabajador oprimido de Marx, sino es un espectador, que se informa y opina desde sus fuentes de información que provienen de las redes sociales, el internet, blogs, periódicos y noticieros televisivos. Por lo que la alienación que antes se encontraba en la mecanización del trabajo, ahora se encuentra en la vida libre del individuo y que se encuentra en diferentes partes de su vida cotidiana y privada.

Este proceso detona que la actividad política se individualice a la par de la sociedad. Creándose un sistema de organización legitimado bajo un principio de aislamiento considerable, los ideales y valores de la sociedad son compartidos solo si el otro lo considera como respetable. De no ser así, el individuo genera todo tipo de estigmas, estereotipos y descalificaciones que denigran al ser humano. De ahí que no sea raro poder

leer *mensajes*, *tweets* o estados *de facebook* descalificando una movilización política, una corriente de pensamiento, un grupo activista homosexual, feminista o transgénero. La intolerancia de nuestra época se expresa en un maquillaje democrático, bajo el estándar de lo que el individuo considera la libertad de expresión. Por lo tanto, cuando lo social y lo político está abandonado, el deseo, el placer y la comunicación se convierten en los únicos valores que hay que conservar.

De ahí que a menudo podamos observar el perseguimiento obsesivo de mantener un cuerpo sano y torneado, que seduzca y atraiga, la adoración por el sexo libre y sin compromiso, el consumo exacerbado de mercancías tecnológicas, el uso de la moda como expresión corporal, la finitud por la ciencia en revistas de consulta que pueden adquirirse en puestos de periódicos para mantenerse informado. El individuo de nuestra época vive en la etapa del éxtasis de la liberación personal, y todo aquel que atente contra ello, debe ser excluido, ignorado, invisilizado.

Es por ello que la especialización, la solidaridad orientada a la producción que hoy se expresan en la creación de fuentes de trabajo que no son realizados por el Estado, sino por el mismo individuo, la división social de trabajo y la monetización del dinero que hoy se manifiesta de forma radical como un elemento de socialización. Estos elementos que se fueron construyendo y se fueron trasladando gradualmente a la sociedad permiten la integración del individuo al campo del placer y del consumo, de la indiferencia y de la libertad de elección. El capitalismo hizo indiferentes a los hombres y mujeres como lo hizo con las cosas.

Aquí no hay fracaso o resistencia al sistema, la apatía no es un defecto de socialización sino una nueva socialización flexible y <<económica>>, una descrispación necesaria para el funcionamiento del capitalismo moderno en tanto que sistema experimental acelerado y sistemático. Fundado en la combinación incesante de posibilidades inéditas, el capitalismo encuentra en la indiferencia una condición ideal para su experimentación, que puede cumplirse, así como un mínimo de resistencia (Lipovetsky, 2003: 43).

¿Por qué un sistema cuyo funcionamiento exige la indiferencia se esfuerza continuamente en hacer participar, en educar, en interesar? El sistema en el que vivimos reproduce de forma extendida los aparatos de sentido y de responsabilidad que solo logran producir un cierto compromiso que es carente de compromiso. A menudo las élites quienes sujetan los hilos de la economía y de la política, a través de los diferentes medios de comunicación emiten mensajes que aparentan ser positivos para la nación y en particular para el individuo mismo: “pensad lo que queráis de la tele pero enchufadla, votad por nosotros, pagad vuestras cotizaciones, obedeced la consigna de huelga, partidos y sindicatos no tienen más exigencia que esa <<responsabilidad>> indiferente (Lipovetsky, 2003: 44).

La indiferencia de nuestros tiempos se identifica con la escasez de motivación. El hombre no se aferra a nada, vive en la incertidumbre, no tienen certeza de su futuro ni de su presente, nada le sorprende y sus opiniones son tan cambiantes como su realidad misma.

El abandono de roles e identidades homogéneas hace de nuestro tiempo un paisaje aleatorio, plural y complejo. Por lo que lo político y lo existencial no pertenecen a esferas separadas, sino al contrario se convierten en una mezcla sin rumbo, en donde las fronteras se borran y las prioridades se redefinen.

La libertad aparente con la que vivimos y nos relacionamos hoy en día ha extendido un desierto de extrañeza absoluta ante el otro. Deseamos, pero adolecemos estar solos. Así llegamos al final de este nuevo desierto; previamente atomizado y separado, cada persona se hace un agente activo de vida y de su rol en sociedad. El proceso de individualización impulsado por el sistema económico dominante, no contento con producir aislamiento de los individuos, engendra en su psique y en su conducta sed de deseo imposible, que una vez conseguido, resulta intolerable. Cada individuo exige y demanda estar solo, al tal grado de no soportarse a sí mismo, y por ende, al otro. Es cuando este nuevo desierto no tiene ni principio ni final.

Siguiendo a Bauman, este nuevo panorama se manifiesta de diversas formas de la vida social: de lo personal a lo relacional y luego a lo laboral. La situación ha cambiado ahora; el

ingrediente fundamental del cambio es la nueva mentalidad de “a corto plazo” que vino a reemplazar a la de a “largo plazo”. Los matrimonios “hasta que la muerte nos separe” son ahora una rareza: los miembros de la pareja ya no esperan estar mucho tiempo en compañía del otro. Según el último cálculo, un joven americano con un nivel educativo moderado supone que cambiará de empleo al menos once veces durante su vida laboral; esa expectativa de “cambio de empleo” seguirá sin duda en aumento antes de que concluya la vida laboral de la generación actual. “Flexibilidad” es el lema del día, y cuando al mercado de trabajo significa el final del empleo “tal como lo conocemos” y el trabajo con contratos a corto plazo, contratos renovables o sin contrato, puestos sin seguridad incorporada, pero con la cláusula de “hasta nuevo aviso” ... el trabajo se ha convertido en un deporte de clase alta” o de “alto rendimiento”, más allá de la incapacidad y del alcance práctico de la mayoría de los que buscan trabajo... La pequeña parte de la población que trabaja lo hace de manera muy intensa y eficaz, mientras que la otra parte se queda el margen porque no puede mantener el rápido ritmo de la producción y, podemos añadir, porque la manera en que se realiza el trabajo deja poco espacio, y cada vez menos para sus habilidades. La vida laboral está saturada de incertidumbre (Bauman, 2001: 35-35).

Estas modernidades sin referentes de relaciones sociales se definen por la incertidumbre, y la actividad política no se escapa de sus efectos. Pues por un lado el ambiente social obliga a los individuos a relacionarse con sus pares para no sentirse desamparados, pero, por otro lado, el escenario político nos impide ampararnos y situarnos en un terreno más digno y con mayor estabilidad y protección. Y todo esto ocurre en un contexto de competencia exacerbada que termina por fracturar todas las relaciones. Este derrotero dificulta el florecimiento de la solidaridad social, la búsqueda del bien común, lazos de amistad, fraternidad, amor y responsabilidad.

Hoy más que nunca el sentido de la política debe tomar una nueva consideración; su comprensión, explicación y entendimiento en la sociedad actual demanda la necesidad de buscar una nueva definición de la misma. “Tal parece que la política hoy en día deja de tener sentido porque el mercado ha tomado su lugar”. (González, 2010: 279) La política al

encontrarse individualizada, deja de definir los destinos de los individuos. Hoy en día su poder se ve cada vez más limitado en la instauración de las instituciones deseable.

Para tratar de redimensionar la política hacia el ámbito social, considero que debemos aportar una postura clínica y retomar diversas aportaciones que en el pasado fueron de gran importancia y explicaron desde su propia realidad la actividad política a través de categorías y consideraciones que en la actualidad pueden ser de gran utilidad, y así poder dar grandes propuestas de cambio. En palabras de Isaiah Berlin, no es posible concebir un escenario de cambio sin ideas.

Es por ello que considero que para significar el sentido de la política es pertinente voltear de nueva la mirada hacia las aportaciones de la pensadora de la política Hannah Arendt. En especial hacer uso de sus aportaciones en conceptos como la acción, libertad política y pluralidad. Considero que a partir de estas tres categorías es posible pensar la política desde los terrenos oscuros que promueve el proceso de individualización de la sociedad moderna actual y que nos permitirá en un tercer momento plantear la necesidad de construir un nuevo pensamiento político crítico.

Salir de las arenas movedizas de la individualización a través de la acción, pluralidad y libertad política, el ámbito público ha perdido el poder de iluminación que formaba parte de su naturaleza original. En los países del mundo occidental, en el que, desde el declive del mundo antiguo, se ha considerado la de emanciparse de la política como una de las libertades básicas, un núcleo cada vez mayor de personas hacen uso de esa libertad y se apartan del mundo y de sus obligaciones en él [...] Pero con cada uno de esos abandonos se le inflige al mundo una pérdida casi demostrable: lo que se pierde es el compromiso específico y, habitualmente, irremplazable que debería haberse formado entre el individuo y sus prójimos (Arendt, 1990: 4-5).

La misantropía con respecto a la política y el ámbito de lo público, según Hannah Arendt, se ha convertido en unas de las actitudes básicas del individuo moderno, que, de forma alineada,

el hombre sólo puede revelarse de forma privada y en la intimidad de los encuentros cara a cara.

Sin embargo, en los tiempos líquidos, para ocupar una acepción que acertadamente propone Zygmunt Bauman para explicar los nuevos paradigmas sociales, políticos, económicos y culturales que predominan en nuestra época, esa poca incapacidad por parte del individuo por revelarse y expresarse cara a cara es una condición que poco a poco se va definiendo en el tiempo y perdiendo en el espacio.

Esto detona que la acción política como dominio de experiencia de la libertad en cuanto a razón de ser de la política, tenga repercusiones considerables en la sociedad moderna. Ya que se trata de recuperar la experiencia de la libertad a partir de la esfera pública-política, instaurada y mantenida por las interacciones humanas o a partir de la acción conjunta entre los individuos. Pero que en la actualidad esta condición, se encuentra lacerada por las diversas interconexiones que se dan a partir de uso exacerbado de la tecnología para comunicarse, el consumo y el interés privado, que imposibilitan una sensibilidad latente por las cuestiones políticas y asuntos de intereses colectivos.

La libertad de nuestros tiempos adquiere una condición pragmática que se ve maquillada y usurpada bajo los discursos capitalistas de las élites globales y como discursos populistas por parte de los políticos en acción, que utilizan su estandarte para ganar adeptos por parte de quienes los eligen y conservar el estatus quo político.

Por lo tanto, para salir de las arenas movedizas que produce el proceso de individualización de la sociedad que establece el nuevo orden mundial y que se refleja considerablemente en la actividad política. Se trata de poner en evidencia que el problema de la libertad cosificada hacia las cuestiones de consumo y vida a la carta, surge originariamente a partir de la política, o sea, “del ámbito intermediario de relacionamiento y distinción instaurado entre los hombres por medio de sus interacciones e intereses comunes” (Ribeiro, 2010).

Arendt argumenta, “nuestra tradición filosófica sostiene casi únicamente que la libertad comienza donde los hombres dejaron el ámbito de la vida política, habitado por la mayoría,

y que no es experimentada en asociación con otras personas, sino en relación con el propio yo” (Arendt, 2000: 204).

La libertad desde la tradición filosófica, fue concebida y pensada como una propiedad de la voluntad y de la razón, mediante el cual su dominio de experiencia radica en el acto cognitivo del intelecto y de la decisión, en contraparte, la tradición cristiana consolidó la reflexión sobre la libertad a partir del ámbito de interioridad, es decir, a partir de un espacio mediante el cual los hombres “se sentían “libres” en la medida en que podían refugiarse de un mundo hostil e inhóspito en el cual no tenían un lugar reconocido y garantizado por la pluralidad humana” (Ribeiro: 2010). En ese sentido, la construcción de la libertad fue concebida como algo que sólo compete al propio individuo, es decir, la libertad se encuentre en sí misma en el individuo, pero que solo concierne a él mismo perdiendo toda significación pública y consecuentemente su interés y su sentido político.

El sujeto se retira del mundo público en cuanto algo que aparece directamente entre iguales por de la acción y del habla, con el fin de resguardarse al abrigo de la interioridad en que la libertad es ejercida en la más completa soledad, a través del libre albedrío, sin ninguna relación con la acción política (Ribeiro, 2010).

Esta construcción sobre la libertad interna del individuo es en donde fundamentalmente se justifica el individualismo que provoca las sendas del capitalismo globalizado y de las olas democratizadoras estructuradas bajo las lógicas del liberalismo. La concepción liberal de la política, amplió el abismo entre libertad y política. Eres más libre mientras menos te permitas involucrarte en los ámbitos de la política.

Esa clásica posición liberal vincula a la libertad con garantía de seguridad a los individuos, atribuyendo a la política ese deber y liberando a los individuos para las actividades realizadas fuera del ámbito público-político. “Para el liberalismo, la esfera política debe garantizarnos una posible libertad en relación a la política” (Ribeiro, 2000).

La noción de libertad que emerge de las prácticas liberales y que se radicalizan en los tiempos de gran movilidad e inestabilidad constante, equivale al libre albedrío de cada individuo. De esa manera, la representación política de una cierta sociedad delibera a sus ciudadanos para que cumplan un papel en el específico, pero sobre todo ejerzan diversas actividades con el propósito de que no impliquen necesariamente acciones políticas.

Las democracias liberales representativas restringen la libertad política al mínimo instante del voto. La actividad política, para el liberalismo, debe respetar las actividades privadas de los individuos o la libertad económica de los propietarios privados, dejando que hagan las reglas y las normas de sus prácticas. En esa distinción liberal, la libertad es pensada como “libertad en relación a la política”, destinada exclusivamente al crecimiento y desarrollo económico privado, promoviendo una apatía política que se rige del proceso de aislamiento de los ciudadanos y la masificación de los individuos, incrementado por el imperialismo económico, aumentado el empleo de la violencia para la resolución de conflictos, la multiplicación de las minorías, etc. (Ribeiro, 2000).

Vivimos inmersos en un mundo colapsado por su sistema político y del mundo en general. El colapso del mundo significa la profunda disminución del vigor del ámbito público y humano, una ruptura en la plena pertenencia del hombre al hombre público, una caída visible de la fuerza del mundo que el mundo tiene para congregarse a los individuos y distinguirlos uno de otros en cuanto seres que actúan y hablan.

De forma que para Arendt, el mundo común, es la esfera pública que permite a la libertad aparecer concretamente como una realidad tangible, porque unifica y distingue a los hombres más allá de los intereses privados y de las necesidades de la vida natural (Arendt, 2000). En ese sentido, el colapso del mundo significa que el espacio público perdió la fuerza de juntar, relacionar y distinguir a los hombres pues ya no poseen un interés en un mundo común.

En las diversas democracias realmente existentes, la actividad política está oscurecida por la despolitización tecnocrática, en función de la burocratización del creciente empleo de la violencia por parte del Estado y por la creciente privatización del espacio público,

transformando en esfera social de intercambios económicos de una sociedad que reduce a los hombres a la función de trabajadores y consumidores.

De esa manera no es raro que Arendt haya sorprendido en la crítica y su reniego de considerar al liberalismo como la única alternativa política que se manifestaba en los lejanos albores de la Guerra Fría. Sosteniendo, además, que tanto los defensores de los pueblos libres y de los mercados abiertos también existen elementos característicos de los movimientos totalitarios en todas las sociedades que son consideradas como libres, tales expresiones se manifiestan en la apatía política, el aislamiento de los ciudadanos, el carácter superfluo de los hombres, la irresponsabilidad y la indiferencia con relación al mundo público y el obscurecimiento liberal entre la libertad y la política.

La libertad es pensada como libertad en relación al ejercicio político activo, destinado exclusivamente al crecimiento y el desarrollo económico privado. El estado moderno se tornó una asociación de propietarios, cuya función primordial es preservar la propiedad privada y crear condiciones de acumulación de más riqueza. Pero su “permanencia” es de otra naturaleza: se trata de un proceso continuo de acumulación para satisfacer el consumo y no una estructura estable. (Ribeiro: 2000).

Arendt acusa a la democracia liberal de haber transformado el ejercicio plural de la política en una compleja administración burocratizada, y hoy, tecnologizada, de los intereses vitales de la sociedad, expresados en interés que se manifiestan en el nuevo *hombre laborans* que se desarrollaron a partir de la solidaridad productiva, la especialización y la división social del trabajo.

La actividad política, para el liberalismo, debe respetar las actividades privadas de los individuos o la libertad privada económica de los individuos privados, dejando que hagan sus reglas y las normas de sus prácticas. Por lo tanto, la libertad siempre debe estar separada de la acción política, porque esta tiene la función de garantizar seguridad, arbitrar los diversos conflictos que se desprenden de la sociedad. La verdadera libertad que proclaman las élites económicas y políticas la justifican en la no política, sino es transmitida y entendida como la

capacidad de liberarse de la política, y, por ende, de todo compromiso posible, dado que toda acción política está al servicio de las garantías que confieren al individuo la libertad económica y que se enuncian en el trabajo, la propiedad y la sobrevivencia.

En el ensayo *Sobre la Revolución*, Arendt considera que esta tradición confundió el sentido de la libertad con la liberación. Ya que no basta con que estemos liberados para ser políticamente libres. Por lo que los individuos son libres en cuanto actúan, ni antes ni después; porque ser libre y actuar es la misma cosa (Arendt, 2003).

La separación entre libertad y política está enraizada en una larga tradición que remonta al desencanto con Platón con la antigua polis. Según Arendt esta tradición que comenzó con Platón se deja formular con la siguiente pregunta: ¿para qué sirve la política?

La vida política es una actividad fue concebida como un elemento elevado en sí misma. Tanto Platón como Aristóteles pensaban que la política debería ser organizada de tal manera que la filosofía, el cuidado de la verdad y de las cosas eternas, fueran posibles. Sin embargo, fue con los autores modernos de corte contractualista en donde la política es algo fabricado *artificialmente*, es decir, que no es permanente en la realidad, sino que es producido entre las acciones de los diversos sujetos que la conforman con el único sentido de asegurar una existencia pacífica y prevenir la muerte violenta.

Sin embargo, en los terrenos líquidos que predominan en nuestra época, la pluralidad juega un elemento fundamental en el quehacer de la actividad política. Ya que la pluralidad instaura en el ámbito público del mundo la experiencia de la acción y el ejercicio de la libertad. “La pluralidad es condición mundana que exige del “hombre estar entre los hombres” (Ribeiro, 2000), de vivir y cohabitar un mundo de seres diferentes pero únicos entre iguales, haciendo del individuo un ser que actúa, habla, opina y enjuicia a través de su palabra.

El diálogo es la única actividad que se da entre los hombres y mujeres, sin la mediación de las cosas naturales, por lo que la acción es la substancia intangible de las relaciones humanas. Por lo tanto, considero que uno de los actos fundamentales para emprender la búsqueda de la salida de las arenas movedizas que reinan en nuestro tiempo radica en el habla y en la acción.

Es través del habla y de la acción, lo que le permite al individuo distinguirse de la diferencia de solo permanecer diferentes e indiferentes ante el otro, porque la pluralidad no equivale a alteridad como lo consideran muchos latinoamericanistas, sino que significa capacidad de asimilación, comprensión que se articulan a partir de ciertos procesos de cambio que se desprenden de la diversidad y de los interés comunes que cada sujeto político mantiene como afinidad permanente sobre los asuntos relacionados a sus derechos, inquietudes, afinidades políticas e ideologías.

En consecuencia, la esfera pública es, por definición el espacio de la acción libre que nos interpone “entre los individuos y prescinde la mediación de los objetos o de la materia, dado que se ejerce sólo a partir de la convivencia y de la interacción humana en la medida de que los hombres se encuentran envueltos los unos con los otros en la realización de intereses comunes” (Ribeiro, 2000). Dichos intereses “constituyen, en la acepción más literal de la palabra algo que *inter-esa*, que está entre las personas y que, por lo tanto, las relaciona e entrelaza” (Arendt, 2001: 195).

Es la acción y en el discurso es como los individuos se manifiestan y se definen *quienes son*. Más no a través del acceso al consumo y la vida determinada que imposibilita el desarrollo de la plena libertad. Por lo que, el individuo no es plural por sus diferentes gustos, placeres y valores; es plural por su condición de hablar y de actuar. En ese sentido, la pluralidad deviene del pensamiento, del juicio y de la identidad, mientras que, en el proceso de individualización, atenta contra estas formas fenoménicas de racionalidad, sociabilidad y de ser-estar en el mundo. La individualización niega, borra y seduce, para transgredirla, hay que interpelar, actuar, pensar y dialogar para aparecer en sociedad, y junto con ello, sensibilizar el sentido de comunidad y bienestar común. “La acción está estrechamente vinculada a la pluralidad en cuanto una de las condiciones fundamentales de la existencia humana” (Ribeiro, 2000).

Mientras que en el proceso de individualización de la sociedad los individuos están condenados a trabajar para ellos mismos, y disfrutar del ambiente artificial de las cosas materiales y pasionales sin nunca comprometerse a un lazo sólido de interacción, debido a la

inexistencia de acción y palabra. Esta forma de vida deja de ser una existencia *humana*, pues desde la interpretación arendtiana, el individuo deja de *crear* lazos de supervivencia y de relación al ser sustituida por la lógica de la innovación y el consumo que establece la propia *vida líquida*.

Actuar, desde esta perspectiva significa comenzar algo, iniciar un proceso, tomar iniciativa, imprimir movimiento hacia algo. Y el individuo es un ser creador por excelencia de su sociedad, de su forma de hacer política, de civilizarse, de pensar y concebir más allá de su órbita de posibilidades. Por lo tanto, la libertad no es sólo el blanco de la acción política como en los tiempos de revolución y crisis latente, sino en nuestra época se convierte en el principal motivo por el cual los individuos conviven políticamente organizados. Sin libertad la vida política como tal sería destituida y despojada de significado y pertinencia.

Para ello para comenzar a salir de las arenas movedizas de la individualización es pertinente volver a crear, y para crear, considero es necesario volver a pensar. En esa medida, la gran tarea de la vida política es evitar la pérdida de la confianza de los hombres en la coincidencia entre libertad y acción. Es necesario tornar estable la esfera de la acción y del habla, teniendo en cuenta que es necesario impedir que esta desaparezca con el aislamiento producido por la tiranía o con la dispersión de los hombres en el regreso a sus vidas privadas (Ribeiro, 2000).

Sin embargo, entrar a la vida pública no sólo basta con hablar y actuar, sino además se necesita de coraje y valentía, es decir, se necesita de osadía para superar el servilismo de la auto-preservación impuesta por las élites que establecen diversos mecanismos de dominación que mantienen a los individuos aislados e indiferentes. El coraje es la virtud política por excelencia.

Es necesario el coraje hasta para dejar la seguridad protectora de nuestras cuatro paredes y adentrarse en el ámbito político, no debido a los peligros específicos que puedan estar al acecho, sino porque hemos llegado a un dominio desde la preocupación con la vida para la libertad en el mundo. El coraje es indispensable porque, en política, lo que no está en juego no es la vida, sino en el mundo (Arendt, 2000: 203).

La libertad demanda a salir a los individuos al lado público-político y así se encuentren unos con otros en la modalidad de la acción y del discurso. Es por ello que las cuestiones privadas y los intereses propios del individuo corresponden a prácticas pre-políticas y para superar este estadio es necesario tener el coraje de superar el aislamiento con el fin de vincularse los unos con los otros y producir procesos que inspiren y cultiven la confianza en la libertad de la acción política.

Si bien es cierto, que asociar la libertad con los asuntos de la política para ser una empresa sin esperanza y como un túnel sin salida, la libertad tiene la capacidad de disolverse en el pensamiento mismo ya que la “mente tendrá que hacer un enorme esfuerzo para poner en orden todos sus elementos que saldrán a la luz según las exigencias de las propias experiencias” (Arendt, 2000:155). Lo que permitirá al individuo desarrollarse en lo que Arendt llama *espacio de aparición*, donde los individuos se encuentran, aparecen y se hacen visibles; y la pluralidad juega un elemento fundamental, ya que no solo tiene la capacidad de articular el fundamento de lo político y la libertad de los individuos, sino que permite aglutinar la acción de los individuos con su propio pensamiento. “La acción de los hombres se soporta en la libertad política y la convivencia humana, como ser con otros en el mundo” (Franco, 2013: 154). Así, la acción “puede estimularse por la presencia de otros cuya compañía deseamos, pero nunca está condicionada por ellos; su impulso surge del comienzo, que se adentró en el mundo cuando nacimos y al que respondemos comenzando algo nuevo por nuestra propia iniciativa” (Arendt, 2005: 206).

En consecuencia, el individuo que cosifica el proceso de individualización no son consideradas como personas sino como productores y su relación está mediada por lo producido y su ámbito público queda reducido al mero apetito que genera lo producido en relación con las mercancías, y con sus deseos de consumo. Bajo esta perspectiva, la acción y el discurso que promueve estas lógicas de socialización quedan reducidas a los ámbitos de la innovación, la indiferencia y la insensibilidad política.

Por lo tanto, el ciudadano no es mayor o menor activo dependiendo el grado de intromisión en las cuestiones políticas, eso es una falsa idea que promueve el liberalismo a partir de cuestiones que impactan en su vida sociopolítica, a través de elementos como la cultura política, el voto y otras consideraciones que promueve. Sino el individuo es participativo cuando se ciñe y se relaciona a la esfera compartida de la convivencia con el otro. El buen individuo no es aquél, que convertido en ciudadano, es militante de algún partido político, ni mucho menos es aquél que lo mueve su espíritu político, sino quien es capaz de crear diversos mecanismos y espacios de convivencia que posibiliten cambios y que impacten en su política, su sociedad, su economía y sus formas de vida; convencido de sus actitudes, pensamiento y responsabilidades con el propósito de construir un mundo público mejor, alcanzando su plena libertad a través de su actividad política

En ese sentido la libertad política va más allá de instituciones y de leyes, pues no sólo busca espacios para el desarrollo de cada individuo, sino que propicia la participación con los demás, como la fuente de la reconstrucción de la esfera pública.

Sin embargo, en nuestros endeble tiempos líquidos en el espacio público, no solamente reina y se construye a través de la acción y la pluralidad, sino que, además, existe un ambiente en común que también imposibilita que los individuos salgan de las arenas movedizas, la condición del miedo.

En la actualidad, los productores de incertidumbre e inseguridad son, en general, de tipo global, por lo que pertenecen fuera de los alcances de las instituciones políticas existentes en el terreno nacional. Como justamente mencionó Manuel Castells “el mundo de hoy existe como un conjunto de redes superpuestas: mercados de valores, canales de televisión, computadoras o Estados” (Castells, 2012: 6).

Por lo que la política, no ha sabido adaptarse a estos nuevos derroteros que establece la globalización, pues mientras los individuos convertido en ciudadano realiza y construye su espacio público en el ámbito local, quienes mueven los hilos conductores de la economía actúan en el ámbito global.

De este modo, existe en las élites políticas una comprensible inclinación a desviar la causa más profunda de angustia y miedo, es decir, la inseguridad y la incertidumbre de los individuos se traslada hacía ellos a partir de la falta de protección.

Este miedo generalizado impide la capacidad de pensar, porque el miedo que arroja el ambiente líquido está lleno de elementos que cautivan y orillan al individuo satisfacer sus propios intereses personales.

En ese sentido, existe la necesidad de construir un nuevo pensamiento crítico que nos orille a formular nuevas formas de convivencia, pero, sobre todo, crear nuevos diversos mundos posibles. Hoy más que nunca el mundo de carácter líquido no súplica transformación, sino demanda a detenerlo por un instante para aprender a pensarlo; para poder comprenderlo y explicarlo de forma adecuada, respondiendo a sus interrogantes y problemáticas que se desprenden de esta nueva realidad. Pero, en nuestros tiempos de gran cambio, de estructuras movedizas, en donde la política se encuentra en el desencanto y la individualización de la sociedad se encuentra sesgada y seducida bajo los estándares del consumo, el entretenimiento, el tiempo libre, el egoísmo y de sus instituciones tal parece que no hay salida a nuestro embrollo. El tiempo crítico llegó para quedarse.

## 4 FUENTES CONSULTADAS

---

Arendt, H., (1997). *¿Qué es política?* Barcelona, Pensamiento Contemporáneo.

—————, (2005). *De la historia a la acción*. Buenos Aires: Paidós.

—————, (2000). *Entre o pasado e o futuro*. Sao Paulo: Perspectiva.

—————, (2001). *La condición humana*. Barcelona: Paidós Ibérica.

—————, (2003). *Sobre la revolución*. Barcelona. Alianza Editorial.

Berlin, I., (2000). *Dos conceptos sobre la libertad y otros escritos*. Barcelona, Alianza Editorial.

Bauman, Z., (2001) *La sociedad individualizada*. Madrid, Cátedra.

—————, (2006). *Vida líquida*. Barcelona: Paidós

—————, y Leonidas Donskis, (2015). *Ceguera Moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*. México: Paidós.

—————, (2003). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de certidumbre*. México, Tusquets.

—————, (2002). *En busca de la política*. México, Fondo de Cultura Económica.

—————, (2001). *La sociedad individualizada*. Madrid, Cátedra.

—————, (2010). *Libertad*. Barcelona, Losada.

Beck, U., (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona, Paidós.

—————, (1999). *Hijos de la libertad*. México: Fondo de Cultura Económica.

—————, (2002). *Libertad o Capitalismo. Conversaciones con Johnnes Wills*. Barcelona, Paidós.

—————, (2006). *La sociedad del riesgo mundial. En busca de la seguridad perdida*. Barcelona, Paidós.

\_\_\_\_\_, (1994). Modernidad reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno. Madrid, Alianza.

\_\_\_\_\_ y E. Beck-Gernsheim, (2003). La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas. Barcelona, Paidós.

Beck-Gersheim, E., (2003) La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia. Barcelona, Paidós Contextos.

Byung-Chul Han, (2012). La sociedad del cansancio. Barcelona, Herder.

\_\_\_\_\_, (2015). La sociedad de la transparencia. Barcelona, Herder.

\_\_\_\_\_, (2015). La sociedad del aburrimiento. Barcelona, Herder.

Castoriadis, Cornelius, (2005). El avance de la insignificancia. Buenos Aires, Editorial universitaria de Buenos Aires

Castells, Manuel, (1998). Redes de indignación y esperanza: Los movimientos sociales en la era del internet. Barcelona, Alianza Editorial.

Coriat, B., (2003). Pensar al revés: Trabajo y organización en la empresa japonesa. Madrid, Siglo XXI

Durkheim, É., (1987). La división del trabajo. Madrid, Ediciones AKAL.

\_\_\_\_\_, (2007). Las formas elementales de la vida religiosa. Madrid, Ediciones AKAL.

Elias, N., (2009). La soledad de los moribundos. México, Fondo de Cultura Económica.

Franco Gavira, Luis, (2013). El concepto de libertad política en Hannah Arendt. Manizales: Universidad Autónoma de Manizales.

Giddens, A., (1994). El capitalismo y la moderna teoría social. Barcelona, Editorial Labor.

\_\_\_\_\_, (2005). Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas. México, Taurus.

Lipovetsky, G., (2003). La era del vacío. Barcelona, Anagrama.

Marx, C., (1978). El capital. Crítica de la economía política. México, Fondo de Cultura Económica.

Mill Stuart, J., (2012). Sobre la libertad. Barcelona, Akal.

Maffesoli, M., (2004). El tiempo de las tribus. El ocaso de las tribus en las sociedades posmodernas. Buenos Aires, Siglo XXI

Orozco, J Manuel, (2014). De la sociedad del cansancio a la sociedad del aburrimiento. Un estudio sobre el pensamiento de Byung-Chul-Han. México: Estudios 113-ITAM, vol XIII.

Tocqueville de Alexis, (1957). La democracia en América. México: Fondo de Cultura Económica.

Simmel, G. (2003). Filosofía del dinero. Barcelona: Paidós.

Sennet Richard, (2006). La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo. Barcelona, Anagrama.

Electrónicas:

Gina Zabudowsky, (2013) El concepto de individualización en la sociología clásica en: <https://www.redalyc.org/pdf/267/26727013011.pdf> Consultado el: 23 de septiembre del 2016

Ribeiro Alves Neto, Rodrigo, (2010). La acción política como base fenoménica de la libertad en Hannah Arendt en <http://www.observacionesfilosoficas.net/laaccionpolitica.htm> Consultado el: 16 de mayo del 2016.